

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION
UNIDAD DE POST GRADO

MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA DE LA CUENCA DEL PLATA.

TESIS

“ARQUEOLOGÍA Y POLÍTICA. EL USO
DEL PASADO CON FINES POLÍTICOS EN
LA REGIÓN DEL PLATA”

Lic. Octavio Nadal

Docente orientador: Prof. Dr. José Ma. López Mazz.

2012

ÍNDICE

<i>Resumen</i>	1
<i>Justificación del período de estudio</i>	2
Capítulo 1	3
Capítulo 2	22
Capítulo 3	36
Capítulo 4	43
<i>Capítulo 5</i>	47
<i>Capítulo 6</i>	68
<i>Capítulo 7</i>	82
<i>Capítulo 8</i>	94
<i>Capítulo 9</i>	99
<i>Conclusiones</i>	105
<i>Bibliografía general</i>	111
<i>Bibliografía complementaria</i>	113
<i>Bibliografía para Uruguay y Río de la Plata</i>	117
<i>Sección de Obras literarias consultadas</i>	121

Resumen

Este trabajo es una investigación acerca del uso político del pasado, en el surgimiento del Uruguay moderno a partir de 1897 hasta 1985. Busca mostrar la relación entre Arqueología y nacionalismo en la conformación de las identidades modernas en el Uruguay.

Para ello se plantea una revisión bibliográfica y la aplicación de un conjunto de técnicas cualitativas de estudio, dirigidas a identificar versiones del pasado más o menos manipuladas, construidas sobre todo con base en la arqueología y la historia.

Examina críticamente los antecedentes de usos del pasado fuera de Uruguay, para la construcción de narrativas sobre identidad y orígenes nacionales, reclamos sobre territorios y la contribución –en ocasiones desmesurada o deslucida- de determinados pueblos (indígenas o inmigrantes) en el proceso de construcción nacional.

Derivado de lo anterior, se argumenta que el conocimiento arqueológico es construido en un presente político que influye en la visión del pasado, a menudo relevante para las identidades nacionales actuales. Para ello se indagará en los modos en que el conocimiento arqueológico contribuye a dar perspectivas nuevas del pasado y; cómo se generan usos públicos de esas representaciones.

El propósito final del proyecto es mostrar cómo en la variedad de los usos del pasado con fines políticos, la arqueología ha sido productora de memoria junto a otros actores ciudadanos; cómo ha cumplido funciones políticas contribuyendo a socializar relatos representacionales del estado – nación en el siglo XX; con especial énfasis en el caso uruguayo.

Justificación del período de estudio

Un conjunto de acontecimientos de orden social y económico políticos dan al último decenio del Siglo XIX en Uruguay un signo de ruptura con un país anterior. Según Barrán y Naum (1968) la apertura de nuevos mercados para la carne y la lana y la aplicación de un modelo librecambista, fueron la base de la modernización. La incorporación del ovino y el cercamiento de los campos fue la transformación radical que dio al país su fisonomía moderna, cambiando la estructura de la propiedad de la tierra y el modelo demográfico. Los dueños de los medios de producción formaban gremiales y se gestaba la formación de un proletariado urbano, como consecuencia del desarrollo industrial. El transporte ferroviario modifica el movimiento de mercancías y las estrategias militares de defensa, que van hacia un ejército profesionalizado. La educación se volcó a aplicaciones tecnológicas favoreciendo la investigación para el desarrollo. La progresiva secularización de las costumbres y los cambios en las mentalidades diversificaron las creencias en el orden cultural y religioso. Quedaría conformado de ese modo un panorama en el que el estado adquiere el monopolio definitivo del poder político sobre el territorio y las personas.

Esa fecha de 1897 es simplemente un mojón arbitrario en el escenario político del Uruguay, pero que marca la desconexión con los conflictos de sus vecinos Brasil y Argentina (Barrán y Nahum 1968) buscando un “ser nacional”, vale decir, un relato histórico que le diera un sentido al ser uruguayo.

Para la redacción de este Proyecto se emplearon tres listas de bibliografía: una general (para la redacción del presente texto) otra que se refiere a obras relacionadas con el tema del uso del pasado y que denominamos: complementaria, que trata de dar un panorama más actualizado de un tema en permanente renovación. Por último, se presenta una lista de obras a consultar (Anexo) de carácter literario y ensayístico, por representar –a juicio nuestro- la visión de la sensibilidad de comienzos de siglo hacia ese pasado, sus conductas y valores.

Capítulo 1

La construcción de identidades nacionales:

Un papel para la historia

El tema del uso del pasado tiene antecedentes en diversas partes del mundo, donde particularmente la historia ha servido para dar legitimidad al proceso de conformación de naciones. La situación fuera de Uruguay está marcada por una tradición muy reconocida en Francia que ha instituido el concepto de *“lugares de memoria”*; clasificando los discursos políticos acoplados a la historia, en función de su utilidad (Rilla 2008: 51). En este trabajo intentaremos una aproximación a los usos del pasado buscando ejemplos en la arqueología, sin desconocer que la “verdad histórica” de los relatos así contruidos, no queda cuestionada por la “verdad arqueológica”. El problema epistemológico que significa volver inteligible el pasado, no se aclarará desde la arqueología; sin embargo, creemos que la disciplina puede contribuir a mostrar las condiciones políticas en que se engendran determinados usos de ese pasado.

La manipulación y utilización de restos arqueológicos, ruinas gloriosas, lugares consagrados por hechos reales o supuestos, con el fin de construir relatos de orígenes nacionales o levantar demandas por territorios, ha sido una apelación recurrente en algunos contextos políticos, recientes y más remotos.

Las demandas a supuestas contribuciones y habilidades de distintos pueblos han jugado y continúan jugando un papel influyente y a veces paradójico en las plataformas políticas de diversas comunidades en el mundo. La comprensión de este fenómeno requiere como mínimo, la exploración de los orígenes de la arqueología como disciplina científica en un escenario de luchas políticas, donde la carga simbólica y la manipulación emocional de lugares y cosas,

fueron la piedra de toque para la evocación de identidades de distintos pasados, desde los celtas, los francos o la antigüedad romana (Trigger, 1992). El perfil de esos relatos implicó una gran dosis de “constructivismo” (creación, invención de identidades nacionales) a menudo en pos de propósitos económicos y políticos. Por su lado, las interpretaciones nacionalistas del pasado, se han salido todo el tiempo del relato que procrearon, demostrando los distintos grados de ficción (manipulación) insertos en las sagas nacionales. En Alemania durante el nazismo, la arqueología fue considerada una herramienta imprescindible para la “reconstrucción nacional”, contra toda duda acerca de que las conclusiones de las investigaciones pudieran resultar contrarias a los intereses oficiales (Jones, 1997).

La arqueología se vio envuelta, en esos casos, en reconstrucciones del pasado potencialmente dañinas; siendo susceptible políticamente al reflexionar sobre un pasado que no existe, desde un presente político. No obstante, se constituyó progresivamente en un saber separado y distinto, capaz de suministrar elementos para una reconstrucción responsable y ética de los acontecimientos, sobre la base explícita del manejo científico de datos; acercándonos distintas visiones que los ciudadanos podrán juzgar como más o menos plausibles.

En el mundo actual en que los intentos por generar nuevas comunidades supranacionales, (incluimos por igual a los procesos de unificación como la UE o el MERCOSUR y otros de descentralización como el estado español, o disgregación como la ex URSS) tienen como contrapunto el resurgimiento del nacionalismo xenófobo y las apelaciones emocionales a la herencia étnica, como alternativas en torno a identidades étnicas minoritarias; la arqueología ha sido llevada a responder para validar límites y “ancestralidad”, muchas veces al servicio de mitologías racistas y nacionalistas. Los arqueólogos sin embargo, están llamados a desarrollar una conciencia crítica que permita evaluar cómo se enuncian y se condicionan, desde ámbitos político-económicos e ideológicos, los objetivos de las investigaciones y las responsabilidades de los investigadores implicados en visiones rivales acerca de la autenticidad de algunas aproximaciones arqueológicas u otras, a la etnicidad en el pasado (Kohl, & Gollan, 2002).

1.1 Los orígenes de la arqueología científica, el presente es el modelo del pasado

En el Renacimiento italiano podríamos ubicar los orígenes tempranos de la arqueología como una actividad volcada a recuperar restos de un pasado; cuyo interés manifiesto era ennoblecer y exaltar una supuesta filiación con las antigüedades que se rescataban en distintas excavaciones. Eran actividades patrocinadas por las cortes y los estados burgueses peninsulares que surgían de la Edad Media disputando derechos y legitimidad a las antiguas instituciones feudales del orden político anterior.

La existencia de un pasado remoto más allá de los límites cronológicos señalados en las Sagradas Escrituras recién comenzaba a atisbarse. La arqueología se estaba volviendo una disciplina científica con pleno derecho en un largo proceso que alcanza hasta bien entrado el siglo XIX coincidiendo con el proceso de construcción de naciones en el Viejo Mundo.

La fundación de Museos y Sociedades Científicas, dedicadas al estudio de los monumentos prehistóricos, así como los vestigios domésticos de la vida de hombres pretéritos (que no obstante, ocupaban los mismos territorios de los estados en construcción) pasó a tener una importancia política crucial para algunas naciones (Podgorny, 2002:10 y ss). En efecto, los estados de Europa septentrional sobretodo, se volcaron a una lucha político – cultural muy enérgica que buscaba generar un sentido de identidad y pertenencia al territorio.

Para ello la arqueología ofrecía herramientas muy concretas, al poner por delante objetos, brinda las pruebas materiales que sirvieron, para montar sobre ellas distintos relatos acerca de las raíces culturales de pueblos que se perdían en la sombra del pasado prehistórico. La arqueología y la propia historia dejaron de ser una mera anécdota de anticuarios que divertía a las cortes, para transformarse en un instrumento de acción social y política hasta el momento desconocido. El Sistema de las Tres Edades: Piedra, Bronce y Hierro, concebido en el siglo XIX por el arqueólogo danés C. J. Thomsen (continúa siendo usado al día de hoy); permitió un conocimiento del pasado de Dinamarca y de Europa que no tenía antecedentes. Según el propio autor

sostenía, el sistema proveía una pauta para interpretar oleadas migratorias y relaciones con otros pueblos. El método se basaba en la ordenación y sistematización de numerosos materiales arqueológicos procedentes de hallazgos y excavaciones en diversas regiones del país. Este acervo fue expuesto en un Museo que abrió sus puertas por 1819 en Copenhague y que exhibía las “antigüedades danesas”, restos de armas, herramientas y ajuares en un gesto de orgullo nacional. En efecto, Dinamarca se recuperaba de la amenaza, que habían dejado a su paso las guerras napoleónicas en el país (Marchand, 1996: 159).

Los estados – nación, estas nuevas unidades políticas emergentes, reagrupaban verdaderos “mosaicos” de pueblos, a los que debían otorgar un sentido de identidad demandado por el nuevo esquema político. Es un proceso complejo en que la práctica institucional de la arqueología adquirió distinto peso en cada estado, en función de la calidad y disponibilidad del registro que comenzaba a generar con el desarrollo de las investigaciones.

De ese modo, se volvió un deber patriótico la investigación de los restos materiales de los moradores ancestrales del país, cuyo territorio se convertía en una auténtica metáfora de su propia historia al decir de Díaz-Andreu, M & Champion T. (1996:1). Efectivamente, los vestigios arqueológicos eran un verdadero texto que la arqueología era capaz de leer e interpretar sin necesidad de recurrir a las fuentes clásicas de la Biblia o los textos grecolatinos (Anderson, 1983).

La fuerza simbólica que esos elementos ganaron en el contexto de las luchas por la legitimidad en la ocupación de un territorio, convirtió muchos de los hallazgos en emblemas que se acomodaban con leyendas vernáculas. Las antiguas ruinas, las reliquias, las antigüedades salen de las tradiciones orales en virtud del operativo arqueológico que las pone al servicio de una memoria escrita, que las identifica y las encaja en un contorno nacional Todo el pasado romano y galo, para los estados mediterráneos así como las antigüedades celtas en la Europa septentrional; fueron objeto de estudio y análisis, pero también de manipulación y distorsión para su uso con fines políticos (Dietler, 1994).

En América, este proceso asume una forma peculiar porque no hay continuidad étnica indiscutible de las élites gobernantes con la población indígena en todos los países. Los proyectos nacionales nacientes durante el siglo XIX, fueron profundamente afectados por una visión eurocéntrica de la cultura en sintonía con visiones políticas de progreso, sobre todo en aquellas naciones con poblaciones indígenas o africanas de menor proporción. En el caso de estados como Perú o México que presenta amplias poblaciones indígenas, la percepción del pasado se asimilaría a la luz del “indigenismo” (Politis 1995, 204 y ss.) una ideología de corte nacionalista que enaltecía como ancestros superiores a incas y aztecas. Las demandas políticas de los sectores populares urbanos de estas naciones, se expresaban en claves que reflejaban sentimientos de solidaridad con los antiguos imperios locales, de los que se sentían sucesores.

Sin embargo, el conocimiento del pasado prehispánico se había desarrollado dentro de las corrientes del evolucionismo cultural y el difusionismo, llevado a México, Colombia y Chile por científicos alemanes y suecos principalmente (Politis 1995: 200), atraídos por las manifestaciones monumentales del área andina y México.

La intersección de la arqueología y el nacionalismo generará diferentes planos de interpretación y representación; que buscarán presentar de un modo altamente selectivo, una “esencia” de “ser indígena” exaltando al mismo tiempo, un pasado glorioso.

Para el caso uruguayo, la Sociedad de Amigos de la Arqueología era fundada hacia 1926 por intelectuales y políticos, reconocidas figuras públicas que le dieron un fuerte tinte histórico a los hallazgos arqueológicos (Cabrera, 1988:). Efectivamente, los hallazgos arqueológicos eran interpretados dentro de un paradigma histórico – cultural, donde se los relacionaba con grupos indígenas citados por las fuentes históricas.

De ese modo el Sistema de las Tres Edades sirvió para clasificar cronológicamente no solamente las llamadas culturas prehistóricas, sino que fue piedra de toque para dar legitimidad a la ocupación de territorios por parte de los estados – nación de la época. La fundación de distintas Sociedades de

Antropología Etnología y Prehistoria tanto en Europa como en América sirvió para definir grupos étnicos por el material arqueológico y su distribución geográfica (Jones, 1997: 15). La cultura permitía distinguir entre las naciones y constituía el contenido de la identidad nacional, según esa visión.

A través de la Escuela de Viena, este paradigma llega a Argentina con Oswald Menghin, quien aplicó la doctrina del *Kulturkreislehre school* modificando y adaptando las pautas empleadas en el Viejo Mundo a las condiciones locales sudamericanas (Politis 1995: 202 y ss.). Era un seguidor de Kossinna que desarrolló un método etnohistórico directo que reforzó la identificación entre culturas arqueológicas y grupos étnicos (Jones, 1997).

Otro ejemplo de ello es Gordon Childe, inscripto parcialmente en este paradigma, tendió a preocuparse más por los estadios cronológicos y la constitución de unidades culturales formales. En efecto, a la búsqueda de la localización de pueblos atestiguados por fuentes clásicas (dorios y micenios por ejemplo) distinguió “tipos” de cerámica, los que atribuyó a “culturas arqueológicas” pertenecientes a dichos pueblos (Gordon Childe, “El Danubio en la Prehistoria”).

1.2 Los nuevos enfoques: La cultura es un proceso

La visión de la cultura que daba el paradigma histórico cultural resultaba descriptiva y poco aplicable a una perspectiva de cambios en el tiempo. El interés en identificar “hechos” tal como se expone en “¿Qué sucedió en la historia?” de Gordon Childe); daba por sobreentendidas las causas de los cambios: migraciones y préstamos culturales (Willey y Phillips 1958).

La hipótesis central del abordaje histórico cultural es que las culturas son entidades homogéneas y delimitadas que se corresponden con tribus razas o etnias. Se basa en una concepción normativa de la cultura, a la que concibe como creencias y prácticas compartidas que determinan normas ideacionales y de conducta. A su vez, estas ideas compartidas se transmiten de una generación a otra, constituyendo la tradición cultural acumulativa, asegurada

por el proceso de socialización (Trigger 1992). Este enfoque tiene consecuencias sobre la valoración de la creatividad de los grupos humanos, ya que considera a la cultura como una manifestación conservativa, vale decir, en la que los cambios son raros y realizados por unos pocos grupos en particular. Las nociones de grado, distribución, aislamiento de rasgos distintivos, distancia social, desplazamiento y colonización son criterios que permitieron trazar un cuadro general cultural de la humanidad, de corte evolucionista (sin hacerlo explícito) que se expresó, , en la metáfora de la cultura como “flujo” (Binford 1965); lo que daría lugar luego a la denominación de “procesualismo” a esta comunidad de investigadores.

La declinación del paradigma histórico – cultural dejó lugar al establecimiento del paradigma funcionalista “procesual” conocido como “nueva arqueología” que daba una explicación de la cultura como “proceso”, ya no como configuración de artefactos eventualmente asociados a identidades étnicas (Trigger 1992: 278) sino como un sistema social en evolución. En este nuevo paradigma el abordaje del conocimiento del pasado se construye utilizando métodos y modelos provenientes de las ciencias naturales; en particular el método hipotético — deductivo y el modelo de universales (Conkey 1987: 65). La crítica que planteó la nueva arqueología, estaba dirigida a la vieja concepción normativa histórico cultural. La propuesta del nuevo paradigma entiende a la cultura como un sistema, constituido de múltiples partes derivadas de un proceso que viene del pasado (Binford 1981: 28). La cultura no es tanto una realidad ideacional, (visión histórico cultural) sino un conjunto de mecanismos complejos de adaptación e integración de subsistemas tecnológicos y socioculturales orientados funcionalmente. La investigación arqueológica está dirigida, a través del uso de modelos predictivos, a interpretar la realidad pasada en términos tecnoambientales y de poblaciones (Harris 1981: 549). De ese modo, las dimensiones de la ideología, lo simbólico y sociocultural son subordinados como epifenómenos, gobernados por leyes naturales de mayor nivel de generalidad (Binford 1981: 15). Los grupos étnicos, de crucial relevancia en el paradigma anterior, muy ligados a una visión descriptiva de la cultura, pierden valor en el nuevo esquema.

Sin embargo, el interés por la etnicidad no desapareció por completo y nuevas

aproximaciones han renovado la preocupación por la correlación entre grupos étnicos y restos arqueológicos (McGuire 1999; Kohl 2002). La etnicidad y la ideología no son un reflejo pasivo de normas culturales, sino que son componentes del proceso social tanto como la economía la política o la subsistencia y no un mero reflejo normativo. Sin embargo, una división artificial entre descripción empírica e interpretación social, continúa siendo común en las investigaciones arqueológicas (Jones, 1997: 15). Tal vez porque el marco histórico – cultural persiste parcialmente dentro del paradigma procesual, cuando éste se dirige hacia los procesos ideológicos y simbólicos.

En tanto la visión histórico - cultural constituía un esquema más fijo de las culturas, dando respuestas en términos de migraciones, el nuevo paradigma buscó responder a cómo y por qué se produjeron los movimientos de pueblos y qué consecuencias trajeron. La cultura es concebida como un mecanismo orientado ecológicamente a satisfacer necesidades de supervivencia en términos de tecnología y sistemas económicos. La sociedad, la ideología, los aspectos simbólicos, quedan comprendidos dentro de este análisis como partes del sistema, pero son progresivamente alejadas del centro de atención porque no pueden ser “operacionales”. Hay allí, una visión de la cultura como reflejo de una realidad sistémica y dinámica más profunda, lo simbólico social e ideológico quedan a nivel de lo empírico (Renfrew 1990) Con excepción de la arqueología histórica, las anteriores nociones de pueblo o grupo étnico, son abandonadas en la literatura de la nueva arqueología. La narración de los “hechos” sin embargo persiste, pero como una base para la explicación posterior. Se definen “culturas” que se distribuyen en el espacio y el tiempo; vale decir, la arqueología aísla acontecimientos. Luego viene la explicación acerca de cómo y por qué las cosas ocurrieron de ese modo, pero los “hechos” permanecen independientes de toda interpretación (Jones 1997: 28).

1.3 Una nueva “nueva arqueología”

La “nueva arqueología” fue un producto del mundo académico anglosajón; que usó métodos cuantitativos, analogía etnográfica en parte subproducto del

colonialismo (Mignolo 2000: 291), estadísticas y modelos matemáticos; para dar así carácter científico a sus conclusiones. También las ciencias sociales eran poco dadas a admitir las subjetividades y peculiaridades, buscando sobretodo síntesis universales y unitarias de la Humanidad. Si bien Marx en el Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política (Marx y Engels, Obras Escogidas s/f: 181) ya había adelantado que para entender una sociedad hay que atender no a lo que la gente dice, sino a lo que hace; advirtiendo de ese modo que no hay ciencia que no sea a la vez *praxis* — que busque transformar la sociedad: “No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, el ser social es lo que determina su conciencia”. Los aspectos subjetivos e idiosincráticos no fueron atendidos por las ciencias sociales hasta bien entrado el s. XX. Sobre todo con la antropología simbólica y el posestructuralismo asoman las subjetividades como realidades nítidas que intermedian el conocimiento de las sociedades (Geertz 1990). A partir de los años setenta, la importancia de la religión, el poder político local, los contextos coloniales y las peculiaridades de los lugares que los antropólogos y arqueólogos investigaban, se vuelven una necesidad imprescindible para comprender la realidad bajo estudio. En cuanto a las ciencias naturales, no es que se las abandone, pero dejan de ser el paradigma. Comienza a abrirse camino la arqueología simbólica de Hodder (1988); y enfoques críticos como los de género (Gero y Conkey 1997), clase (Evans, 1991; Leone, 1982; McGuire, 2008); etnia y lengua (Kohl, 1985) que ponen el énfasis en la diversidad de interpretaciones. Esta tendencia fue identificada por partidarios y críticos como arqueología postprocesual (Johnson 2000: 134 y ss.) y postprocesualistas sus seguidores.

Las críticas postprocesualistas no han estado dirigidas a la interpretación de la etnicidad en arqueología; más bien se han focalizado en los aspectos simbólicos e ideológicos que resignifican los restos y que el procesualismo había ignorado. En efecto, las nociones de etnogénesis y etnicidad no sufrieron cambios sustanciales en el marco del postprocesualismo, así como tampoco la visión sobre “cuando y por qué” ocurrieron los cambios. La etnicidad fue vista en el marco de actividades políticas dirigidas a mantener

fronteras e interacciones, rechazando que fueran reflejos pasivos de plantillas normativas (Jones 1997:28). El pensamiento postprocesualista niega la posibilidad de conmensurabilidad entre los discursos arqueológicos (en un sentido kuhniano) la prioridad que da al contexto obstruye la posibilidad de diálogo entre teorías, admitiendo solamente la multiplicidad como una realidad irreductible; sin teoría general. Por eso se dice que es contextualista, toda proposición es válida dentro de una peculiar visión del mundo y en tanto forma parte de un contexto histórico que la produce (Mc. Guire 1992).

Por su lado la arqueología marxista en Latinoamérica se desenvuelve a partir de los años sesenta en Perú y México (Politis 1995:222) buscando imprimir cierta peculiaridad en el desarrollo local de las culturas prehispánicas. Los arqueólogos reclamaban un lugar para la disciplina, como herramienta de transformación política de la sociedad, en un escenario de levantamientos revolucionarios (Mc. Guire 1992: 4). Los gobiernos dictatoriales que comenzaron a comienzo de los años setenta en el Río de la Plata, significaron el exilio de profesores y estudiantes hacia distintos países de Latinoamérica y Europa (Politis 1995: 218). Sin embargo, a mediados de esa década arriban a Uruguay misiones de rescate arqueológico procedentes de Europa y EEUU. Financiadas a través de UNESCO, junto con la Universidad de la República realizarán tareas de rescate en la zona del embalse de la Represa de Salto Grande.

El final de la dictadura abrió un espacio para el ingreso de nuevas tendencias en el pensamiento científico social. Efectivamente la “nueva arqueología” se expandió en los medios académicos, trayendo los estudios sobre cazadores – recolectores y el paradigma sistémico – ecológico a través de distintas publicaciones científicas. La Arqueología Social de los años sesenta, de corte marxista, estuvo sin embargo ausente, perdurando una mezcla de procesualismo con elementos histórico culturales, en los temas y programas de estudio; así como en los enfoques teóricos de los nuevos trabajos de investigación (Bracco R. y Durán A. 2000, López Mazz, 1994).

Nuevos trabajos, nuevas corrientes de la antropología en Uruguay, discuten los viejos paradigmas a partir de mediados de los ochenta. La arqueología y la antropología biológica contribuyen especialmente con resultados de nuevos

estudios que reformulan los esquemas de los orígenes étnicos y el pasado remoto del territorio uruguayo (Sans, 1994).

Para mediados del siglo XX se presenta un panorama de diversas corrientes en la arqueología uruguaya (Cabrera, 2011: 52) donde destaca la influencia francesa por sobre otras (López Mazz, 1999:58), por lo menos como un conjunto de saberes. Si bien no había aún un *stablishment* académico burocratizado e institucionalizado, la llegada de Paul Rivet es saludada desde la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde pronuncia una de las cinco conferencias que dio en Uruguay (López Mazz, 1999; Sans, 2002). En esa estela llegarían luego las influencias de los estudios paleolíticos y posteriormente el estructuralismo que ejercería una influencia enorme en el estudio de los mitos, el arte rupestre y también en el trabajo de campo, las tipologías (López Mazz, 1999). Otra vertiente influyente en el Río de la Plata fue la histórico – cultural, llegó desde Buenos Aires a través de Osvaldo Menghin y Marcelo Bórmida. Si bien no se avenía por completo a las posiciones del estructuralismo, se sirvió de éste para construir periodizaciones históricas sobre la base de tipologías de cuño estructuralista (López Mazz, 1999), que se emplearon para elaborar las llamadas culturas arqueológicas en una y otra margen del Plata.

1.4 Mercosur, identidad y producción de unidad política

La naturalización ideológica de los proyectos políticos como lo es el MERCOSUR, ha hecho jugar roles paradójicos a las apelaciones identitarias a que los actores políticos han echado mano para justificar, desde la vertiente histórico-cultural, a la nueva sociedad económica.

Cuando se discutió en el Parlamento el Protocolo Constitutivo del Parlamento del MERCOSUR en el año 2006 ([www.laondadigital](http://www.laondadigital.com)) el ex presidente Sanguinetti resaltaba todos los aspectos, asuntos, episodios de la historia de los cuatro países del MERCOSUR, que fortalecieran una idea de unidad y de destino común; por oposición al resto de América. De ese modo seleccionaba un comienzo del proceso histórico en el que habría una cierta “paridad”, una

base socio histórica lo más nivelada posible políticamente y que podría ubicarse, aproximadamente, en el inicio de la vida republicana independiente. Punto éste no muy bien precisado, más bien dejado en un área de sombra ya que los países de la comunidad no tienen una historia de destino común o sentimientos supranacionales clara y manifiesta. En efecto, Methol Ferré (Caetano, 1993: 84) señalaba que uno de los primeros imaginarios nacionalistas, se afirmaba “para esta solos”, un “Uruguay en solitario”; era un modo posible que permitía certificar los límites de un “país frontera” entre “dos gigantes” a fines del siglo XIX. Asimismo Methol Ferré (1969: 47) asegura que la prédica de la iglesia católica se plegó, a través de la acción de dos de sus laicos más destacados: Francisco Bauzá y Zorrilla de San Martín, a la actividad de formación de una “*conciencia nacional uruguaya*” (sic), el primero como historiador (“Historia de la Dominación Española en el Uruguay”) y el segundo como poeta (“Leyenda Patria”). El de Methol Ferré parece un intento de introducir la religión en la formación de la “cultura gauchesca” y las bases de la nacionalidad, aludiendo a la existencia de una “*cristiandad indiana*” (sic) que sería el resultado de un “crisol del catolicismo hispánico con las grandes praderas” (sic), dando crédito así a un esquema de lectura de época que certificaba la cultura latinoamericana como el resultado de un crisol o proceso de homogeneización (Mignolo, 2000: 89 y ss.)

El conglomerado étnico del Uruguay de fines del siglo XIX presentaba una gran fragmentación económica y cultural, donde el censo de población arrojaba datos que señalaban la presencia de importante flujo migratorio de origen europeo

(<http://www.ine.gub.uy/biblioteca/Variables%20siglo%20xx/parte1texto2.pdf>)

Sin embargo, el pasado que la arqueología se empeña en revelar en nuestro país corresponde a una concepción más larga del tiempo, todos los intentos de trazar una “historia corta” dentro de la tríada: CONQUISTA – COLONIA - REPUBLICA – chocan con la “cronología larga” de un pasado indígena que supera los ámbitos de los documentos escritos.

La visión de estado del MERCOSUR está –a juicio nuestro- más bien alineada con una “cronología corta”, donde el pasado indígena es admitido como objeto

complejo de estudio sí, pero de “el hombre prehistórico”, quedando así fuera de la genealogía política: es un ancestro de toda la humanidad.

No obstante, vuelven a presentarse obstinadamente en escena, en cuanto acto oficial se considere pertinente, los objetos, las personas, los símbolos que pretenden autenticar y enfatizar un punto de partida para los acontecimientos históricos a través de una manipulación emocional y simbólica de todos esos elementos que reciben un tratamiento diferencial.

Para las antiguas generaciones de intelectuales uruguayos, (desde Andrés Lamas por lo menos) la arqueología como fuente de conocimiento del pasado, era algo que se podía admitir para una cronología larga, que ubicaba no tanto a los uruguayos sino a su “territorio” en un pasado de naturaleza casi rousseauiano en el que se especulaba acerca de supuestos valores morales y espirituales de los indígenas (Bauzá, 1895).

Sin embargo, para el Uruguay alcanzaba con las fuentes clásicas, las crónicas de militares, sacerdotes y viajeros, con las que los historiadores iban elaborando una memoria, sustancialmente política (Real de Azúa, 1969b). Es una historia racional, de documentos, en la que se interpretan ideologías o acciones políticas en el marco de un realismo dado por supuesto; de algún modo los personajes resultan ser nuestros contemporáneos.

No quedó resquicio dentro de ese bloque espacio – temporal, para introducir otra cosa que no fueran fuentes escritas o habladas. Hasta ese momento las manifestaciones de la cultura material de los antiguos “ocupantes de la Banda Oriental” (tributo que el lenguaje rinde al poder) encajaban dentro de un modelo evolutivo de cazadores inferiores, superiores, etc.; proceso éste que haría eclosión con el “contacto” y posterior desaparición “natural” de los indígenas; hecho éste, que la educación oficial, la que se difundía en las escuelas, dejaba a lo sumo para un debate extramuros, cuando no toleraba un abierto anti indigenismo (Caetano, 1993: 88). Tal vez había una historia, acerca de cuya manifestación no se podían admitir demoras, por que el país estaba ingresando rápidamente en el siglo XX, en un proceso de afirmación económico social frente a Brasil y Argentina. En efecto, es en las postrimerías

del siglo XIX que una percepción nacionalista comienza a ganar espacio, en el contexto de un estado que se moderniza y busca abrirse al mercado capitalista mundial (Barrán y Nahum, 1968). Ese proyecto se genera en estrecho contacto con un modelo cultural hegemónico que propaga una visión del tipo Estado-Nación, que burocratiza casi la producción cultural, apropiándose de ella y patrocinándola, dándole a la vez un fuerte aire urbano, desde el batllismo oficial¹ (Peluso 1993: 65).

Cuando los años de la última dictadura terminaron de destruir los mejores anhelos de esa historia-proceso, concebida casi como una unidad sin fracturas, el espacio que se abre luego del retorno a un gobierno democrático en 1985; es todo menos de reconciliación y reencuentro. La ilusión integradora que se había puesto en marcha a comienzos de siglo con la afirmación del Uruguay como un gran proyecto, sobretodo político, que se expresaba a través de un estado democrático “fuerte” y representativo; se desvaneció. Es lo que Viñar (1993: 38) llamó el “Uruguay del retorno y la posdictadura”, que se caracteriza por la carencia de proyectos e ideales compartidos y que el citado autor denominó “fragmentación de memorias sociales”. Este último concepto, se refiere a las expresiones del ser social como manifestaciones colectivas, será el pretexto para bucear en las profundidades psicoanalíticas. Desde esa perspectiva atribuye nuestro marcado deseo actual de determinar un núcleo identitario, a la pérdida de una identidad que tuvimos (al menos como proyecto) y acerca de la cual hoy debatimos, no vemos tan clara y vivimos como pérdida.

A partir de ese momento se presentan otros modos de acceso al pasado y otras “historias” se manifiestan, buscando hacer sentir su voz. Los viejos documentos parecen no autenticar nada, más bien se habla de ellos, se los critica, se los analiza, discurso sobre discurso. En este nuevo contexto, la arqueología es particularmente adecuada al nuevo enfoque; ya que los objetos

¹ Corriente política de inspiración pragmática y positivista, dentro del Partido Colorado, al que perteneciera el Presidente José Batlle y Ordóñez a comienzos del siglo XX. Favoreció y estimuló los sectores de la burguesía industrial, resumiendo el conflicto entre los intereses de los terratenientes y los sectores de la industria, urbana y multiétnica. Es el punto de partida que se señala como de inauguración del Uruguay como país “metido” dentro del mundo, ya despojado de todo vestigio colonial. Los dos conflictos bélicos mundiales dieron un amplio abastecimiento material a este proyecto que se desarrolló con vasto apoyo del proletariado industrial (de cuello blanco y de cuello azul); lo que provocó el debate –aún vigente– acerca de su filiación populista.

de uso cotidiano, las herramientas, los restos tangibles, constituyen la “prueba material” que la disciplina usa para elaborar su certeza. Así, lenta pero decididamente, comienza a ser vulnerado el antiguo panorama histórico trazado desde fines del siglo XIX y comienzos del XX. Podría afirmarse que surge la necesidad de un pasado más profundo y denso que puede ser muy curioso, que no habla un lenguaje concreto, y exige que se lo interrogue todo el tiempo. Por otra parte, es un conocimiento mucho más costoso desde el punto de vista de los medios que despliega y los “hechos” de la nueva disciplina no lo son en el sentido de la historia tal y como la conocíamos hasta entonces.

En efecto, tal es la relación entre arqueología e historia, en que la información que pone disponible la primera, la segunda no es capaz de documentarla, por que no hay una historia de las identidades que se escriba desde la cultura material. Argumentaremos que la historia se escribió en Uruguay como una abstracción de hechos, cuyo reflejo material no ofrecía interpretaciones alternativas. Efectivamente, los objetos no tenían una política propia; como le venían imponiendo ciertos colectivos en el viejo mundo desde el siglo XVIII.

Buscamos dar algunas pistas para comprender mejor la relación entre la conformación política del Uruguay como Estado y las doctrinas respecto a presuntas capacidades innatas de los hombres y mujeres clasificados dentro de categorías que aluden a rasgos físicos; pero que inevitablemente tienen una proyección social y política en la tarea de “construir una nación”. Uruguay llegó a desarrollar auténticas políticas de Estado para traer contingentes poblacionales del Viejo Mundo, desarrollando criterios clasificatorios en función de supuestas habilidades naturales de españoles e italianos –por ejemplo- para el desempeño en tareas con distinta importancia estratégica, para lanzar al Uruguay a un “proyecto de gran nación” (Barrán y Nahum, 1989). Parece haberse consolidado en esa época la visión de “nación blanca” de origen europeo, para la que se prestó la noción de “pueblo trasplantado” de Darcy Ribeiro. A partir del final de la II Guerra Mundial, se intensifica la migración y oposición campo – ciudad, a la vez que se erosiona la imagen de nación de origen europeo (Methol-Ferré, 1971). Poco a poco comienza a abrirse paso la

idea de la actuación de procesos de mestizaje, hasta el momento con poco ambiente para ser admitidos. El proceso de migración hacia las ciudades de la población rural, habría jugado un papel muy importante en el mestizaje de la población ciudadana predominantemente de origen europeo, con la población rural de mayor componente indígena (Sans, 1992: 38).

1.5 Relatos nacionales para la soberanía

El período que comienza en 1897 con el fin de las guerras civiles, que tendrá todavía algunas secuelas en 1904 y 1910, da conclusión a un ciclo de violencia y levantamientos revolucionarios que había comenzado en 1875 (Caetano y Rilla, 2010). Inaugura a su vez una época de producción intelectual que Manuel Claps (1969: 3) identifica con una cierta capacidad de teorización que abandona el positivismo de fines del XIX y adopta un materialismo liberal, laico de miras más amplias y que arroja una mirada crítica sobre su “pasado reciente”. Es una producción que busca un relato epopéyico que apunte decididamente a los héroes, a conformar una línea del tiempo que tenga un sentido de ser nacional, que tal vez llegue hasta 1950. Las figuras de Zorrilla de San Martín y Acevedo Díaz son notables por su faena de “heroicizar” la historia a través de relatos que tienen una hipótesis implícita: el pasado remoto es el pasado bárbaro de la “Tierra Purpúrea” y las montoneras, donde el indígena y el gaucho hacen su última aparición en la escena como representantes heroicos de una época con la que la generación del autor estaba soltando amarras. En efecto, la perspectiva de Acevedo Díaz es evolucionista y científica, buscando “realismo” en sus personajes como un modo de superación del romanticismo:

"Aunque de una escuela literaria distinta, por su fórmula, espíritu y tendencias; aunque mis gauchos melencólicos y taciturnos no son sus gauchos caballerescos, líricos, sentimentales, ni mis heroínas hoscas y desgreñadas son lo que sus angélicas mujeres; ni los amores silvestres que yo pinto, llenos de acritud o de fiereza, se

parecen a sus castos idilios junto al ombú o a la enramada, ni llegan los odios que él describe hasta más allá de la muerte, como en mi modo de ver yo los descubro en el fondo selvático de una raza bravía - aparte de todo esto, justo es reconocer que si Hidalgo fue el precursor, él fue el divulgador, quien dio el santo y seña y enseñó a la juventud inteligente el secreto de las grandes inspiraciones nacionales. (Fragmentos de la carta de Acevedo Díaz a Alberto Palomeque con motivo de la muerte de Alejandro Magariños Cervantes."El Siglo", 25 de marzo de 1893) (Cotelo, 1968: 16)

Varios autores (Caetano, 1993; Rilla, 2008; Real de Azúa, 1969b) convergen en la idea de que el Uruguay que va de Latorre a Batlle se disputan dos visiones opuestas acerca de la viabilidad del país como tal; que derivarían de un ánimo sombrío por la situación que dejaban tras de sí las guerras civiles y la ausencia de un proyecto económico para insertarse en el capitalismo mundial. Al decir de los críticos e intelectuales de la época, que los citados autores señalan: Juan Carlos Gómez y Ángel Floro Costa serían los más connotados. Perdura una visión pesimista sobre el Uruguay, que gravita sobre las tesis acerca de la soberanía y que los relatos históricos de fines de siglo van a querer conjurar. En ese sentido, los artistas, escritores, historiadores, poetas, en particular Acevedo Díaz y Zorrilla de San Martín conformarán dos visiones que claramente van a dirigirse al mito y a la leyenda, de un modo consciente y honesto para producir un relato para las masas:

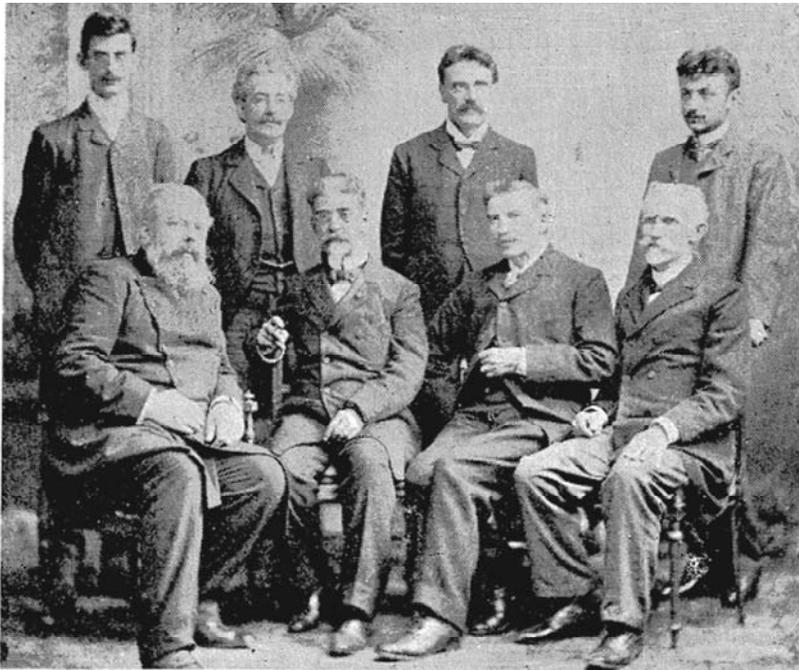
"El novelista consigue, con mayor facilidad que el historiador, resucitar una época, dar seducción o un relato. Lo historia recoge prolijamente el dato, analiza fríamente los acontecimientos, hunde el escalpelo en un cadáver, y busca el secreto de la vida que fue. La novela asimila el trabajo paciente del historiador, y con un soplo de inspiración reanima el posado, a la manera como un Dios, con un soplo de su aliento, hizo al hombre de un puñado de polvo del Paraíso y un poco de agua del arroyuelo". (Cotelo, 1968: 91)

El ascenso de las clases medias en el Uruguay tuvo, como el Viejo Mundo, la necesidad de estabilidad política, la construcción de un escenario predecible en el que funcionara un sistema político con cierta firmeza. Los “tipos” de esas lecturas como en *Ismael*, *Nativa*, *Grito de gloria*, *Lanza y Sable* por ejemplo son como seres míticos que delinean la patria o lo que va a ser luego la nacionalidad, son hacedores, no hay profundidad temporal, raíces lejanas en el tiempo, es una génesis casi contemporánea. Algo similar va a ocurrir con Zorrilla de San Martín quien se plantea objetivos similares acerca de la nacionalidad. Deseaba cumplir con la tarea (tan de época) de suministrar a una nación en proceso de modernización y exigido por los fundamentos de soberanía (Ibáñez, 1969: 8). Esta tesis providencialista sobre las fuentes de la nacionalidad y la soberanía, como la llama Roberto Ibáñez (1980) tiene su expresión en *La Leyenda Patria*, la de 1883, donde Zorrilla asegura que las fronteras del Uruguay son “fronteras demarcadas, / por la mano de Dios”; posteriormente en 1902, en un discurso, “Lavalleja”, presenta su idea del Uruguay como “república atlántica subtropical” y junto con la *Epopéya de Artigas*; desarrolla las teorías de Carlyle acerca del papel providencial de los grandes hombres en la historia, como realizadores de la voluntad divina. Esta breve referencia a la obra literaria de Zorrilla es para señalar en su producción la naturaleza desapegada de referentes territoriales y materiales, donde la narración es una abstracción de tópicos literarios que aluden de un modo muy débil a conexiones concretas. No hay una atadura de lenguaje local, cuyos lazos se argumenten por genealogías enunciables; antes bien, la soberanía y la identidad parecen provenir de abstracciones metafísicas. Desde luego que las influencias estéticas del romanticismo pautan el género que cultiva “el poeta de la Patria”, sin embargo, si sumamos que el pasado de la nación, tiene un “dominio” de corto alcance, una profundidad que no despierta interés, la aproximación hermenéutica para revelar los significados de los objetos parece irrelevante para narrar la historia.

Con ese presupuesto, quería probar que la soberanía uruguaya es irreductible, interpreta el proceso local en la obra maestra de 1910, al decir de Ibáñez (1969: 21) : explicándolo por el héroe necesario (Artigas, “el Mensajero”), por las circunstancias históricas y por las leyes naturales. De acuerdo con lo que

sostiene Zorrilla y menciona en sus Conferencias, Artigas el 7 de diciembre de 1811: "La sabia naturaleza ha señalado los límites de los estados. La Banda Oriental tiene los suyos ... ". En la Conferencia IX ya había hecho referencia a los "límites naturales ... imposibles de borrar , los que forman al sur y al oeste "el mar y el fondo de los ríos".

Se conformaba de ese modo una generación "materialista", con base en el conocimiento procedente de los laboratorios y los institutos de ciencias naturales, a la que va a pertenecer J. Arechavaleta, perteneciente a una generación de jóvenes científicos, de quien nos ocuparemos en Capítulo 6.



José Arechavaleta en el Congreso Científico Latinoamericano realizado en 1902 en Montevideo. Sentados: V. Harpersb, J. Barbosa, J. Arechavaleta y Carlos Berg. Parados: Olea, Cozzio, Manuel B. Otero, y Bazzano.

Figura 1 .- Dos generaciones de intelectuales. J. Arechavaleta pertenece a la última, vínculos y lazos de amistades. La imposibilidad de una "ciencia pura" en el Uruguay del 900, todo es aplicación: pensar con un propósito en un país joven.

Capítulo 2

Otros Estados Nacionales, a la búsqueda de “buenos ancestros”

Todas las comunidades humanas poseen identidad, que se expresa desde el nivel individual de sus componentes indivisibles –las personas- hasta las construcciones históricas y colectivas incrustadas dentro de la constelación de las relaciones de poder, que es también poder de generar “estirpes” como árboles genealógicos de pueblos. Entendemos que la generación de esos “relatos” es el producto de la negociación y la lucha de comunidades de intereses, antes que un proceso histórico como un flujo. Estos intereses se expresan a través de los contenidos atribuidos a las culturas y que las identifican, generando precisamente, identidad.

La identidad como un sistema de exclusiones (López, 1987: 200 y ss.) implica también un conjunto de prácticas culturales que la objetivan (Jones, Op. Cit: 128) en el sentido de que producen el efecto de tener una existencia externa; entendiendo por aquellas prácticas, una amplia gama de

comportamientos que permiten reconocer su significado por oposición a otros.

Tal lo que habíamos planteado más arriba, en el sentido de que las aproximaciones primordialistas e instrumentalistas de la etnicidad, no pueden dar cuenta de un fenómeno tan dinámico, cuya entidad no está ligada en forma congruente con los símbolos, agentes sociales y prácticas sociales, a los cuales modela y por los cuales es modelada (Jones, op. Cit: 128).

De modo que la etnicidad como una esencia debe ser superada por una noción que deje mayor espacio a la consideración crítica de que en toda identidad hay un devenir; y que las contingencias históricas afectan, muchas veces drásticamente, el valor de los objetos y las prácticas sociales articuladas dentro de las distintas formas y escalas de la interacción social.

Seguidamente, intentaremos ilustrar con algunos ejemplos del mundo, la utilización interesada, la manipulación, cuando no la distorsión del conocimiento del pasado, con fines políticos.

Tomaremos el tema de los Celtas, como una de las imágenes más recurridas para generar sentimientos y un conjunto de referencias de diversa naturaleza, relativas a los orígenes y estatuto histórico de un estado-nación moderno, como lo es Francia al día de hoy.

En la Europa actual, ¿quiénes son los Celtas? La pregunta puede parecer un poco a contrapelo de una cierta idea de unidad europea que se ha constituido últimamente; probablemente algo amplificadas por los logros económicos en aquel continente desde la última Guerra Mundial. No obstante, lo cierto es que hay una apelación al pasado remoto para "marcar la diferencia" que se practica desde filas oficiales, hasta la oposición y los movimientos separatistas.

Pero, ¿qué sabemos de los Celtas, quiénes eran, y en qué momento adquirieron carta de identidad? El término proviene de fuentes clásicas, es el momento helenístico y del Imperio Romano y hace referencia a las fronteras más allá del mundo clásico, todo ello envuelto por la visión práctica de los romanos; tal la cita de Cesar en "De Bello Gallico" quien escribía a mediados del siglo I A.C: "La galia en su totalidad está separada en tres partes, una de las cuales está habitada por los belgas, otra por los aquitanos y la tercera por los que en su propia lengua son llamados celtas, y en la nuestra galos" (Renfrew, 1990 [1987]: 180).

De modo que el vocablo celta, se empleó para referirse a gente que no es

muy conocida para griegos y romanos, lo que hace muy poco probable que denominaran a un solo grupo étnico, es un término colectivo para designar a gente que podría compartir algunos rasgos en común, pero en realidad lo que los definió, fue no pertenecer al mundo clásico; son "los otros".

Luego viene una historia un poco mejor conocida, que es el redescubrimiento lingüístico de los celtas en el s. XIX, formando parte de una familia lingüística ancestral, cuyos hablantes habrían estado ubicados aproximadamente en la actual Península Ibérica, Francia y Gran Bretaña. Comienza a gestarse la idea de que se trataría de ocupantes primigenios, indígenas, es cuando surge el problema del vasco, de filiación desconocida; lo que ha abonado la tesis de un origen aún más temprano de la ocupación territorial, para esa etnia.

En la actualidad, el término celta es aplicado para designar un grupo de lenguas estrechamente relacionado de la familia indoeuropea, que fue hablado en el primer milenio A.C. sobre una amplia porción de Europa central y occidental, y que actualmente sólo se habla en Irlanda, Escocia, Gales y Bretaña (Dietler, 1994:586).

Pero centrémonos ahora en Francia, en vísperas de la Revolución de 1789. Había en aquel momento una necesidad de política de "crear ciudadanos"; corrían tiempos similares a aquellos que le hicieron decir a un político italiano: "hoy tenemos a Italia, ahora tenemos que hacer italianos" (Dietler, Op. Cit: 593). Contra todos los intentos centralizadores de crear unidad política antes de 1789, se estima que en el territorio que corresponde a lo que es Francia hoy, en el momento de la Revolución Francesa sólo el 20 % de la gente, entendía aceptablemente la lengua francesa; en tanto que el 30 % no lo entendía absolutamente (Certeau et al. 1975. En: Dietler, Op.Cit: 594).

El operativo político de la instalación de la República tenía como principal objetivo la unidad política, que encontró como primer obstáculo la gran diversidad lingüística del territorio. De modo que la unidad nacional se construyó sobre la base de una cruzada para promover la "civilización francesa" a través del impulso de una lengua derivada del latín que se hablaba en el estado de París (Dietler Op. Cit: 594).

No es posible hallar un hilo conductor ininterrumpido, que reúna coherentemente a todas las apelaciones esencialistas del nacionalismo francés

a la antigüedad céltica, en un contexto republicano, es un escenario contradictorio; sobre todo si tenemos en cuenta que irónicamente, el nacionalismo del moderno estado francés implicó el enfrentamiento activo con lo que pudo haber sido el relicto más auténtico del pasado celta: la región de Bretaña (Dietler Op. Cit: 593).

Ante la necesidad de "crear ciudadanos", qué se podría enfatizar para crear "un sentido de ser francés"? Aquí surgen a la superficie algunas de las raíces sociales del conflicto que se pone de manifiesto a través de la búsqueda que los implicados hacen, y los ancestros que seleccionan, dando forma a una contienda con un fuerte componente étnico.

El reino de los francos, establecidos en la Galia como consecuencia de la invasión del 406 A. D y cuya conversión al cristianismo simbolizada en el bautismo de Clodoveo, tuvo como consecuencia el comienzo de la construcción de los reinos bárbaros de occidente en torno a la fachada mediterránea. El Obispo de Roma, que se expresaba en latín, era el eje político-religioso de este proceso histórico; todo lo cual constituiría desde una perspectiva moderna, la sanción política de la cristiandad occidental greco latina. De modo que, bien ganados tenían los francos sus alamares de continuadores de la "civilización". Pero hay un inconveniente con los francos: son de origen germánico y están asociados con la aristocracia que fue derrocada por la Revolución Francesa (Dietler, Op. Cit: 587). De manera que, mal podían ser los francos buenos ancestros de los ciudadanos (*"on ne connoît ice que la denomination de CITOYEN"*)², que son la nueva comunidad imaginaria que generó la revolución, que reordenó el espectro social, recategorizándolo.

Los romanos habían sido utilizados por Napoleón porque se acoplaban perfectamente a sus aspiraciones imperialistas, no tuvo ningún escrúpulo para imitarlos. El modelo clásico en el que contemplaba su propia ambición imperial, lo llevó a promover el estudio y conocimiento de la antigüedad clásica, incluso a través de la arqueología (Trigger, [1989]1992:47).

Los galos ofrecían comparativamente, una gran versatilidad desde el punto de vista de su utilización como ancestros; lo que se ve reflejado en el uso de

² Leyenda en una placa del período revolucionario (Mc Nall Burns, 1979: 605).

que han sido objeto, desde diversas posiciones políticas, desde Francois Mitterrand hasta el Frente Nacional Derechista de Jean-Marie Le Pen (Dietler, Op. Cit:593).

La historia de los galos es compleja y comprometida, ellos fueron primero resistentes a la ocupación romana, a la que lograron infligir algunas derrotas, pero ante la que finalmente -como lo señala Boulainvillier (Dietler, Op. Cit: 587) fueron derrotados. Esta es la raíz histórico-social del concepto de raza ya que los francos son los antepasados de la nobleza y los galos lo son del tercer estado, de acuerdo con la argumentación de la citada fuente. Sobre esta matriz conceptual es que la biología racista del siglo XIX (también la del XX) intentará convalidar la legitimidad de las diferencias sociales, sobre una base "científica" supuestamente neutral, que no es otra cosa que el ocultamiento de los orígenes de clase de la citada diferencia, trasmutados en iconos étnicos.

No hay precisamente una consideración especial para la historia documentada en la elaboración onírica que generan los actos políticos que pretenden referirse a supuestos acontecimientos del pasado. El presidente F. Mitterrand seleccionó, no sin intención, el sitio de la fortaleza de Bibracte para lanzar su llamado a la unidad nacional en un contexto de integración económica y cultural, de una Europa que no termina de trazar sus fronteras. Aseverando en aquella oportunidad que fue allí "donde el primer acto de nuestra historia tuvo lugar" (Dietler, 1994:584). Fue precisamente en ese sitio de la fortaleza de Bibracte, donde Vercingetorix reunió a sus fuerzas para dirigir un ataque contra los romanos. Hay en ese acto una afirmación de la unidad, se subraya un sentimiento de unificación que tiene su efecto en una perspectiva cronológica profunda que parece ser una prueba muda.

Dietler, hace una curiosa comparación, que nos permite ponderar el fenómeno de la utilización del pasado, en sus aspectos más sutiles. Habría un cierto paralelismo entre una proclama del gobierno de Vichy y el discurso de F. Mitterrand en el sentido de que hay un énfasis en marcar la renuncia del jefe galo ante una fuerza superior, el sacrificarse a sí mismo para salvar a la nación, obviamente que la identificación de Petain con Vercingetorix en ese caso es bastante clara. Mitterrand parecería apelar mejor a un sentimiento de valoración más colectivo, de reconocimiento de la superioridad de los romanos por parte de los galos.

Por otra parte, la afirmación sobre el acto fundacional de la historia del pueblo francés, parece estar muy próxima a lo que decía Napoleón III en 1866 (Dietler, op. Cit: 590): "En honor a la memoria de Vercingetorix, no debemos lamentar su derrota. Permitámonos admirar el amor sincero y vehemente de este jefe Galo por la independencia de su tierra, pero no debemos olvidar que nuestra civilización se debe, al triunfo del ejército romano" (la traducción es mía).

Es en el mismo sentido, que F. Mitterand lanza su declaración política de unidad, intentando generar un sentimiento de comunidad supranacional en el que, sin embargo, Francia parece estar ubicada en su núcleo geográfico más legítimo, ya que más adelante se refiere a "uno de los grandes sitios de la Civilización Céltica" aludiendo a Bibracte (Dietler, op.cit: 596).

Estas formas de naturalización política, haciendo hincapié en los orígenes culturales comunes, sólo pueden recurrir a la arqueología desposeyéndola de su contenido crítico. Esto es, las supuestas raíces célticas comunes de la pretendida unidad histórico cultural de Europa, no pueden ser demostradas a partir de la evidencia arqueológica (Figura 1). Evidentemente, si tomáramos como referencia, por ejemplo, al complejo de La Tène, dejaríamos afuera amplias regiones del norte de Alemania; y Escandinavia toda, áreas que nunca alojaron pueblos de habla céltica y que no comparten el mencionado complejo arqueológico. Irónicamente, grandes áreas del territorio europeo, de gran dispersión del complejo de La Tène, no serían tenidas en cuenta en esta cartografía de las nuevas comunidades imaginarias de la U E.; son las grandes áreas de la Europa oriental (Dietler, Op. Cit: 596). Estos proyectos políticos generaron usos del pasado remoto, intentos de conectar escenarios arqueológicos con situaciones actuales utilizando argumentos arqueológicos, de un modo político, para servir a intereses actuales (ver Figura 2)

CULTURE

Quand l'Europe naquit

L'âge du bronze, première civilisation propre au Vieux Continent ? Une exposition donne, prudente, des éléments de réponse

L'EUROPE AU TEMPS D'ULYSSE. Galeries nationales du Grand Palais, square Jean-Perrin, 87, M^o Rond-Point-des-Champs-Élysées. Jusqu'au 10 janvier 2000. Tél. : 01-44-13-17-47. Du jeudi au lundi, de 10 heures à 20 heures ; le mercredi, de 10 heures à 22 heures. De 41 F (6,25 €) à 56 F (8,54 €). Catalogue : RMN éd., 304 p., 290 F (44,21 €).

Ulysse, Homère et Otzi jaillissent cette exposition. Inutile de présenter les deux premiers, le héros mythique chanté par le vecond qui lui consacra les douze mille vers de son *Odyssée*. Le dernier est né il y a un peu plus de cinq mille ans. Sa vie fut courte puisqu'il mourut (de froid) à l'âge de quarante ans environ. Sa découverte fortuite, en 1991, dans un glacier des Alpes, a bouleversé la connaissance que l'on avait des hommes de cette période. Non seulement son corps était quasi intact, mais on a pu examiner ses vêtements, ses armes et ses bagages au grand complet. Quelques pièces sont présentées au Grand Palais : hache à tête de cuivre, couteau à lame de pierre, bonnet de fourrure, collier.

3300 avant J.-C., c'est à peu près le moment où le sud de l'Europe va découvrir le bronze, cet alliage de cuivre et d'étain, dur, résistant mais cassant et lourd. Cette technique va mettre un millénaire à se diffuser sur tout le Vieux Continent, des rives de la Méditerranée aux côtes scandinaves, de l'Anatolie aux Carpates, pour engendrer des systèmes de culture

qui auront de nombreux points communs. Pour Jean-Pierre Mohen, commissaire français de « L'Europe au temps d'Ulysse », il n'y a pas de doute : on assiste là aux premières manifestations d'une civilisation proprement européenne avec ses déesses-mères et ses dieux solaires, ses héros et ses chars, ses palais-fortresses et ses embarcations rustiques qui longent les rivages ou descendent les fleuves.

Cette thèse n'est pas partagée par tout le monde. Les commissaires danois et allemands, qui ont d'abord monté l'exposition à Copenhague et à Bonn, ont été plus prudents. Ils se sont contentés de faire le bilan d'une campagne sur l'âge du bronze lancée par le Conseil de l'Europe en 1994. Jean-Pierre Mohen a voulu lui donner une dimension supplémentaire : « Il y a un lien entre Otzi, personnage vivant, et Ulysse, création légendaire, car derrière la légende, la réalité n'est pas loin. Pour composer son épique, Homère va reprendre et ordonner des récits anciens plus ou moins mythiques. Si le poète grec écrit vers 700 avant notre ère, quand l'âge du bronze a disparu, il fait référence à cette période. Les trésors découverts à Troie et à Mycènes ne sont ni ceux de Priam, ni ceux d'Agamemnon, mais ils datent bien de l'âge du bronze. »

LE CASQUE D'ULYSSE

On peut voir, au Grand Palais, un casque, fabriqué à base de dents de sanglier, trouvé au fond d'une chambre funéraire en Attique (Grèce). Dans *L'Iliade*, Homère nous dit qu'Ulysse orna sa

tête d'un tel casque lorsqu'il combattit devant les murs de Troie. Un ivoire mycénien du XIII^e siècle avant J.-C. nous montre d'ailleurs un guerrier coiffé d'un tel couvre-chef.

La fabrication du nouveau métal nécessite des voyages, donc des transports compliqués, la domestication du cheval, des embarcations fiables : l'étain se trouve essentiellement en Cornouailles, le cuivre, plus répandu, est abondant en Europe centrale et à Chypre. L'épave de Buran, sur la côte turque, a livré un chargement de 10 tonnes de cuivre et d'étain. L'ambre, autre matière première recherchée, vient des bords de la Baltique ; l'ivoire transite par le Proche-Orient. Les convoyeurs et les artisans ont besoin de protection, donc d'une société hiérarchisée. Des principautés, plus ou moins étendues, basées à partir de palais-fortresses, apparaissent un peu partout – en Crète (Knossos) et en Grèce (Mycène, Pylos), mais aussi en Sicile (Thapsos), au Portugal (Zambual), en Hongrie (Ve-

lem-Saint-Vid), en France (Fort-Harrouard) ou en Grande-Bretagne (Malden Castle). L'usage de la roue et du bateau se généralise.

UNE ICONOGRAPHIE COMMUNE

Ces moyens de transport sont gravés ou peints de manière presque identiques, du nord au sud du continent. « On retrouve un peu partout une iconographie commune à toute l'Europe, précise Jean-Pierre Mohen, poignard, hache, taureaux, signes solaires, les tombeaux ont livré un armement identique, boucliers, épées, casques, halberdes. On a l'impression d'une civilisation où les croyances, la manière de vivre et l'expression du pouvoir sont proches. »

Avec la découverte du fer, une page se tourne. Le nouveau métal a l'avantage de se trouver partout : s'il est plus difficile à travailler, s'il réclame des techniques plus sophistiquées, il est à la fois plus souple et plus résistant. Les armes de bronze étaient moins efficaces, avec le fer on tue beaucoup mieux. Les peuples se différencient davantage, ils se donnent des noms, l'écriture se généralise. L'Europe entre dans l'histoire et les héros dans la légende. Il est dommage que cette thèse, controversée mais passionnante, souffre d'une présentation trop sèche, trop universitaire, souvent réduite à être que l'illustration d'une page d'encyclopédie. L'exposition du Grand Palais réclame des collections un peu plus riches mais surtout une scénographie à la hauteur de la démonstration.

Emmanuel de Roux



Figura 2.- Artículo en Le Monde (circa 1995), donde se reflexiona políticamente acerca de la necesidad de legitimar los intentos de producir unidad política a partir de pruebas aportadas por la arqueología. Sugiriendo que la Edad del Bronce europea, sería un punto de partida, donde ya habría una unidad histórica.

¿Qué era el Muro de Berlín?

Sintomáticamente, en los años siguientes a la caída del muro de Berlín en 1989, la República Federal da un debate en torno a dos tesis acerca del Estado Nacional y que tienen como eje la reunificación alemana. La primera de ellas sostiene que el Estado nacional no es en la actualidad ningún lugar de retorno, sino un complejo problema y un punto de partida hacia un nuevo tipo de organización política que lo relativice; la segunda sostiene que la instalación de ese Estado nacional pleno implica tirar por la borda la República Federal de posguerra. Todo lo cual trajo de una parte, la gran prosperidad económica y como contra cara el enfrentamiento con la "cultura alemana" desde adentro y la percepción de la crisis de civilización que había implicado el régimen nazi (Habermas, 1996: 9)

Cuál será el futuro del Estado Nacional, luego de la desintegración del esquema NATO - PACTO DE VARSOVIA, en el que Alemania occidental representaba la "normalidad" del régimen político democrático-liberal en el que se había hecho abstracción de la estatalidad nacional, tras el fin de la Segunda Guerra mundial, por disposición de los aliados, parece ser un interrogante difícil de responder en la medida que el sistema de intercambio económico se mundializa, o "globaliza" y tanto los supuestos teóricos keynesianos como los marxistas, acerca del papel incuestionable del trabajo en cualquier economía, hoy son impugnados, entrando en escena vaticinios acerca del "fin de la sociedad del trabajo" (Habermas, Op. Cit: 22). La tríada: Tecnología - Información - Finanzas, parece hoy desarticular de tal manera el presente, que no deja espacio para utopías ilustradas, queda la sensación de ser el final del proyecto enciclopedista, a través de ese golpe tan duro al trabajo, de modo que la representación histórica, el enlace entre el pasado y el futuro, no parece posible, el porvenir no expresa una función moral del pasado.

Tal vez el reconocimiento del pluralismo social y cultural, una vez rechazada la creencia errónea en la necesidad de la existencia de un consenso de fondo para la convivencia republicana, sea la base para que los ciudadanos puedan experimentar libremente con sus instituciones (Habermas, Op. Cit: 23).

Sólo con el fin de ilustrar, de una forma que de tan breve, es casi ilegítima, quise dar a entender parte de la trama social y política, así como algunos antecedentes históricos muy inmediatos que impusieron -a nuestro juicio- límites muy característicos a una arqueología alemana de posguerra que se empeña en ser muy descriptiva, como una respuesta a un pasado de manipulación, que tal vez comenzara con el proceso político de la Unidad Alemana y que encontró sus expresiones más extremas en el gobierno del III Reich.

Anteriormente citábamos el ejemplo de Vercingetorix como una de las formas características en que la identidad parece ser negociada en un proceso de contradicciones, que pone de manifiesto las raíces sociales del concepto. De un modo similar, hay en Alemania un "equivalente" histórico de Vercingetorix, un líder germánico llamado Hermann o Arminio, quien obtuvo una incuestionable victoria sobre los romanos en la batalla de "Teutoburg Forest" en 9 A. D. (Marchand, 1996: 159) pero, a diferencia del jefe galo, nunca fue derrotado por los romanos y de algún modo contribuyó en la creación de la frontera del Rin.

Circunstancias político sociales diferentes, imperantes en la segunda mitad del siglo XIX, marcaron en Alemania un escenario de discusión acerca de los orígenes étnicos de los alemanes, ya que no había consenso entre la intelectualidad, acerca de que el mundo clásico fuera depositario de una grandeza indiscutible, de la que los alemanes serían continuadores. Antes bien, tal como Suzanne Marchand desarrolla en su obra *"Down From Olympus"* (Op. Cit: 159) había una lucha entablada en la institucionalidad académica de los estados que luego iban a conformar la Alemania unificada, que, si bien de un modo complejo, reflejaba el conflicto que en el ámbito político estaba planteado entre la burguesía liberal y protestante, y los estamentos aristocráticos más ligados a las estructuras feudales de confesión católica, anteriores a la Guerra de los Treinta Años y que trazaban su genealogía desde Brutus, el héroe quimérico de origen clásico (Trigger, [1989]1992: 42). La necesidad de una cultura germánica esencial y autónoma (Marchand, Op. Cit: 157), parece plantearse entonces, para los sectores más liberales, a partir de una ruptura con los lazos de una Europa unida bajo el control del solio de Roma. He ahí en aquella época, las fuentes sociales que estarían dando origen a las dos

visiones competidoras por el pasado de una unidad política que aún no sabía qué forma se daría.

Para intentar analizar parte de este contexto político que enmarcó el surgimiento del interés por los antepasados para legitimar reclamos de soberanía, apelando a supuestas contribuciones y logros culturales, de los así llamados pueblos "bárbaros"; introduzcámonos brevemente, a partir del trabajo de S. Marchand (Op. Cit: 1996) en algunos episodios de las luchas políticas en Europa central en la primera y segunda mitad del siglo XIX, y muchas de sus consecuencias académico-institucionales.

Como una medida propagandística contra los franceses, durante las Guerras Napoleónicas fue publicado un libro por Heinrich von Kleist: *"La batalla de Arminio"* (Marchand, Op. Cit: 158), en el que se hacía énfasis en la superioridad moral de los "bárbaros" frente a los romanos, explotando aquel incidente bélico de modo que la identificación de los franceses con los romanos parece no necesitar explicación. Mme. De Stäel en "De l'Allemagne" postula una división de Europa en tres "razas": Latinos, Germanos y Eslavos; argumentando que los Latinos recibieron directamente la civilización de los Romanos, y los Germanos fueron los únicos en recibir tardíamente el influjo romano, pero con la salvedad de que fue a través de la Cristiandad, entroncando su memoria con aquella de los años caballerescos de la Edad Media (Marchand, Op. Cit: 158). Hay un énfasis puesto en la resistencia de las tribus germánicas a la tiranía de Roma, resistencia que se mantuvo gracias a la unidad conservada por esas tribus; pero el núcleo de la argumentación es que los germanos no fueron destructores de civilización, sino más bien una vanguardia de innovaciones culturales. En las obras de Montesquieu, Voltaire y Gibbon (Marchand, Op. Cit: 159) hay un juicio favorable a las tribus germánicas en el espíritu de la Ilustración, en el que se adelanta la tesis del colapso interno para explicar la caída de Roma, no tanto la destrucción a manos de los bárbaros. Estas afirmaciones se ajustan a la visión hegeliana de resolución por síntesis de contrarios y la caída de los sistemas de gobierno bajo el peso de sus propias contradicciones, de modo que el mundo "cristiano germánico", bien podría ser la síntesis de esa contradicción. En este proceso de "autoformación" por oposición a "otros", es que se forman los referentes simbólicos que permiten trazar límites que son a la vez espaciales y temporales, de valor geográfico y -

sobreimpreso- un valor moral. La noción de modernidad (Picó, 1988: 52) que comienza a gestarse, lo hace a partir de la demarcación de un espacio corporativista, universalista y Católico, todos ellos "principios Latinos", implícitamente ligados al pasado (y a la decadencia de Roma) en el que aparecen reagrupados los franceses modernos. Construyéndose de esa manera, los "principios germánicos" de Individualismo, Particularismo y Protestantismo, que se opondrían dialécticamente a los principios Latinos, conduciendo a una nueva era (Marchand, Op. Cit: 159).

Esa comunidad imaginaria, mira su propio pasado con nueva luz, hay una generación de intelectuales y publicistas empeñados en producir algo así como una "historia profunda" de la "*germanidad*", todo lo que llevó a ahondar, primero en el estudio de las fuentes clásicas y más tarde en todas aquellas vertientes académicas (incluida la arqueología) que reforzaran la visión esencialista de esa entidad cultural. Así es que se populariza, sobre todo a partir de 1870, una literatura de baladas, poemas y novelas históricas, especialmente adaptada para adolescentes en la que se pintaba la corrupción del poder político de Roma y el confinamiento que por otra parte sufrían los germánicos (Marchand, Op. Cit. 161).

Las raíces ideológicas de este conflicto, que probablemente se remontan hasta la Reforma, acerca de la "*romanidad*" y la "*germanidad*" habían tenido, sin embargo, una misma fuente de información, constituida por la Biblia y los textos clásicos. Cuando las aguas de la lucha política comienzan a dividirse, los liberales ven en las fuentes clásicas la legitimación del orden católico contra el que luchan, sobre todo cuando los textos griegos y latinos muy poco tienen que decir acerca de la profundidad histórica de las tribus germánicas. De este modo el estudio de las fuentes no convencionales de conocimiento acerca del pasado, encuentra en la arqueología una veta muy importante. El estudio de los hallazgos de antigüedades locales, las tradiciones, crónicas y poemas cobran una importancia de herramienta de lucha política, de los sectores sociales en ascenso.

La imagen de Gustav Kossina como arqueólogo del III Reich, si bien no puede ser excusada del racismo y nacionalismo, que terminaron sirviendo a propósitos absolutamente condenables, no es sin embargo, un cuadro completo si nos atenemos a lo que podríamos llamar "el primer Kossina" que

buscaba una alternativa positivista a la visión humanista (Marchand, Op. Cit: 182). Efectivamente, desde la filología, inspirada en fuentes clásicas, se continuaba suscribiendo el esquema de los orígenes asiáticos de la "civilización europea", promoviendo de paso una visión universal que nivelaba a de toda la humanidad a partir de un área de origen común protoindoeuropeo (Renfrew, 1992: 38).

No obstante, admitiendo el marco general de la "cuestión Indo-Germánica" Kossina subraya el hecho de que la arqueología provee mejores herramientas que la filología comparada, para resolver la cuestión de las rutas y los orígenes (de los indogermánicos o indoeuropeos) su objetivo era escribir una "historia sin nombres" (Marchand, Op. Cit: 182). Es precisamente esa "historia sin nombres" la que le permite eludir el institucionalismo aristocrático y sus lealtades teutónicas, explorando un terreno nuevo del pasado, que se abre con una vastedad cronológica inédita; al que designará con nuevos nombres, nuevas imágenes y al que dará una profundidad y dirección histórica en el sentido de la autoafirmación cultural, como una de las claves de las aspiraciones de la burguesía liberal en ascenso (Marchand, Op. Cit: 163).

En esta lucha contra la "arqueología clásica" como una misión patriótica comienza a abrirse un espacio para el ingreso del racismo, del populismo y el nacionalismo, a la vez que se fortalecen las instituciones provinciales locales. La vernacularización es la vanguardia de la lucha contra la "hegemonía clasisista".

La afirmación por parte de Kossina de que las claves para el conocimiento del pasado se no dependían de una escolástica bíblica y clásica, sino que provenían del examen de fuentes no escritas, transformando el paisaje del país en una verdadera metáfora histórica de la nación (Diaz-Andreu & Champion, Op. Cit: 20), no fue evidentemente lo peor de su producción. La noción de que los restos arqueológicos pueden ser usados para reconstruir o identificar áreas de ocupación no era nueva, la novedad introducida fue la coincidencia estricta de los límites raciales, lingüísticos y culturales como unidades inseparables. El plan de Kossina era algo así como una cruzada independentista contra el "saber poder" de los clásicos que subordinaba todo conocimiento del pasado. Pero no debemos dejar de tener en cuenta, en qué momento es que ese pasado adquiere importancia crítica, cuando aparece

como piedra de toque para legitimar reclamos de tierras o intenciones expansionistas.

Creemos que la tentación de Kossina de explicarlo todo no es su peor yerro, sino el haber pretendido hacer una interpretación a expensas de otra, naturalizando la contradicción entre el "mundo clásico" y el "mundo bárbaro" admitiendo de ese modo, desde una postura inversa, una propuesta ideológica. De este modo se abrió el camino para una "ciencia nacional" en la que fueron subvertidos todos los valores de las bases para un nuevo conocimiento del pasado, logrado a través de profundizar en la estratigrafía; por causa de su propósito del objetivo patriótico de subestimar "lo clásico" como fuente de conocimiento del pasado.

En el año 1941 fue reeditado "La Prehistoria Germánica", esta vez con un prefacio de Alfred Rosenberg (Marchand, Op. Cit: 185), el objetivo del libro es recuperar el orgullo nacional, enfatizando el alto significado patrio de la prehistoria, ya nada queda del "desinterés y resuelta virtud" de los bárbaros de Arminio que lucharon contra los romanos y que caracterizaron a aquellas tribus germánicas de la propaganda antifrancesa de las Guerras Napoleónicas. Sin embargo, parece seguir ocurriendo lo mismo con el pasado: se parece sospechosamente demasiado, al presente.

Para finalizar cabe decir que en la arqueología de posguerra en Alemania se ha acentuado un cierto carácter descriptivo, tal vez como una forma de conjurar el legado de manipulaciones y distorsiones del pasado. Hoy existe una arqueología de Arminio, quien cuenta con un monumento en ciudad Bismark. Hace quince años fue hallado el presunto lugar de la batalla, hecho que no motivó discursos políticos ni movilizaciones del tipo animación cultural. Nuestra sorpresa ante este "desaprovechamiento" de una oportunidad política; tal vez marque también nuestra propia predisposición.

En Israel el uso del pasado ha sido algo obvio, sin embargo los modos que adopta no están siempre relacionados con reforzar sentimientos de exclusividad y segregación, Un artículo publicado en el diario El Mundo, sugiere que la arqueología, en este caso, demuestra un uso "pacífico", un modo de interpretar, dentro de un contexto insoslayablemente político un pasado que pertenece a ambos pueblos: árabes y judíos (ver Figura 3). Se trata de un uso, una reflexión política sobre la base de argumentos arqueológicos.

Capítulo 3

Usar el pasado

El tema del uso del pasado en el surgimiento de la arqueología en el cono sur en particular y en el resto de América Latina en general, ha tenido diversas expresiones y formas, en cada país y con los diferentes regímenes políticos que se instalaban (Podgorni & Politis 1989). En Argentina y Uruguay prevaleció la idea de una mayoría descendiente de europeos (Sans 1992; Politis 1995: 197). La identidad nacional se configuró en torno a un uso del pasado que rechazó los orígenes indígenas, ocultándolos y encubriéndolos (Caetano, 1993). En la actualidad, prácticas de patrimonialización y musealización de parte del estado, han transformado el pasado dándole un cierto carácter estratégico. En el caso de Uruguay, la recuperación del pasado se hacía habitualmente a través de la Historia (Rilla, 2008: 30 y ss.) separando la memoria de la Historia, cuya distancia con la política no se tematizaba. Actualmente sin embargo, la cuestión del uso del pasado y su relación con la política, viene trayendo al campo de análisis los temas de identidad, memoria, patrimonio y una reconfiguración de algunos de los rasgos que nos constituyen como unidad político cultural.

Esta instancia significó un “giro cultural” en la disciplina, dentro de un contexto nuevo y preciso de transición regional en el Cono Sur. Queda planteado así un espacio nuevo de relaciones entre actores que interpelan desde nuevos ángulos lo que se ha dado en llamar, a falta de un término más preciso; “pasado reciente”.

Digamos que la arqueología contemporánea se ha vuelto cada vez más crítica y consciente de los modos en que los datos arqueológicos y el pasado remoto pueden ser manipulados para servir a asuntos de interés político (Kohl & Pérez Gollan, 2000: 7). A su vez, una vieja preocupación positivista, que ha desechado por anacrónicas las aproximaciones de la escuela histórico – cultural de Viena, también al evolucionismo materialista, los arqueólogos miran

con deseo los logros de las ciencias físico – naturales, su seguridad y claridad y precisión. Sin embargo, aunque Hodder (1988) insista en que la disciplina debe transparentar sus procedimientos y mostrar las opciones, dudas y errores del investigador, será posible distinguir siempre interpretaciones correctas de otras incorrectas o dañinas acerca del pasado (Kohl, 1985). Por otra parte, los enfoques conservacionistas y patrimonialistas de la arqueología nada tienen que ver con la “verdad” o los “hechos”, sin embargo es también un enfoque que se transmite y recomienda en las instituciones de educación superior y los gobiernos desean que esa actitud se difunda a toda la sociedad a través de los institutos de enseñanza básica.

3.1 Arqueología, etnicidad, comunidades y nacionalidad

Si bien la etnicidad es un concepto surgido del contexto colonial y del esquema de dominación occidental impuesto desde occidente, también las propias comunidades percibieron el potencial del concepto dentro del modelo político y también lo utilizaron en demandas de reclamos de tierras (Abu-el Haj, 1996). También los hallazgos y las cronologías entusiasmaron a las comunidades en una auto-percepción identitaria más rica, como ocurrió con las comunidades de “descendientes de charrúas” (<http://chancharrua.wordpress.com/about/>) que adoptan no obstante el lenguaje y algunos resultados de los estudios antropológicos, indicadores tales como la “mancha mongólica”, o el “diente en pala” y los estudios de ADN (Sans, 1992). Lejos de plantear exclusividades y cuestiones del tipo “ciencia indígena” u “occidental”, creemos que estos conflictos no son todos equivalentes en cualquier parte del mundo. Hay una sensibilidad alta al contexto en que se producen, vale decir en Uruguay no alcanza los niveles de violencia y conflictividad que puede haber por ejemplo en Argentina (Rodríguez, 2011: 1). No se pueden juzgar y ver del mismo modo, no son equivalentes, están ligados al conflicto que los engendró, no son conceptos “suelos”.

Sin negar el pasado, pero evitando incorporar enfoques “globales” que buscan neutralizar la historia, la arqueología podrá mostrar fracturas, rupturas inevitables en el proceso de construcción de nacionalidad. Tal vez la

desesperanza posmoderna de encontrar en la tradición una verdad válida (Gadamer 1989: 83), sea la renuncia a ver en ese relato algo unitario y coherente. La arqueología en cambio, fue desde el comienzo una alternativa a los relatos del Antiguo Régimen, fue parte de la mirada de la modernidad sobre un mundo anterior que se desbarataba. Más modernamente la disciplina afirmaría su *ethos* de trabajo al excavar desperdicios, desechos, lo que la gente abandonaba, olvidaba, se trata de las escalas microscópicas o capilares, casi un “inconsciente”, que los arqueólogos traen a un presente conflictivo en el que emergen.

El uso político navega otras aguas, obvia esos aspectos y busca una perspectiva que dé continuidades y rupturas, dando patrocinio muchas veces de un modo sutil (ver Figura 4)

La historia se aprende

LA INVESTIGACIÓN EN TORNO A LOS CERROS INDÍGENAS QUE ESTÁ A PUNTO DE REESCRIBIR LA PREHISTORIA URUGUAYA DESPIERTA EL INTERÉS DEL PRESIDENTE JULIO SANGUINETTI, QUE RESPALDA PERSONALMENTE EL PROYECTO Y SE PROPONE APRENDER

Mudos, ignorados por muchísimos años, los cerros indígenas hallados en territorio uruguayo tuvieron la chance de mover las tantas veces oxidadas bisagras de la idiosincrasia uruguayo. Fue la gestión de la entonces ministra Adela Reta la que dio el puntapié inicial a un proyecto de investigación de largo aliento.

Se trata de una obra cultural mayor que, obligando a revisar los conceptos históricos vigentes, se encamina a cambiar la percepción de los uruguayos respecto de sí mismos. Una investigación que no traerá beneficios económicos, que tal vez no sea valorada con justicia en lo inmediato.

"No hay país del mundo que no quiera conocer sus raíces"

despierta sin embargo el interés de Julio María Sanguinetti, al punto de tentarlo a involucrarse personalmente. Hace unos meses estuvo en San Miguel para conocer "este esfuerzo que vamos a seguir alentando", como lo expresó en entrevista concedida a *El Observador*.

Este aliento se materializó en el replanteo de la enseñanza de las disciplinas correspondientes y en la formación de profesionales en el exterior que condujeron el trabajo de diez años que recién ahora rompe el silencio que permitió avanzar en el proyecto.

Las primeras hipótesis avalan la perspectiva histórica del inicio: los cerros indígenas son monumentos funerarios que prueban la

existencia de una prehistoria uruguayo, protagonizada por una cultura avanzada, que se remonta a 4.000 años atrás.

"No es un tema nuevo, lo nuevo es el planteo actual", explica el presidente. "Tenemos algunas hipótesis confirmadas y otras en curso. Pero en cualquier caso se trata de un replanteo de nuestra prehistoria". Sus reflexiones trascienden los recientes descubrimientos para navegar en la identidad oriental: "Los uruguayos no tenemos una conciencia histórica. Sólo asumimos el Uruguay independiente y normalmente ignoramos los siglos en los que fuimos españoles. Nuestra historia comienza con el Grito de Asencio o la Revolución de Mayo. Con mu-

cha más razón, entonces, tampoco tenemos una visión muy clara de nuestras raíces profundas".

Cuando se habla de la influencia que puede tener esa conciencia de pisar una tierra que fue habitada hace tantos miles de años no le resulta fácil medir su incidencia sobre la gente, pero señala que "lo interesante es que esta continuidad de cerros que aparecen del norte a sur en toda América, aun en el terreno de las hipótesis, abre otras perspectivas de investigación que el tiempo dirá adónde llegan".

Conocedor y amante de la historia Sanguinetti insiste en la necesidad de los pueblos de conocer su pasado. Su visión busca comprometer: "No hay país

del mundo que no quiera conocer sus raíces, no hay país que no quiera saber qué ocurrió en el territorio que ocupa, no hay país que pueda mirar al futuro si no tiene conciencia clara de cuál es su pasado. Esto no es un tema baladí, es el tema fundamental de las propias existencias nacionales".

La sola mención de la palabra debate lo molesta. Para él no es el momento de hablar de debates sino de "profundizar en los hechos y mirar con mucha atención y respeto este trabajo enormemente valioso que ya lleva bastantes años". Quizá no sea aún tiempo de debate, sino de abrir la cabeza y abandonar preconceptos para dejar que se exprese el pasado.



El presidente y la historia de los uruguayos

C. CONTRERA

Figura 4.- Declaraciones del entonces Presidente Sanguinetti al diario El Observador, acerca de las Investigaciones de la CRALM en Rocha. 30 de enero de 1997

“La historia se aprende”, podría ser el mínimo liberal aceptado para evitar decir la “historia es una ciencia (objetiva)” o es un “gran relato”; si se aprende podría ser catalogada de “conocimiento”, pero no se aprende, no “entra en la cabeza” sino es en virtud de un aprendizaje que se hace en instituciones, que por supuesto el estado controla, eso es lo que no se dice. “Tenemos algunas hipótesis confirmadas...” La afirmación del Presidente fue categórica, la propia institución se involucra hasta en las hipótesis, le da un cierto tinte oficial al trabajo. Las referencias a la existencia de una “cultura avanzada”, una “identidad oriental”, el “conocer sus raíces” lo “que ocurrió en el territorio que ocupa” son los parámetros que los sistemas políticos precisan de la arqueología. No es que la arqueología se preste, de un modo inevitable y que su sino sea el de su uso político, siempre va a haber uso político, deber de los arqueólogos será desmontarlo, mostrarlo.

3.2 ¿Qué podemos saber del pasado a partir de los restos arqueológicos?

Por qué incluir esta pregunta en el capítulo sobre usos del pasado, tal vez porque todo uso implica una elección acerca de cómo creemos que fueron las cosas, a la vez que un campo teórico y conceptual.

Diversos conceptos provenientes en particular de la antropología se incorporaron con el fin de contrarrestar la aridez de los enfoques cuantitativos clásicos. La pregunta no busca desarrollar los trayectos de la disciplina hasta llegar a los saberes expertos de la actualidad. Más bien busca mostrar cómo a veces no es que hagan falta datos, los datos solos no hacen cambiar o dudar acerca de las perspectivas que se tiene de un tema, sobre todo cuando implica convicciones políticas y perspectivas ideológicas que son prioritarias.

A continuación ponemos un texto del entonces Director del Museo Histórico en el año 1996; el desaparecido Prof. José de Torres Wilson, publicado en el diario el observador, también el 30 de enero de 1997 (ver Figura 5)

Indios

Señor director:

Me causa estupefacción y tristeza leer la nota que publica el periodista Andrés Alsina en la contratapa de vuestra edición del viernes 19 de enero, sobre el tema de los indios en la prehistoria uruguaya. Solo alguien que toque totalmente "de oído" en el tema puede llegar a escribir tamaños disparates que, además, mucho contribuyen a despistar a los pobres uruguayos agujoneados por el periodismo amarillo y sensacionalista.

No tenemos la más mínima duda acerca de las santísimas intenciones de la doctora Adela Reta. Tampoco ignoramos -cualquier aficionado al tema los conoce- los "cerritos de los indios" relevados en Rocha y en otras partes del país. Lo que resulta un disparate mayúsculo es inferir de eso la existencia de más de 300.000 indígenas en el territorio de la antigua Banda Oriental.

No existe un solo dato científico serio ni arqueológico ni literario que nos autorice a sostener que aquí habitaban más de 4.000 o 5.000 seres humanos. Ni la economía, ni la fauna, ni la flora,

ni la comparación con zonas circundantes más ricas que la nuestra permiten suponer que en el territorio oriental hubo, antes de la llegada de los españoles, demasiados indígenas más que esas cifras tentativas.

Por muchos cerritos y otros yacimientos que se hayan excavado no se ha encontrado un solo esqueleto completo en todo el territorio uruguayo, una sola ciudad, una sola vivienda, un solo templo, una sola muralla ni agricultura de terrazas, como se ve, aún hoy, en el área andina, ni resto alguno de "chinanpas" o verdaderas islas flotantes como en los lagos de México, ni restos de metalurgia de clase alguna. Solo restos o campamentos, de paso incierto o esporádico. En México, en Centroamérica, en Colombia, en el norte de Chile o aun en el Paraguay no se puede iniciar la construcción de un edificio o de una carretera sin que aparezcan miles y miles de restos indígenas. ¿Cuántos esqueletos indígenas han aparecido en nuestro territorio desde la época de los españoles, sin que se haya tenido noticia de ningún cataclismo geológico que los haya hecho desaparecer? Porque -pruebas al canto-

todo lo demás es cháchara, con poco fundamento científico serio, alimentado por periodistas que hoy están en esto y mañana en lo otro, siguiendo el duro trajinar de su oficio, que no admite en nuestro medio, periodistas full time ni en fútbol ni en carreras, porque mañana los pueden mandar a cubrir sociales y pasado mañana a hacer palabras cruzadas.

Ya se sabe que hubo seres humanos aquí hace más de 10.000 años y que las culturas catalanesa y cuareimense fueron importantes, pero pretender poner estas civilizaciones al nivel -no ya de los mayas y de los aztecas- sino de los guaraníes es una desubicación muy grave.

Las pobres maestras -lo digo con el respeto y el cariño que medieron mis treinta y cinco años de profesor de Historia en los Institutos Normales- atosigadas por tener que enseñar simultáneamente lenguaje, aritmética, geografía e historia y de tener que atender, en el orden que marca el calendario, todas las fechas patrias habidas y por haber, con lo cual el niño termina sin estar seguro de si la fundación de Montevideo es antes o después del Gnto de Asencio o de si Artigas

es antes o después de los Treinta y Tres Orientales, no saben si los indios eran importantes o no, ni si descendemos realmente de ellos o -más bien- "de los barcos". Los diarios -dos por tres- traen noticias de que aparecen aquí y allí descendientes auténticos de charrias. No tienen la menor noción de que la enorme mayoría de los descendientes de indios que vinieron a Montevideo -y también a nuestra campaña- son producto de la llegada de los "tapes" guaraníes a construir las murallas de la ciudad-puerto o, luego de la dispersión de las Misiones Jesuíticas, en pleno período colonial.

Ultimamente, en especial durante el mentado V Centenario, ha surgido a nivel continental, un indigenismo delirante que se nutre del odio a España y a la Iglesia Católica. América era feliz hasta que vinieron los conquistadores, sin tener idea siquiera de los trasiegos de pueblos practicados habitualmente por los incas ni de los sacrificios humanos que eran rutina entre los incas.

JOSÉ DE TORRES WILSON
DIRECTOR DEL MUSEO HISTÓRICO
NACIONAL

Nota de Redacción: el profesor José de Torres Wilson no solo agrade en vano sino que se equivoca al calificar de "amarillo y sensacionalista" al periodista, pues los vicios de superficialidad y tremendismo que caracterizan ese estilo son justamente los que él exhibe en sus argumentos.

Se equivoca Torres Wilson al querer polemizar con el periodista, en términos por cierto inaceptables; éste se limita expresamente a recoger información de los superiores jerárquicos del Tector en el Ministerio de Educación y Cultura, producto de una investigación de diez años.

Como es obvio, la polémica deberá ser con ellos, pública si se quiere: en el debido tono bien puede ser en las páginas de este diario.

Figura 5.- Artículo de Prensa del Diario El Observador (enero, 30 de 1997), del Prof. José de Torres Wilson. Los subrayados, son un hábito de lectura atenta y también de las circunstancias en que se publicó el artículo, generando mucha controversia en el ambiente académico e institucional.

Hay un "nacionalismo hispánico" (presente en este artículo) que se desarrolló desde la época colonial, sobre la idea de una "América Latina" vista como una unidad, no fue como en el Viejo Mundo que los nacionalismos separaban amplias regiones (Anderson: 1983). Esa vertiente de pensamiento de José de Torres Wilson, menos liberal que la del Presidente Sanguinetti, levanta una visión bastante distinta. Francisco Bauzá, cien años atrás y con menos datos tuvo un juicio más acertado cuando escribió acerca de los constructoras de cerritos.

Es un nacionalismo de otro cuño, no radica en la tierra local, la ignora, es una "nada" pero sin redención. El estudio de los arqueólogos uruguayos se reduce para el autor de esas líneas, a "cháchara", los datos parecen no contar. ¡Es que son los arqueólogos quienes están interesados en los datos! El interés de

Torres no son los datos, pues su motivación es defender una visión hispánica, católica, es como otro paradigma. El problema es que Torres y ese colectivo de lectores que piensa así, no pueden dialogar más que con ellos mismos, han dejado fuera otro conocimiento, el crítico y dialoguista, el que permite abandonar posiciones erróneas.

Otro orden de discusión se generó a partir de la publicación de numerosos trabajos de arqueólogos centrados en el estudio de los humedales del E y el surgimiento de la Comisión de Rescate Arqueológico de la Laguna Merin (CRALM) (que se comentará en Capítulo 5). Uno de los puntos principales desatados como consecuencia de esas investigaciones fue imagen de los grupos prehistóricos yendo a una progresiva sedentarización, la adopción del cultivo, la monumentalidad, la probable segmentación social que practicarían y el control territorial de muy diversos ambientes (López Mazz & Bracco, 1989). Asimismo, el tratamiento dispensado a los muertos, le sugiere a López Mazz, (1989: 66) la existencia de una sociedad compleja y jerárquica, con rasgos heterárquicos. Investigadores de enorme prestigio en la disciplina como Renzo Pi (†) tan lamentablemente desaparecido y Daniel Vidart, no comprendieron de inmediato que se trataba de hipótesis científicas, no de opiniones y realizaron críticas sobre los resultados, pero no sobre los procedimientos de investigación, pues no era en lo que parecían interesados. Los resultados eran que se cuestionaba el paradigma anterior, la visión política del esquema mayor de la prehistoria, la colonia y la república. Vidart (1996) por ejemplo ironizaba sobre la posibilidad de que se hubiera utilizado esclavos para construir los cerritos y que una de las grandes contribuciones de los arqueólogos de la CRALM era haber hallado una semilla de zapallo en uno de los susodichos cerritos. Renzo Pi en un extenso libro: Los indios del Uruguay (1993) apenas si menciona las excavaciones arqueológicas que se desarrollaban en el E del Uruguay y niega que el efectivo demográfico de los indígenas de la Banda Oriental superara al de comunidades nómadas. Tal vez la caída del Muro de Berlín fue moderando sus posiciones, conduciéndolos a visiones menos fijistas, menos universales, reconociendo que la arqueología en el Uruguay actual es una actividad de profesionales.

Capítulo 4

Objetos que significan: de útil a simbólico

El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho *memoria*; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de la que no se separa.

Michel Foucault. *La arqueología del saber*. 1969

Cómo logran los objetos su “eficacia simbólica”, cómo adquieren significado los fragmentos y entidades que la arqueología colecciona ha sido un asunto muy controvertido dentro del pensamiento occidental de los últimos 300 años (Boast, 1997). Entender el interés de los arqueólogos en los objetos no es solamente un asunto de la disciplina como tal, sino una exploración acerca de los medios para exhibir, almacenar y transmitir algo acerca de tales objetos a través de diversos medios a saber, reportes textuales y mapas, dibujos y planos. Sin embargo creemos que esos “documentos” como se les denomina en la jerga disciplinaria son en realidad “monumentos” en un sentido foucaultiano. En efecto, probablemente la “materialidad” de la arqueología no esté en la gama de objetos “arqueológicos” sino en la red social de textos y presentaciones que podría ir desde los textos escritos como crónicas y reportes hasta los ya citados dibujos y planos.

En este capítulo se explorará el núcleo teórico de las representaciones que

emplea la arqueología, pero que derivan de viejas ideas instaladas en el pensamiento occidental, que sostienen la posibilidad de una representación ordenada y lógica de los acontecimientos, que emplea un lenguaje universal, a través de patrones formales y categorías de entendimiento, que vuelven inteligible lo real en cualquier tiempo y lugar.

Creemos que son los museos los lugares híbridos, donde la ciencia y el arte se cruzan (históricamente) para provocar un efecto de “realidad” que deriva, por un lado, del prestigio de la ciencia como autoridad y por otro del arte como “representación”. Es claro que se trata de una división del trabajo: “realidad” es ciencia y conocimiento; “representación” es arte y efectos.

La tesis de este capítulo será que esa división proviene de ideas y tradiciones que responden a esquemas de época: realidad y representación implican que hay un núcleo (no importa si cognoscible o no) cuya verdad expresa la ciencia y luego hay un reflejo o sombra, dependiente, derivado y que es el arte, cuya autonomía no es reconocida. Vale decir, el arte es reflejo, la ciencia es real y racional. Podríamos seguir, afirmando que además la ciencia es “seria”, el conocimiento lo es; mientras que lo no serio, está próximo a la diversión, la risa y lo popular (Bajtín, 1987 [1941]) y no son conocimiento.

Creemos que el espacio del museo es el cuestionador por excelencia de esa división. En efecto, es el lugar institucional que espesa el límite entre quienes producen, a través de la investigación, y quienes representan a través de las muestras. Ese límite, que no está tematizado por la institución, lejos de ser una “línea”, es un lugar para investigar. La ciencia de la arqueología y la paleontología se constituyó incorporando modos de representación de los objetos que implicaron la participación de “*bricoleurs*” y no solamente de “ingenieros”, en el sentido de Lévi-Strauss. Esto es, en los gestos y actitudes plasmadas en los animales prehistóricos del Museo de La Plata, por ejemplo, hay el trabajo de artesanos, pintores, etc. que vuelven difícil la separación entre ciencia y no ciencia, hay una superposición que es social y política (Podgorny, 2009). Se trata de la representación de un gusto por lo exótico, lo etnográfico - que aparece antes que nada en el arte- también es captado por la ciencia, llama su atención, pero es sobre todo, una actitud burguesa, donde comienzan a pesar los valores de autenticidad. No tanto como correspondencia entre lo real y lo representado, sino como un asunto de autoridad, no solamente acerca

de quién legítimamente suministra los datos y en definitiva emite un juicio, en este caso un arqueólogo, sino además qué herramientas utiliza. No es un asunto menor, pues nadie cuestiona la incorporación de tecnología: computadoras, GPS, digitalización, etc. naturalmente aparecen como neutros; como si no produjeran efectos. Nuestra tesis es que los espectadores de la muestra del museo son en realidad “actores”, vale decir agentes creativos, no importa el dispositivo “representacional” (Boast, 1997) sea computadora o escena teatral, se tratará siempre de “creer” que hay una contemporaneidad compleja entre el dispositivo y la convicción de que estoy viendo el pasado como tal.

Sin embargo Montevideo, ciudad capital, no tiene un Museo de la Ciudad, que sea una síntesis del pasado del país. El puzzle que puede representar una ciudad muchas veces se ordena con una historia cultural (dentro del museo). En diversas partes del mundo los grupos de distintas acciones y signos han usado sus objetos, de sus ancestros, en diversos modos. El museo es un lugar explicativo, de reducción de la escala, donde se perciben similitudes, afinidades y diferencias. Usados de un cierto modo en el pasado, los objetos exhibidos, adquieren un efecto narrativo que los vuelve eficaces para significar. Sin embargo, no es un proceso individual, los observadores están envueltos en una densa red sociopolítica (Clifford, 2001).

Por volver sobre la pregunta antropológica: “¿cómo saben que saben?” cómo es que se reconoce el espacio del museo como un lugar donde aprendemos a conocer la manera de transformar un objeto, desde un objeto de nuestra atención en un instrumento de nuestra atención (Boast, 1997). Ese aprendizaje es el aprendizaje de la exhibición, la muestra y los escaparates (Kuper 2001: 27 y ss.) en los que los objetos aparecen indisolublemente ligados a una historia. Todo objeto significa, recapitulamos ahora, en una sociedad de exhibición no hay otra posibilidad. El museo es el continuador de primera mano de esa tradición, todo allí significa, muchas veces hasta el propio edificio, pensemos en el Museo Histórico.

Los objetos no tienen la capacidad de hablar, pero no obstante, culturalmente estamos casi obligados a saber o a plantearnos qué significan, ese es el secreto del museo. Para terminar, no tenemos una respuesta a la pregunta acerca de por qué no hay Museo de la Ciudad. Solamente podría decir que la

cantidad de museos en los últimos 7 años aumentó notoriamente, así como la asignación de recursos por parte del Estado (MEC, 2009). Es un fenómeno de la postdictadura, claramente y un rasgo que llegó con la recuperación de la democracia, que tuvo también en la inauguración del Museo de Antropología un nota particular. Cuando el Uruguay, al decir de Caetano (1993), López Mazz (1992), Viñar (1992) recupera su democracia en 1985, no se abre un espacio de retorno precisamente, sino un lugar políticamente hostil, conservador y temeroso. Tal vez no sea casual que allí aparezca el museo con su tecnología de la escala, la interpretación, la “cartografía cultural”, para dar respuesta a los temas de la identidad, una obsesión que se manifestó con fuerza a partir de ese año, no solamente en las disciplinas humanas sino también en el arte y la literatura (Achúgar, 1993). Inversamente, en épocas de mayor estabilidad política y social comparativa, el museo como geografía y metáfora para entender una realidad fracturada y simbolizarla; era disfuncional. El intimismo y el país de “las cercanías” (Caetano, 1993) podrían ser una geografía inconsciente (imaginaria) que inutilizó al museo como solución del puzzle.

Durante los años de la dictadura, el prof. Francisco Oliveras había estado golpeando puertas en el estado para donar su colección de miles de piezas paleontológicas y arqueológicas (Arturo Toscano, com. Pers), hasta que el Museo se inauguró en 1988, durante la recuperación democrática, con un claro afán político por parte del gobierno de turno, que se embanderó con la creación del la CRALM.

Capítulo 5

La nación y el nacionalismo (no todo era igual desde el comienzo)

A fines del siglo XVIII, en el imperio español es posible detectar elementos potenciales de nacionalismo entre los designios de autonomía de la elite criolla, que ya estaba erigiendo el mito de que los criollos locales y los mestizos representaban, de alguna manera, una tradición no hispánica y autóctona, aunque por supuesto fuera una tradición cristianizada, es decir, la continuidad del imperio precolombino (Eric Hobsbawm, 2010: 314).

La idea de nación llega a América Latina en forma tardía y para cumplir un papel un poco diferente del que realizó en el viejo mundo. Las naciones latinoamericanas no surgen de procesos de liberación nacional, sino más bien de un escenario de ruptura con las metrópolis europeas. La comunidad “imaginada” por las elites criollas letradas no recortaba una imagen de nación definida por referentes típicos europeos. Vale decir, esa élite, explotadora de la población autóctona y sostén del imperio, debió servirse de tradiciones locales para construir su ideal de progreso y civilización en un territorio que no era Europa. Tal vez por eso las claves de los relatos nacionales gloriosos como en Perú y México, hacen referencia a razas extintas y fundadoras que se pierden en un pasado mítico.

En Uruguay, la elaboración del complejo de valores superiores del gaucho y del indio, están estratégicamente separados (y fracturados) del tiempo en que se producen los sucesos narrados y son reenviados a una realidad atemporal, fundante, pero desaparecida. Se trata obviamente de un efecto de la escritura, pues tanto el perfil del gaucho como el del indio en la sociedad independiente surgen de lo que miradas posteriores van a llamar “literatura”. En realidad no fue al gaucho al que se exterminó sino más bien al federalismo, un sistema que Buenos Aires aniquiló con la Conquista del Desierto y la Guerra del Paraguay, precisamente para instalar un estado fuerte y centralizado, idea que perdura

hasta hoy.

La percepción del carácter elusivo de los textos, a fines del siglo XX, conducirá la investigación hacia la “materialidad”, vale decir, hacia la “realidad” sustancial que de forma más o menos indirecta, transportaban los documentos. Recientemente, surgieron historiadores como Ranajit Guha, inspirados en el marxismo de Raymond Williams, que había denunciado a la literatura del siglo XX como una evasión de la burguesía a los cambios sociales, reduciéndola a una categoría de “inutilidad” (política) para el disfrute de una elite. Estos nuevos historiadores abandonan los documentos escritos (sólo como textos) viéndolos como “cosas” (monumentos foucaultianos) y miran hacia la antropología y la arqueología, como fuentes alternativas para ver la subalternidad (gramsciana) de los actores que no escribían, por ejemplo los indios, los campesinos y los gauchos

Estos planteos trajeron a consideración la relación existente entre textos y poder. El material de la historia son los documentos, son escritos que se expresan en un ámbito alfabetizado y académico. Los actores “narrados” y representados no suelen producir documentación escrita acerca de lo que hacen, vale decir, casi siempre se escribe de los “otros”. Este detalle, llamó la atención de los historiadores, para quienes la historia “se escribe”, no tanto a los arqueólogos y antropólogos, para quienes la historia es un conjunto de objetos a los que dotar con sentido: desde los mitos a las gestas heroicas que dieron origen a los estados y las naciones. No hay en el presente otra construcción política desde la que se produzca y genere una mirada, sea sobre el pasado o el futuro de las sociedades humanas. De modo que los protagonistas de la historia, de ser actores concretos, pasaron a un terreno de ambigüedad resultado de una relación entre el que cuenta y un marco canónico literario – discursivo. No están sin embargo, dislocados o extraviados, sino que se expresan de muy diversas maneras, sólo que exigen una metodología y aproximación que deriva más de la antropología que del análisis de los documentos escritos, incluyendo en paridad de condiciones, los objetos, los vestigios, los monumentos, los tatuajes, en innegable paridad con los textos. Nuevas generaciones de historiadores testimonian este “giro” (Ginzburg, 2010: 11) que reúne y cosecha la influencia de los autores marxistas desde 1960 y 1970 como E. P. Thompson, Keith Thomas y Raymond Williams, quienes

vieron en la experiencia “cultural” de las clases, un terreno de diversidad y alternativa al análisis clásico althusseriano, de corte universalista.

5.1 En Uruguay no hubo necesidad de transformar a los indios en “uruguayos”

Sin embargo, tal afirmación no supone pensar que los habitantes de los otros nuevos Estados se transformaron inmediatamente en argentinos, paraguayos o bolivianos. Dichas identidades serían resultado de otros procesos, más lentos y complejos, destinados a la construcción de lo que Benedict Anderson denominó “comunidades imaginadas”. Con un espíritu antropológico, el autor propone la siguiente definición de nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Lo “imaginado” se refiere a que los integrantes de las naciones no conocerán a la mayoría de los componentes a quienes consideran sus connacionales y tampoco a aquellos que murieron mucho antes de que ellos nacieran. Sin embargo, dice Anderson (1983: 22): “en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”. Esta idea de “comunión”, es uno de los temas que intriguaron a los historiadores en los últimos veinticinco años. Eugen Weber (1976: 117): se valió de una fórmula para describir la transición hacia la condición de ciudadanos, de los sectores campesinos en Francia en el siglo XIX: denominó a ese proceso: “de campesinos a franceses”. El nacionalismo jugó un importante papel en esa transformación, pues debió romper lazos muy antiguos en la sociedad campesina, que constituían comunidades rurales organizadas como unidades con modos de ser y pensar propios y que dirigidas a satisfacer sus propias necesidades, (Weber 1976: 118). No escapaba a aquellos ideólogos que había que “construir franceses”. Pero ésta “construcción” implicaba especialmente el acceso de los ciudadanos al mercado formal, lo que era un signo del progreso. La nación es un estadio de modernidad y avance:

“los métodos de cultivo en la época de la monarquía de Julio eran

similares a los de la Argelia árabe” [...] “Michel Augé-Laribe, insistía que entre 1860 y 1880 los campesinos de las regiones pobres, están cerca en su vida y métodos, de la Tardía Edad de Piedra” (Weber 1976: 118).

Tales las expresiones que circulaban en el siglo XIX en Francia acerca del estado del campesinado, como pertenecientes a un estadio remoto en el tiempo.

Los Estados decimonónicos pusieron en acción dispositivos burocráticos, militares y políticos concretos para construir identidades - diferencias nacionales (por encima de las identidades campesinas) una “invención de tradiciones” y que justificó la existencia de tales unidades políticas, tanto en el presente como hacia el pasado. La difusión de dichas tradiciones tuvo por objetivo promover un sentimiento de “nacionalidad” constituido, a través de la escuela, la prensa y la incorporación al ejército, que reemplazara y desplazara identidades previamente constituidas.

Los historiadores cumplieron un rol principal en la elaboración y difusión de relatos que demostraran la preexistencia de los Estados nacionales en el pasado como si fueran unidades “naturales”; que sin embargo había que sostener a través de rituales patrióticos. Contribuyeron así a dar estabilidad gubernamental e integración a los individuos a la vez que los dotaba de un sentimiento de pertenencia y legitimaba el orden político vigente y la supremacía política del Estado (Weber 1976: 119).

Para que los historiadores pudiesen realizar esta tarea se conforma la disciplina de la historia como un conocimiento “experto”, que la diferencia de otros relatos sobre el pasado, especialmente de la literatura y la filosofía. En un proceso característico de división del trabajo, se comienza a distinguir entre relatos que, por apelar a la ficcionalización no organizaron su experiencia en torno a un principio de verdad, o no dieron cuenta de la especificidad nacional del pasado; o por su trascendencia respecto de los hechos no contribuyeran a organizar el pasado (Lofgren, 1989). Así se inició un proceso de profesionalización de los historiadores a través de su institucionalización y la atribución de un status científico derivado de la aplicación de un método que respondía a los cánones de científicidad propios de las ciencias físico -

naturales, para entonces consideradas las ciencias por excelencia, según un modelo impuesto por el positivismo.

El papel de los Estados fue centralizar y controlar este proceso desde el punto de vista material y simbólico. Lo hicieron suministrando recursos físicos y valiéndose de su retórica que, significativamente, se parecía mucho a la de esos historiadores que relataban su pasado y genealogía; en el nuevo contexto de una disciplina científica.

A continuación, transcribimos algunos fragmentos de una conferencia dictada por el Miembro de la Embajada Cultural de Brasil, Prof. Anyone Costa, a la Sociedad de Amigos de la Arqueología, en Montevideo en el año 1947, siendo presentado por el Arq. Fernando Capurro, Presidente de dicha Sociedad. Se anuncia una exposición sobre la aculturación y la cerámica indígena, que es sin embargo el expediente de que se vale el expositor para presentar puntos teóricos e ideológicos sobre el progreso, el destino de la nación y su inevitable prospectiva, en la que la Historia (así, con mayúscula) es un proceso mayor, en el que los indígenas “acompañan” el destino de las naciones blancas, aportando aspectos afectivos y femeninos a una construcción de hombres. Son presentados en un mismo nivel, aunque separados, lo político y lo científico, convergiendo en un mismo fin u objetivo que es el de cumplir con los deberes inherentes de una nación que serían los de cuidar el “espíritu” de la “civilización” que no serían solamente sus obras materiales, sino precisamente la construcción de un espíritu, vale decir, una categoría kantiana que representa la realización de un juicio universal categórico. Como en el relato mítico, el héroe no puede esquivar su destino, la lógica, la historia, la política, todo lo empuja hacia la consumación de su sino. Este conferenciante presenta una narración que domina el pasado, lo controla y dosifica con una clara intencionalidad política: lo que ocurrió en el pasado, nada tiene que ver con una “reconstrucción” ni “recuerdo” y está fuera de toda narración poética, son sucesos que podemos extender y mostrar

[...]

Arqueologia americana, quer dizer pesquisa das origens do homem americano e foge inteiramente às questões, aos fatos, aos problemas históricos, localiza-se no período de tempo indeterminado em que as Américas viveram sem o conhecimento, o trato, a presença dos povos europeus que [...] alcançaram as nossas costas [...].

Todos os monumentos da arqueologia americana, seja uma igarapé guaraní, [...] ou uma cerâmica santiaguena, se enquadram rigorosamente, neste sentido e, aqui, diante do ecletismo cultural desse público ilustre que me dá a honra de ouvir-me, é a oportunidade útil de se afirmarem essas coisas simples mas que ainda não se impuseram a todos os espíritos: a arqueologia americana se enquadra, na proto-história e na pré-história, não chega, como na Europa, a interessar, igualmente, o período histórico, ou, ainda, a circunscrever-se a este.

Historiadores e ensaístas americanos, poucos afeitos a essas peculiaridades, integrados na ciência nova resultante do conjunto de disciplinas a que os congressos especializados dão o nome de *americanismo*, incidem em erro e criam confusão quando se referem a um *americanismo* como conjunto de doutrina política ou, que é muito mais grave, quando localizam como elemento de arqueologia americana, velhas construções, templos, igrejas, fortalezas e estradas em ruínas, edificadas pelos europeus de procedência nova em nossa terra, isto é, por aqueles que aqui vieram ao tempo dos Colombo, dos Cabral, dos Caboto, dos Pinzon, em época compreendida como período da história moderna.

Situamos, assim, em territórios diferentes os dois elementos, arqueologia e história, sobre os quais incidem confusões que o estado atual desses conhecimentos não o permite. Demos às doutrinas políticas outro nome, o nome do homem do Estado que a tenha formulado, do Congresso onde ela haja sido construída, do fato ou data capital a que a doutrina se reporte,

nao lhe demos, porém, o nome de americanismo, que esse já esta consagrado desde 1888 pelo Primeiro Congresso de Americanitas de o adontou, exatamente para definir e estudar as ciencias ligadas ao homen e á terra da America, congreso que já se reuniu vinte e sete vezes na Europa e na America e é um dos institutos de cultura viva, e permanente, com que se enriquecem os conhecimentos científicos em nosso tempo. [...]

Al situar así, en dos “territorios” distintos la arqueología y la historia, el conferenciante, consagra o naturaliza una división social e histórica del trabajo a saber: los pueblos americanos en la protohistoria y en la prehistoria, están claramente separados de los pueblos que están en la historia que son, por otra parte, quienes sostienen y producen el discurso que engendra esa división. El estado nacional habla desde la ciencia y las divisiones clasificatorias, que defienden el “determinismo histórico” (vide infra). Intenta despojar a la arqueología de toda influencia política cuando dice que el *americanismo* no debe ser confundido con una “doctrina política”. Luego vemos que la doctrina política a la que se refiere es que la daría una mirada global sobre el conjunto del territorio, eso sería político para él, no así la división que propone, que sería natural.

No Brasil, pelas condições peculiares da sua natureza, territorio imenso, onde os excessos e ás vezes a propia deficiencia do meio físico interceptaram a expansao e desenvolvimentlo de primitivas culturas, a afirmação é fácil de fazer-se sem requerer exames ou reciocinios laterais para justificar-la. É que, em meu país, de estrutura geologica tao antiga , o homen esté o indio, é um recém-chegado.[...]

Espirito e tradição.

Um estudo rápido, tanto quanto possa se comprimido nos limites de uma conferencia, leva-nos a afirmar que somos un povo de velhas tradições americanas, que recebeu dos primeiros grupos humanos que habitaram as suas terras, a idéa

de continuidade e inspiração.

Somos uma tradição com poderosas raízes enterradas na terra. O que a civilização brasileira contrõe hoje, em parte representa uma continuação, um legítimo legado dos índios. O homem terá que viver na América em perfeita fusão com a terra, se quiser construir, com características próprias, uma civilização. Civilização é obra do espírito, não se limita à acumulação de benefícios materiais. Para estabelecermos uma civilização própria, teremos que inspirar em sugestões brasileiras, colidas não só da cultura europeia, como dos elementos indígenas integrados na vida do Brasil.

Do índios sabemos que nos vem a mansidão, a delicadeza no trato, certa ironia que dispensamos às pessoas, a meiguice com que tratamos os animais, a acuidade para todas as coisas. Veiu-nos, também, a força no sofrimento, a ternura contemplativa pela terra, o apego excessivo às crianças, a sensibilidade com que envolvemos em imensa simpatia o mundo que nos cerca. Dele recebemos excelentes preceitos morais e o exemplo que nos soube dar da limitação do amor à gente de sua condição. As crônicas, por exemplo, não registram casos de paixão de escândalo entre a moça branca e o índio, enquanto a história se apresenta cheia de episódios ocorridos entre a sinhá-moça e o negro. A índia, pelo contrário, aparece tomada pelo branco, como escrava, esposa ou concubina, vindo encher de ternura e dedicação os lares que ajudou a construir.

Precisamente para o lar, a índia nos trouxe com a resignação uma certa dose de fatalismo, que lhe permitiu uma vida sem ambições, contruída com ordem, espírito de sacrifício, e amor. Deu-lhe ainda reservas infinitas de bondade, de doçura e piedade, inculcando-nos aquela capacidade de “saber esperar” que constitui em poder de certos homens o melhor elemento de êxito e que, é, inegavelmente, uma herança do índio. Ensinou-nos também a não descreer do dia de amanhã, que pode ser

melhor, a não desesperarmos diante da violência, mesmo
banda e sorridente, a reagir em silêncio, com calma e
persistência, que é uma das grandes marcas daqueles que
sabem vencer.

[...]

E era, sobretudo, no domínio do espírito, que o índio melhor
influiu. Influía sobre a sensibilidade do branco, de todas as
maneiras, na ação exercida pela Índia, no convívio lar, nos
pequenos e delicados serviços caseiros de que era artífice
exímia e na força da persuasão e do amor com que o servia.
Habil e envolvente nas pequenas coisas da vida diária, o índio
contribuiu inegavelmente com elementos inapreciáveis para a
formação social brasileira.

[...]

O Brasil honra a continuidade do seu passado, alertado que
está na defesa do seu determinismo histórico, pressa ao
acervo de tradições dos seus humildes iniciadores.

Ouvimos a voz da terra, ouvimos-la e seguimos-la, na força
poderosa com que ela nos envolve e domina. Não é em vão
que, num só país, se misturam e confundem a luz equatorial, o
rigor típico dos trópicos, a força germinativa das terras
temperadas. O ambiente físico no Brasil é orgânico, como a
criação da gênese. Deslumbrado, cegado, cansado, na
cromatização da planície, do vale, da montanha, da mata, da
catinga, do cerrado, do pampa, no deslumbramento das
cascatas, na enormidade dos cursos d'água, na serenidade
reflexiva dos lagos, a natureza do Brasil condicionou o homem,
ligando-o a fatos imemoriais do seu passado.

Por mais poderosos que sejam os novos elementos da nossa
formação, sentimos no mais profundo do ser o calor da chama
com que nossos avós se aqueceram no amor pela terra
comum.

Enriquecidos pelos dons da cultura latina [...] força que
insperou a voz dos nossos grandes poetas, aço que forjou a

conciencia dos nossos homens de estado (Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología T. X, 1947: 7 y ss.)

5.2 La necesidad de una arqueología uruguaya

Las condiciones de estabilidad política del Uruguay desde comienzos del siglo XX y sus postrimerías, donde las condiciones institucionales se deterioraron (Caetano y Rilla, 2010) posibilitaron una arqueología bastante apartada de una posibilidad de uso político que surgiera por ejemplo, como respuesta en la trama de un escenario de supuesta amenaza por invasión del territorio, y que apelara a derechos ancestrales sobre la tierra.

Tampoco fue el caso en Uruguay de la necesidad de huirle a un poder fuerte y autoritario (como fue el caso cuando la caída de la URSS). Tal vez la salida de la dictadura fue una situación de ese tipo, cuando se recupera la democracia, hubo una necesidad de afirmar y renovar valores democráticos en todos los aspectos de la vida del país (Peluffo, 1993: 63 y ss.). Ese es el contexto político en el que surge la CRALM (Comisión de Rescate Arqueológico de la Laguna Merin), por iniciativa de un conjunto de arqueólogos del Ministerio de Educación y Cultura, respondiendo a la amenaza que representaba, para un conjunto de sitios arqueológicos ubicados en la cuenca de la Laguna Merina, el avance del cultivo del arroz y las obras de regulación hídrica que ello implicaba (López Mazz, 2000: 67). Comienza un proceso de gestación de perspectivas y enfoques explícitamente científico-disciplinarios derivados de actividades académicas que van a dotar a la disciplina de discursos profesionales, llevados a la práctica por técnicos asalariados especializados y graduados en el país. Si bien la hegemonía de los paradigmas es estadounidense (funcionalismo – procesualismo) (López Mazz, 2000: 67) hay una mayor preocupación por asuntos locales y regionales, generándose hipótesis originales que reflejan la preocupación por disponer una disciplina inmersa en una realidad de estudio enunciada desde perspectivas local – regionales (Bracco, 1990; López Mazz & Bracco, 2010). La vieja obsesión por la identidad de los uruguayos (López Mazz, 1987), sus raíces coloniales (Lezama 1996), el criollismo y la hispanidad (Vidart: 1998) va progresivamente dejando lugar a una mirada de balance de los resultados que se generaron, al tiempo que se interna en terrenos nuevos

como la participación en los programas de los gobiernos locales y en temas nacionales como los Planes de Ordenamiento Territorial. Justo es decir que la sensibilidad política por los temas planteados dista mucho de ser la adecuada y precisa; antes bien, refleja desconocimiento y falta de visión política del horizonte que la disciplina propone por ejemplo para calificar recursos humanos (López Mazz, 2000: 70) y poner en foco los “patrimonios” culturales.

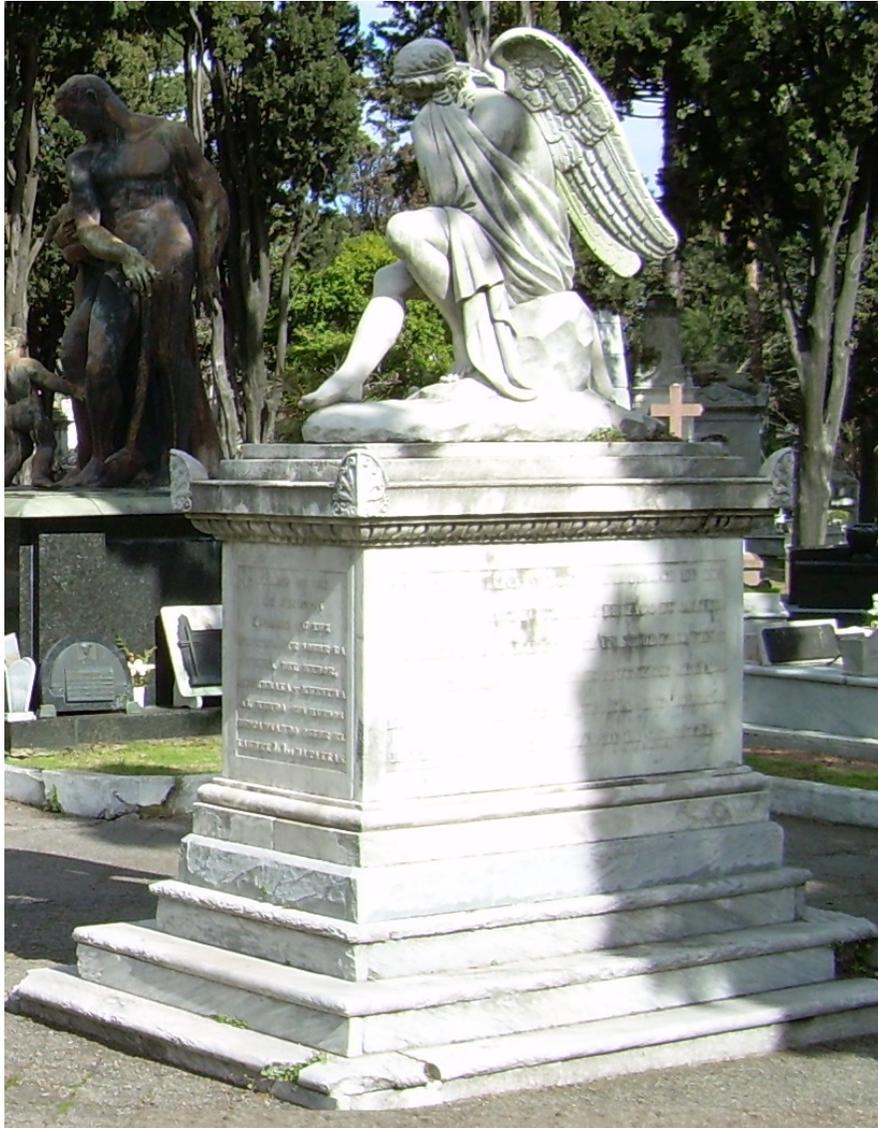
La preocupación de esta generación de investigadores no parece ser la de engrandecer el estado nacional o contribuir a la elaboración y consolidación de mitos; la inquietud se dirige a poder alcanzar estándares disciplinarios y marcos legales adecuados a la vez que solventadores de asuntos públicos y de interés colectivo.

De un modo retrospectivo los arqueólogos comienzan a percibir el transcurso histórico de la disciplina de los últimos 35 años, como objeto de una influencia política que no está aún tematizada en profundidad. Se conocen hitos claros como el período histórico – cultural que genera una visión de la arqueología local envuelta en lo arcaico, simple, representando un escenario más bien estático, de poco interés social, alejado de las dinámicas que aparentemente imprimiría la historia cuando activó los procesos de la conquista y la colonización. El proyecto nacional de país sólido e hiperintegrado todavía se sostenía hasta fines de 1950 (Caetano, 1993: 76). A partir de 1960, el triunfo de la Revolución Cubana, trajo una reformulación del esquema geopolítico en las Américas cuyas vanguardias avivaron movimientos que reivindicaron la noción de la “tierra” como algo inalienable de las clases populares. Esta visión estaba en sintonía con la búsqueda de un relato histórico sobre nuevas bases. Vale decir, de acuerdo con la nueva sensibilidad política de transformación y renovación en todos los frentes, se buscaron relatos alternativos que hacían foco en lo telúrico y en el repudio de esquemas europeizantes para entender lo “latinoamericano” que se constituía así en un objeto con cierta unidad. En Uruguay, un conjunto de antropólogos entre los que se contaban Daniel Vidart, y Renzo Pi, reconocen ese movimiento y producen una serie de trabajos que son una síntesis en la época (Vidart, 1973; Pi, 1969). Se reivindicaba un enfoque científico, materialista y revolucionario como una salida al pasado colonial y neocolonial (Bate, 1998: 31 y ss.) Retrospectivamente también, ese

nuevo movimiento mostró que Uruguay estaba arrancado de esa corriente latinoamericana que reivindicaba lo “indígena” como una alternativa para entender la historia y el presente emergente. La presunción de país “sin indios” pasó a ser una herida o estigma en el momento que el contexto de la República ingresaba en un escenario poscolonial.

Anteriormente, en tiempos del primer gobierno constitucional de la República, en 1835, se erigió un monumento (actualmente en el Cementerio Central) para que lo vieran “los extranjeros” (ver Figura 6) a un militar, el coronel Bernabé Rivera, cuyo mérito fue por un lado luchar en los ejércitos de las guerras de independencia nacional y por otro, haber muerto a manos de los indígenas (Acosta y Lara, 1989) que ese estado nacional recién creado, estaba segregando y destruyendo. Lo interesante de este monumento es que está dirigido a los extranjeros, mira hacia afuera, tal vez como un modo de olvido.

Por su parte, el fin del siglo XIX es también el momento en que adquiere conciencia de que hay una “filosofía latinoamericana”, una historia, un arte, una literatura, una política “lacionamericanas” (Mignolo, 2000: 203) y que todas ellas tienen una marca “local” que las distingue del gran cauce hegeliano de la Historia “universal”.



“SI EL ACASO ESTRANGERO: TE ARROJA Á NUESTRAS
PLAYAS CONTEMPLA EN ESTA TUMBA, LAS CENIZAS
DEL CORONEL BERNABÉ RIVERA. QUIEN EMPUÑANDO,
EN DEFENSA DE SU PATRIA LAS ARMAS DESDE LA EDAD
DE 10 AÑOS, MOSTRÓ SU DENUEDO EN CIEN COMBATES
HASTA QUE EN EL DE YACARÉ CURUREY EL 15 DE JUNIO
DE 1832. MURIÓ Á MANOS DE LOS SALVAGES Á LOS 35
AÑOS DE SU EDAD. EL GOBIERNO DIGNO RENUMERADOR
DE SUS SERVICIOS LE DEDICA ESTE MONUMENTO.”

Figura 6 .- Inscripción en relieve en la cara E de la tumba de Bernabé Rivera, ubicada en el Cementerio Central de Montevideo erigida en el año 1835.

Usos políticos del pasado: la ilusión de la dictadura militar

El período oscuro de la dictadura 1973 – 1984 interrumpió toda reflexión y discusión acerca de cómo suturar ese “presente sin indios” con un pasado y presente indígena que abarcaba el resto de América Latina, sobre todo entre dos enormes estados nacionales (Argentina y Brasil) que cobijaban numerosas parcialidades indígenas (Sans, 1992) . La dictadura no hizo un uso político sofisticado del pasado remoto, indígena, que buscara raíces o indicios legibles inscriptos en ese pasado. Potenciaron los mitos clásicos conservadores, de la estabilidad política y la esencia del ser nacional por ejemplo a través de promover al año de 1975 como “año de la orientalidad”, bajo el lema de “Sesquicentenario de los hechos históricos de 1825”. El “festejo” estaba dirigido a unificar y dar imagen monolítica a las figuras de Artigas, Rivera y Lavalleja como representantes de los fundamentos de la “nacionalidad oriental”. Se producen una serie de actos públicos conmemorativos, donde se suceden el simulacro, la fabricación monumental y la resignificación de lugares (Cosse & Markarian, 1996: 43). Se exaltaba el criollismo y nativismo, desprovisto de criticismo y volcado a glorificar el patriotismo y las epopeyas militares y acontecimientos de batallas (López Mazz, 2000: 66). El autoritarismo hizo un uso del “pasado reciente” -por expresarlo en términos actuales- constituyendo fechas (1825 y 1830) como tiempos fundantes, siguiendo, lo que al decir Real de Azúa (1991: 54) fue la interpretación romántico – providencialista de la independencia, originada según éste autor en la “Historia de la Dominación Española en el Uruguay” de Francisco Bauzá, publicada en 1882. En dicha obra, hasta 1830 este territorio era una “nada” o “dispersa tribu indígena”. Sin embargo el juicio de Real de Azúa no es del todo correcto en lo que se refiere a Bauzá. En efecto, este último, si bien comparte la visión de pobreza y estrechez atribuida a las tribus que poblaban la región hasta la confluencia del Paraná y Uruguay, reflexiona de la siguiente manera:

[...] Seguro que el Uruguay no escapa a esta regla de criterio, poblado como estaba, al arribo de los españoles, por tribus pequeñas en número y generalmente autónomas entre sí [...]. Esto no obstante, la multitud que ocupaba el territorio uruguayo no era, según está comprobado, una raza aborigen, pues la habían precedido en la posesión del suelo, otras cuyos *groseros monumentos* (itálicas nuestras) denuncian su prioridad. Pero mientras revelaciones etnológicas de que hoy carecemos, no incorporen aquellos misteriosos habitantes del país a su historia, el único punto de partida es la raza que encontraron los conquistadores poseyeron el el suelo, y aún ésta, por la insuficiencia de los estudios de que fue objeto cuando pudo legarse íntegro su tipo al porvenir, presenta dificultades para determinar su procedencia y origen. [...] El *salvaje uruguayo* (itálicas nuestras) aparece ante la historia como aparece una estatua desnuda en el taller de un artista, para ser materia de estudio y no incentivo a la obscenidad. Por sus virtudes geniales, brilló como una excepción entre otras parcialidades corrompidas o feroces, y no cediendo en valor a ninguna, superó a todas por la docilidad con que se abrió al trato de las gentes, siempre que la tentativa no viniese precedida de imposiciones o amenazas que lastimaran su altivez (1) Diego García, Memoria de la navegación al Plata. (Bauzá, 1895: 142 – 143).

De un modo trivial el gobierno autoritario, transforma esa fecha de 1825 en un gran operativo propagandístico que involucró celebraciones, inauguraciones de monumentos a próceres, desfiles; y la erección de un mausoleo a Artigas en la Plaza Independencia de Montevideo, que alojaría sus restos y que incluía un circuito interior que representaba hitos (sobre todo militares) de la historia del personaje – héroe.

Por ese año comenzaban las investigaciones arqueológicas en el área del embalse de la Represa de Salto Grande, lo que tuvo algunas repercusiones en

la prensa. Sin embargo, este proyecto internacional, de magnitud inédita en el país y que contribuyera a promover la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de la República (Cabrera 2011: 94) no se incorporó al dispositivo de reinterpretación del pasado de la nación. Tal vez el lenguaje de la Antropología y la Etnología eran incomprensibles para una retórica criollista con una noción de “Cultura” “culturosa”, etnocéntrica, dirigida a exaltar valores, no a utilizar categorías científicas que sirven plantean hipótesis y en última instancia, buscan entender y conocer.

El deseo de una identidad nacional y una arqueología nacional surgido en respuesta a

una amenaza política que gravitara tanto sobre la ciudadanía (como sobre los arqueólogos) no ha sido el caso del conflicto y las hipótesis de agresión que pudo plantearse el estado uruguayo. El conflicto político – cultural activo se mantuvo contra la “barbarie” a favor de la “civilización”, dentro de las claves culturales e ideológicas de la Guerra Civil en la lucha entre “federales” y “unitarios”. En ese sentido, Altamirano y Sarlo (1997: 33) plantean una suerte de “intraducibilidad” de las dimensiones sociales que expresaba el abismo entre “cultos” e “iletrados” que busca representar la escena del conflicto político, a la vez que la produce. Al decir de los citados autores argentinos, había una suerte de romanticismo rioplatense en que se desplegaban ideas sobre el futuro de la nación. Precisamente entonces, no es un pasado que sirve de lugar de retorno o de hogar, sino que es una imagen contra la que hay que luchar muchas veces, pues contiene fuerzas “bárbaras” trabajando activamente negando el pasado indígena (Cabrera, 2011, Caetano, 1993), pero sin la preocupación de sostener un conflicto de larga duración, activo y concreto contra los “otros” y que implicara además su eliminación física y desplazamiento de un territorio en disputa (Abu-el Haj, 1996).

5.3 La invención de una genealogía política sui generis

Para desarrollar este aspecto será preciso plantear una perspectiva, no solo histórica sino antropológica, del Uruguay en el contexto político del Río de la

Plata de fines del siglo XIX. El surgimiento del nacionalismo criollo, tiene en Uruguay, sin embargo, algunos rasgos que lo distinguieron de los nacionalismos indigenistas (Hobsbawm, 2010: 312)

- 1) El progresivismo del siglo XIX con su fe en el positivismo, la ciencia y el liberalismo. Las clases medias en ascenso, no estaban en sintonía con ideologías antiimperialistas y no tenían base étnica como movimiento. El darwinismo no tuvo en Uruguay una asociación clara con el liberalismo (Glick, 989)
- 2) No hubo en Uruguay un nacionalismo étnico del tipo que se presenta en el Martín Fierro, donde se pinta un gaucho oprimido y subalternizado por el avance de la civilización, o como en el “Facundo” de Sarmiento que lo ubica en la barbarie obra en la que levanta su tesis de “Civilización y Barbarie”.
- 3) La oposición campo – ciudad no utilizó en Uruguay, como sí la Argentina, rivalidad moral de los ciudadanos con los Departamentos (Provincias en Argentina). Vale decir no había un Uruguay “verdadero” en el interior, opuesto a una sociedad europeizada y distante en Montevideo. Al menos no se distinguía esa diferencia en base a criterios étnicos bien definidos. Las elites “flotan” en un territorio en el que no hay disputas por derechos de ocupación de tierras por grupos originarios. No hay en ese momento una “diferencia” expresa de una elite construida sobre aspectos culturales cruciales de categorías dislocadas: indio – europeo, barbarie – civilización, que constituyan y sean constituyentes de un escenario histórico social.
- 4) Los puntos anteriores conforman a grandes rasgos el contexto histórico en el que se inscribió la llegada de las arqueologías del viejo mundo sobre todo desde la II Guerra Mundial. En particular Uruguay recibirá la influencia de la escuela francesa (López Mazz, 1999: 58) a través de la obra de Paul Rivet que influenciará notoriamente a investigadores como Daniel Vidart (1973) dándole una orientación evolucionista a las interpretaciones histórico culturales que comparaban las “culturas” como resultado de migraciones y préstamos.

En el resto de los países latinoamericanos, especialmente en Brasil, Perú y Argentina desde el último tercio del siglo XIX, se plantea el problema de la integración del indio, el mestizo y el negro en la construcción de la “nación”. El occidente europeo, América Latina y la América angloparlante encaraban desde las primeras décadas del siglo XX una mutación en el pensamiento sobre la sociedad. En efecto, a los euronorteamericanos y latinoamericanos se les revelaba que el mundo se reducía a unas pocas razas y una enorme diversidad cultural, de base histórica (Martínez Echazábal, 1998: 109 en raza, ciencia y sociedad). El discurso de los científicos sociales se inclina por un racismo, radical o moderado, es el paradigma que explica las transformaciones y dirige los cambios, sobre la base de la oposición: naturaleza – cultura.

La integración del indio, del negro y de los descendientes del mestizaje a la “nación”, identificada hasta ese entonces principalmente con blancos nativos o inmigrantes, es analizada por Caio Prado en *Formação do Brasil Contemporâneo* (1930) denunciando el prejuicio racial.

En pocas palabras, lo que tenían en común era la extensión del concepto de “nación”, de manera que incluyera a las masas de sus habitantes. (Hobsbawm, 2010: 318, 319). Sin embargo una cierta desesperación abrumaba a las clases medias: pensar que estas masas se movilizarían. Muchos de los devotos locales del progreso vieron la apertura a la inmigración de razas llamadas “superiores”, es decir, europeos, y a la vez la marginación de indios y negros y aun de criollos “bárbaros”, como un método para imponer el progreso.

Es importante señalar que estos inmigrantes (debidamente clasificados) adquirirían derechos ciudadanos, dentro de un sistema de prácticas democráticas, donde estarán más inclinados a identificarse con su país. En particular si producen reformas sociales u otras ventajas que los benefician. Batlle y Ordóñez en Uruguay y Sáenz Peña en Argentina son como dos hitos políticos de la “modernización” que están identificados por la historiografía como los referentes del surgimiento de una conciencia nacional, vinculada a un relato (real o supuesto) que se dirige más que nada al futuro. Sin embargo, las masas de inmigrantes que continuaban arribando a la región desde 1890 por lo

menos, ya eran miembros de una “nacionalidad”. Vale decir que iban a desarrollar una conciencia nacional aunque en el país de adopción no estuviera definida con los mismos parámetros. Eric Hobsbawm (2010: 316) sostiene que esta conciencia surgirá aún cuando no exista en el país adoptivo.

5.4 Algunos aspectos del nacionalismo en América Latina, siglos XIX y XX

De acuerdo con Benedict Anderson (1983) los verdaderos pioneros globales del nacionalismo moderno fueron las ciudades criollas del siglo XIX en la América hispana. Aunque pudiera ser el caso, no se verifica sin embargo una identidad, entre el nacionalismo de las elites y el nacionalismo de base o de conciencia nacional, vinculado a los símbolos e instituciones, de la nacionalidad.

Hay una variante continental en el nacionalismo de las Américas. En el Viejo Mundo la narración de los orígenes de los grupos, con espesor cronológico, ligada a un pasado glorioso se hundía en el territorio y en el tiempo remoto y no estaba ligada procesos de emancipación sino a fases de desarrollo sociocultural como proponían Herder o Hegel. Mientras en las Américas la Ilustración, daba elementos de base a una idea de nación no tanto fundada en el pasado y la tradición sino en prácticas que la constituían, por ejemplo el “pueblo” que se emancipa y constituye un colectivo nuevo, pero que no tiene un pasado al que retornar.

La nación política entonces no posee ni apunta en la América hispana a una estabilidad política similar a la europea, más bien prevalecieron los intereses de los líderes rurales que solían ser hacendados. No habría en aquel tiempo una comunidad de electores sino colectivos ligados a los caudillos. Los estados latinoamericanos que emergieron de las guerras de independencia no eran estados – nación surgidos de movimientos de liberación nacionales, aun en zonas como la Cuenca del Plata, de cierta unidad imputable a la influencia de Buenos Aires. Algo como el “pueblo” o sectores de base, en esta región, son una conciencia nueva, no tanto contra el poder colonial sino contra Buenos

Aires y Brasil. Tal vez más en Argentina y Brasil que en Uruguay los ideólogos, intelectuales y publicistas de la nación, veían en las masas un obstáculo al programa del progreso, las “masas” eran indios y negros. Tal el caso de Sarmiento en Argentina y Euclides Da Cunha en Brasil que, a fines del siglo XIX, combaten la tiranía y la barbarie de los que se resisten a abandonar las viejas estructuras, los que no se incorporan a la nueva comunidad “imaginada” de la “civilización” y sus valores superiores. Vale decir que había amplios sectores de población que no manifestaban interés en la idea de nación, o quizás ni siquiera sabían lo que era. Es que se trata de un concepto ambiguo, pues si bien demanda a las masas, también les teme. Si bien se presenta como espontáneo y natural, el sentimiento nacional debió ser generado y forjado a través de acciones dirigidas a reemplazar a las viejas organizaciones religiosas, étnicas, o corporaciones (Hobsbawm, 2010: 319). Este nacionalismo sin embargo, no se oponía al imperialismo extranjero, al menos en sus comienzos.

En particular Brasil presenta procesos de “blanqueamiento” (Menezes 2010: 12) que son políticas dirigidas a estabilizar y ubicar a los indios y negros dentro del esquema de una nación “civilizada”, blanca y europea.

La inclusión de las masas obreras en la nación es un proceso que tiene lugar en el primer tercio del siglo XX era un nacionalismo cultural, muy vinculado al movimiento modernista de las artes

y otras corrientes innovadoras, que pugnaba por un nacionalismo económico, a favor del desarrollo estatal de los recursos, que tenía como signo la democracia liberal, la justicia social y la defensa de las instituciones centrales; en Uruguay estaría representado por Batlle y Ordóñez.

Tal vez esta situación facilitó la percepción de “país de inmigrantes”, cuando en realidad lo que ocurría era que éstos ocupaban en el Ejército y la Administración lugares destacados.

Sin embargo, dice Hobsbawm (2010), la fuerza más decisiva que afecta la creación de la conciencia nacional es el desarrollo de la cultura de masas reforzada por la tecnología. Este fenómeno está conectado con la alfabetización o escolaridad que desde Varela está volcada a inculcar sentimiento de colectividad (Caetano, 1993: 94).

Siguiendo la tesis planteada por Hobsbawm (2010), la fase actual del nacionalismo en el mundo presenta tres características:

- 1) Su justificación es esencialmente étnico-lingüística y/o religiosa;
- 2) Es ampliamente separatista en lo que respecta a la fisura de estados más grandes, como en Brasil, Canadá, España o Gran Bretaña;
- 3) Es fuertemente historicista, ya que utiliza el pasado religioso, cultural o político como punto de referencia y, en casos extremos, define un programa para el futuro, más que nada de expansión territorial, como entre los extremistas israelitas.
- 4) Está mayormente dirigido contra los enemigos internos (un gobierno central, los inmigrantes, otras minorías, etc.) más que contra otros estados.

Lingüísticamente, la mayor parte del área tiene el castellano o el portugués como la lengua escrita común, y mientras se utiliza otros idiomas indígenas y se les ha dado cada vez más reconocimiento oficial siguiendo el ejemplo del guaraní en el Paraguay, no se les considera de facto, hoy en día, como alternativas potenciales al castellano o al portugués, aun desde el punto de vista de sus hablantes

5.5 Postcolonial

En ese sentido la teoría postcolonial está íntimamente ligada a las nociones de representación y discurso, pero particularmente interesada en enunciar las condiciones de producción de esos discursos. El eje de la teoría es que el proceso de descolonización en los márgenes del mundo capitalista desde la II Guerra Mundial, modificó y trastocó los cánones de representación política en los estados del Tercer Mundo, metidos en un proceso a contrapelo de crear estados nacionales allá donde antes hubo colonias. Sería el caso de Franz Fanon quien denunció ese operativo cultural de la modernidad que confundía y continuaba la colonización. En *Piel negra, máscaras blancas*, Fanon revela cómo el racismo afectó el esquema identitario de las regiones colonizadas por los blancos en África y la Martinica.

Capítulo 6

VIAJE A SAN LUIS

“Usted no necesita ir a América para ver Salvajes” reflexionaba un parisino mientras paseaba por la campaña borgoñona de 1840. “Aquí están los pieles rojas de Fenimore Cooper”.

Balzac. *Paysans*. 1844



Figura 7.- Atravesando un paso en diligencia. Al fondo se ve la Sierra de Ánimas. (Sin fecha).

COMISIÓN URUGUAYA

DE LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO -AMERICANA DE MADRID

Excursión á los túmulos del Río San Luis,
Departamento de Rocha; verificada por el profesor
José Arechavaleta en el mes de Diciembre de 1891. —
Motivo de esta excursión.

En una de las sesiones celebradas por la Comisión Uruguaya, nombrada por el Superior Gobierno para reunir, ordenar y clasificar los objetos étnicos con los cuales debe concurrir la República a la Exposición Histórico -Americana que se prepara en Madrid para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, el vocal D. José H. Figueira hizo la siguiente comunicación: En la época—dijo—que desempeñaba el cargo de Inspector de Instrucción Primaria, en el Departamento de Rocha, tuve ocasión de hacer un viaje á las inmediaciones de la Laguna Merín, en la región cruzada por el Río San Luis, para visitar la escuela que existe en aquel retirado y solitario paraje. Aficionado á coleccionar objetos étnicos de las tribus indígenas que vivían en esta República antes del descubrimiento, aproveché la ocasión para explorar unos montículos de tierra, de que me habían hablado algunos vecinos de aquella localidad. Apenas llegado, vi, en efecto, que existían diseminadas en la llanura poblada de palmas, una infinidad de pequeñas eminencias de tierra, cuya posición, forma y aspecto despertaron mi curiosidad. Hice practicar excavaciones, que me parecieron más interesantes, en las que encontré huesos humanos, cuyo estado revelaba una edad remota, muchas piedras, rascadores, boleadoras, un asta de Guazuvirá y algunos fragmentos de alfarería.

El poco tiempo de que pude disponer me impidió continuar los trabajos comenzados bajo tan halagüeños auspicios. Hoy, en presencia del escaso material etnológico con que cuenta la Comisión para cumplir debidamente con la encomienda recibida del Gobierno, comunico estos hechos á mis colegas, seguro de que si se continuara aquella exploración interrumpida, se obtendrían resultados importantes.

En vista de esta noticia, la Comisión me encargo de la exploración de los túmulos, de cuyo trabajo paso á dar cuenta, permitiéndome incluir en la narración del viaje algunas observaciones y detalles sobre la vegetación, y enumerar las especies observadas. (Arechavaleta, 1892: 67, 68).

Una misión de Estado, comienza sin embargo con un episodio personal, individual, en cuya narración se irán introduciendo anécdotas acerca de las asperezas del viaje, sus incomodidades, como un efecto del texto, para dar la idea de distancia y tiempo; reforzando así la desfamiliarización y la rareza del viaje. Por eso nos permitimos incluir una fotografía anónima (Figura 7) que bien podría haber ilustrado esa Excursión no exenta de penalidades como se verá más adelante. La inclusión del relato de los avatares, lejos de ser un complemento de la narración, creemos que es parte indispensable de la visión política de la ocupación de un territorio nuevo, es una retórica apropiada a toda misión de conquista que debe tener algún costo, que mida su valor.

Aunque se origina como un relato de viajes, tiene un propósito oficial que se manifiesta en el estilo impersonal, contenido por una institución y narrado desde ella. Como un cuerpo embalsamado, el paisaje, la vegetación los objetos arqueológicos, los restos humanos adquieren un cierto carácter itinerante, móvil, el texto los acerca. Desde el comienzo de la relación se anuncia que tendrán como destino una Exposición Histórico - Americana, van a ocupar un lugar otro, van a ser promovidos, van a adquirir visibilidad "universal" en dicha Exposición. Podríamos decir algo así como: la burguesía uruguaya pone en orden su mundo, expresando su inquietud, sabiendo que la frontera (en este caso con Brasil) había significado siempre movimiento, migración y particularmente "traducción" (Podgorny, 2009). en el sentido de que se trataba de un lugar, cuya cartografía cita un extremo de la red ferroviaria (Figuras 7 y 8)

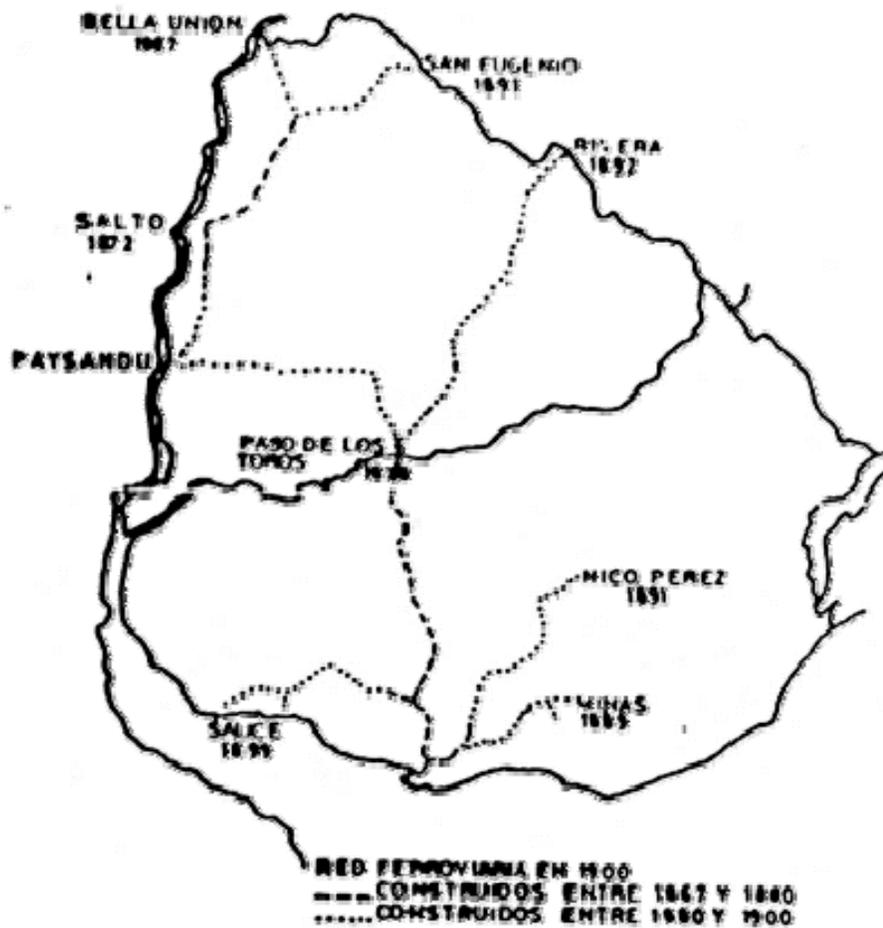


Figura 8.- Mapa de Uruguay mostrando la evolución de los tramos ferroviarios de la red de AFE. El ramal que llega a Nico Pérez estaba recién inaugurado en la época del Viaje a San Luis.

El mapa de la página anterior, ubica la localidad de Nico Pérez en 1891 como un extremo de la red ferroviaria (Figura 8). Desde ese punto el Viaje empieza a ser la descripción de lugares casi desconocidos (para el viajero) su naturaleza y geografía son descritas en clave de registro y valoración, empleando el lenguaje burocrático del funcionario.

Se trata de un viaje histórico, que genera un dispositivo –a juicio nuestro- algo limítrofe, entre la crónica y la narración con elementos de reflexión acerca de la barbarie y la civilización. La Comisión tiene un objetivo de Estado, se trata de que los bienes arqueológicos reflejen un pasado digno, si no grandioso (como el de otras naciones como Costa Rica).

El Gobierno de Costa-Rica ha acogido con entusiasmo la idea de la Exposición y ya tiene destinadas para su envío á esta corte, las más valiosas joyas de su Museo de Antigüedades. Figuran entre ellas 10 piedras ornamentales; 170 objetos de oro, que representan insignias de mando y diversas alegorías; 70 cabezas de piedra; 116 ídolos, de piedra también; 20 instrumentos de música; 1600 objetos pertenecientes á la cerámica, y muchos más, tan ricos como curiosos (El Uruguay en la Exposición Histórico - Americana de Madrid, 1892: 46).

Por algún motivo, no expresado, dado por entendido, las naciones tienen un pasado que está en tensión con el presente; el conocer ese pasado es reconocer, desde el presente histórico donde se habla. Esta tensión es la medida de lo que una nación es capaz de aquilatar, de comprender el significado de lo que ocurrió, de los hechos. Sin embargo en este caso, de las tribus del Uruguay, no se desea trazar continuidad étnica, más bien parece que hay que reconocer los grandes procesos históricos que permitieron salir de lo primitivo a lo civilizado.

América, no solo conserva preciosas reliquias de vastos y poderosos Imperios establecidos en Méjico y Perú, los cuales presentaban un grado de civilización y de cultura que

causaron la admiración de sus conquistadores, y significaban unos cuantos grados de perfeccionamiento social americano, sino que conserva aún señales evidentes de la vida nómada y semi- salvaje de unos pueblos, y recuerdos bárbaros de tribus turbulentas y guerreras que vivían en continua guerra con otras tribus vecinas.

Las piedras redondeadas, llamadas boleadoras, piedras pulidas de distintas formas, piedras labradas en forma de punta de lanza, piedras talladas en forma de hacha ó sierra, objetos de cerámica ó barro crudo, huesos con grabados ó dibujos rudimentarios, maderas ó cuernos pintados, conchillas agujereadas, cuentas de metal ó anillos más ó menos bien formados, y cuantos objetos se supongan trabajados ó usados por los indios, ó bien cráneos ó huesos fosilificados que se encuentran en las estaciones, paraderos, tolderías ó sepulcros de los mismos, constituirán otros tantos datos que servirán para ese estudio y enaltecerán el nombre del Uruguay (El Uruguay en la Exposición Histórico - Americana de Madrid, 1892: 28).

Más adelante, en la parte de la Memoria referente a artículos de prensa publicados con motivo de la Exposición, se lee

[...] nos corresponde repetir que el asunto
Exposición reviste muy acentuada importancia.

Trunca está, propiamente dicho, la historia de nuestro país, desde que su punto de arranque es coetáneo. Este pedazo de tierra que se llama República Oriental del Uruguay tuvo también su *edad de piedra* con sus hombres, costumbres y sociabilidad típica; tuvo una historia que se mantenía en la oscuridad y que ahora empieza á definirse en los jeroglíficos de Arequita y en los montículos de San Luis, gracias á los trabajos y estudios de la

Comisión científica que prepara elementos para que nuestro acceso en la Exposición de Madrid sea causa de congratulaciones.

Esta segunda cuestión, en el orden enunciado, daría en cualquier país del mundo tema suficiente para empeñar una propaganda en su obsequio, con el agregado de que, si el Uruguay consigue rehacer la historia de las tribus que en remoto tiempo lo poblaron, esta victoria científica alcanzará universal resonancia.

Incitamos a nuestros colegas de Montevideo á que sigan el ejemplo de los de campaña, y en alguna manera se ocupen de la Exposición Histórico -Americana y de los trabajos que con éxito satisfactorio realiza la Comisión Central.

LA DEFENSA [Montevideo]. (El Uruguay en la Exposición Histórico -
Americana de Madrid, 1892: 28).

La realización de las utopías del estado liberal uruguayo, que había comenzado con el militarismo en 1875 y que tuvo en José Pedro Varela uno de los ideólogos de un proyecto de educación popular, despliega en el año de 1891 la ejecución de un plan que expresa la preocupación de los gobernantes de la época por concurrir a la Exposición Histórico – Americana de Madrid en 1892. La mención a Varela no es casual, pues Figueiras era a la sazón, Inspector de Instrucción Primaria. El papel de estos agentes dentro de redes sociales de intelectuales y artesanos que intercambian objetos, en este caso colecciones de “antigüedades”, no está acoplado claramente a la elaboración de una historiografía nacional, sino que queda afuera, uncido por un lenguaje diferente, a la circulación de otros discursos: la naturaleza y lo primitivo. A ese pasado de la nación, se van a sumar estos objetos de los mundos remotos y desaparecidos de una “raza extinguida” (El Uruguay en la Exposición Histórico - Americana, 1892: 24).

No buscamos hacer una lectura crónica y estable del “Viaje”, sino resaltar el carácter de época y la inscripción de las necesidades de aquellos autores del Informe a las autoridades y que respondían –a juicio nuestro- a separar los objetos de sus usos anteriores e incorporarlos en usos nuevos que implican

otra racionalidad: la colección, en el sentido de Walter Benjamin (Podgorny, 2000: 20).

Tal vez sea el momento en que se está registrando el interés oficial por las antigüedades y las colecciones como parte de la identidad de un estado, en que los actos individuales y aislados de los coleccionistas, pasan a ser de interés del estado para que lo represente.

Se trata de un relato de viajes, un género (sin que disminuya por eso el valor del trabajo) que tiene hipótesis implícitas, y que pone en práctica una misión oficial, que es una acción típica de un estado: evaluar y proteger, explotar y dar perspectivas, a la vez que piensa en un destino para los objetos en la nueva cartografía que tácitamente generan. En efecto, la propia peripecia del viaje pone una perspectiva y un efecto cronológico provocado por el exotismo y remotismo del lugar visitado, que dará a conocer una realidad humana pasada. Sin embargo, observaciones sobre la botánica y la geología, la mineralogía y la paleontología aparecen incorporadas al relato.

El Viaje es una hipótesis, es como el viaje al pasado, en el sentido de que la naturaleza prístina e intocada del paisaje está implícita:

Apenas hacía media hora que caminábamos, cuando nos hallamos en pleno campo, planicie cubierta de espartillo (Sijni Arechavaleta), seco a la sazón, blanco amarillentos sus penachos de espiguillas, con reflejos anacarados. En el lejano horizonte el paisaje estaba limitado por una línea verde oscura formada por las palmas Botiá (cocos Capitata de Mart...) (que se destacaban sobre el cielo coloreado de rojo por los rayos del sol. La mansa brisa pasando sobre los tenues penachos del espartillo los hacía doblar, originando ondulaciones que se iban perdiendo á lo lejos con luces y sombras del más bello efecto. Se diría las olas de un mar de plata, ó los repliegues de argénteo y gigantesco reptil. (Arechavaleta, 1892: 86)

Nuestra intención no será “corregir” nada del viaje, ni completar, solamente examinar las hipótesis implícitas que hay en la obra. Por ejemplo la aparición del “campo” de estudio como metáfora del terreno concreto y espacial.

Anteriormente, en la modernidad inicial, la colección de objetos se consolidaba como tal en el ámbito de la modernidad inicial, pero “sin terreno” no hay espacio de estudio, los propios objetos son una extensión del mundo del que provienen. En ese sentido, no sostenemos que la relación de lugares citados en la redacción sea ficticia o supuesta (de hecho en el año 1986, fue posible ubicar los cerritos excavados por Arechavaleta en base a las referencias del Viaje) (Bracco R. com. Pers.). Antes bien, se inscribe dentro de una comunidad de lectura que le da una cierta peculiaridad que, más de cien años después nos parece un algo inverosímil para un Informe Oficial, a la vez académico y de Estado.

El viaje a San Luis, es un ejemplo de la empresa colectiva de la ciencia, que fomenta la modernización del país. Es la época en que se vienen manteniendo debates sobre “materialismo” y “espiritualismo” no solo en la academia, sino en el seno de instituciones como La Asociación Rural. Arechavaleta, que era botánico y farmacéutico, considerado el fundador de la biología moderna en el Uruguay (Glick, 1989: 67 y ss.). Fue como pedagogo que ejerció su principal influencia, siendo un difusor de las ideas de Haeckel y Darwin en Uruguay. En ese contexto no es extraño que el viaje a San Luis parezca el “diario” de un naturalista, plagado de observaciones sobre plantas y especies minerales. También las “recomendaciones” sobre el aprovechamiento de los recursos que ofrece el territorio se inscriben en esa concepción materialista de una burocracia de estado que clasifica y pone en orden. Es el momento del positivismo, tanto en Montevideo como en Buenos Aires, donde desde 1878 se verificaba un proceso de reactivación del interés por el estado de los museos y las colecciones, entre los naturalistas, es un momento de gran interés por clasificar los materiales de las colecciones que se habían formado con las diversas expediciones de las campañas militares de la llamada “Conquista del Desierto”

Toda una política de museos y sociedades científicas (por ejemplo la futura Sociedad de Amigos de la Arqueología de 1927) comenzará a vincularse en una micropolítica de los vínculos de parentesco clientelismo y amistad que enlazan a un conjunto de familias uruguayas conectadas por redes (Real de Azúa, 1969a). Los vínculos no serán utilizados con fines político – partidarios, pero sí de circulación de elites que consolidan y naturalizan tópicos de

discusión e imponen ciertas agendas y puntos de vista.

En el caso uruguayo, argumentaremos acerca de la “violencia” de la representación de un presente “sin indios” que ahorró debates y procedimientos como los que tuvieron lugar a fines del siglo XIX en Argentina con la “Conquista del Desierto y el “blanqueamiento” en Brasil (Menezes, 2010). Esta operación fue sostenida por funcionarios de estado brasileños en el Congreso Universal de la Razas, en Londres en el año 1911, se trataba de una solución eugenésica a través de “cruzamientos” con los indígenas, que irían “blanqueando” la población.

El viaje es un género editorial que desde el siglo XVIII adquiere popularidad y prestigio, se fortalece en el siglo XIX. Se multiplican las ediciones y traducciones de viajes a lugares exóticos y remotos, constituyéndose en un distintivo de la cultura de la época. Los principales centros editoriales eran Frankfurt, Amberes y Lyon, que solían además incluir iconografía e imágenes que acompañaban el texto (Podgorny 2011; 48). De acuerdo con la autora recién citada, los editores adjuntaban ilustraciones de otros libros ya existentes; ya que pretender dibujos exclusivos para cada edición era una comisión costosa. De ese modo las ilustraciones viajan de una obra a otra en una suerte de intertextualidad de imágenes, donde los criterios acerca de lo verdadero que podrían aquellas representar, no eran los nuestros y ni siquiera los del Viaje a San Luis. Es un tema que se desvía del análisis de esta Tesis, sin embargo el Viaje a San Luis se inscribe dentro de un género literario, es un texto con forma, no importa si el autor se lo propuso. Es claro que usa recursos estéticos, aunque sin abusar, como un modo de hacer amena la lectura sin que por ello afecte su carácter oficial y de verosímil:

A las 5 de la mañana del día 7 de Diciembre seguíamos viaje, llenos de buen humor y entusiasmo, debido al aspecto de la naturaleza tan bello, que alejó los tristes pensamientos y abrió horizontes risueños.

[...] Con un buen asado, que compramos del otro lado del paso, al trote cansado de nuestros infelices caballos llegamos,

por fin, al Cebollatí á la una de la tarde, con un apetito nacido al despertar (Arechavaleta, 1892: 71).

No está dicho, pero Arechavaleta es un autor, su texto tiene eficacia. Por otra parte, tiene pocas ilustraciones; está construyendo una cartografía pero no hay representaciones gráficas... mapas o croquis. Desconozco si hubo una razón precisa, en una época donde las ilustraciones en los textos eran un tema común. Se incluyen sí fotos de los “cerritos” y algunos conjuntos de enterramientos, pero la conexión con ese lugar no está enlazada por lo gráfico. A lo largo de la crónica hay un conjunto muy diverso de categorías que el autor va a reseñar, desde especies botánicas, observaciones geológicas y agronómicas y hasta especulaciones productivas:

Para detener la destrucción de árboles indígenas, que de una manera verdaderamente desastrosa se viene efectuando entre nosotros desde muchos años atrás, convirtiendo los frondosos bosques en míseros matorrales, es necesario dictar y promulgar una ley que determine y reglamente la época y la manera de cortar los árboles, estableciendo la obligación de dejar mi árbol cada 3 ó 4 metros. Al cabo de años, con este método conseguiríamos verdaderas arboledas, las que, podadas convenientemente, darían una cantidad de leña mayor que la que actualmente producen (Arechavaleta, 1892: 84).

En el Capítulo VIII del Viaje a San Luis, el autor ingresa en el tema de las excavaciones arqueológicas:

La recolección de objetos llenó nuestros deseos, y por lo excesivo de ellos, y siendo además dificultoso el transporte en las condiciones en que nos hallábamos con las maletas ya repletas, nos era materialmente imposible el seguir recogiendo más; sin embargo venció nuestro deseo de aumentar la cosecha

y para el efecto colocamos lo recogido en lugar seguro y visible, saliendo nuevamente en busca de nuevos ejemplares, conviniendo en alzar tan sólo los más raros é interesantes.

De ellos un buen número de morteros, podemos decir los mejores (véase la fig. 4), piedras con hoyitos (fig. 5), algunos de ellos de uno á seis pulidores (fig. 6), boleadoras (fig. 7), etc., pudiéndose contar entre ellos el más interesante, que lo constituye un hacha¹ (fig. 8) (Arechavaleta, 1892: 115).

El objetivo era “producir” un Uruguay con un pasado remoto, a la altura de la estética e ideología de la Exposición Histórico - Americana . Sin embargo hay un vacío icónico en que no hay imágenes que “viajen” de un texto a otro. Las fotografías que se realizan, son el modo de una vía objetiva para registrar lo observado, a la vez que el relato es como una voz “en off”. Por otra parte, la narración no registra momentos críticos respecto de lo que transcribe, su prosa es austera y plana, no hay lugar a ambigüedades o reflexiones sobre la exactitud y precisión del texto. Se trata de un informe sobre el pasado remoto del territorio, sin embargo el estilo empleado ubica todas las observaciones sean sobre la fauna, la flora, los indígenas, el paisaje, la geología, la minería, etc. etc. en un fondo chato, sin textura. Parece de ese modo ajustarse a una cierta noción del tiempo fundante de una nación que no profundiza en el pasado, que no lo abre como un objeto espeso, sino que lo utiliza como un escenario indispensable para medir sus fuerzas, para organizar sus recursos, medir sus posibilidades, domesticar un territorio que no conoce todavía muy bien, pero que aparece como marginal

Al frente, sobre la colina, divisábamos á Lascano. Al pequeño trote de nuestros caballos, creíamos poder llegar en menos de un cuarto de hora, y el Sol se ocultaba ya en el horizonte cuando esto acontecía. En una planicie la línea del horizonte parece á la vista del viajero mucho más cercana de lo que está en realidad; es lo que á nosotros nos pasó ese día.

Gran novedad produjo nuestra entrada: todos los habitantes, asomándose á las ventanas y puertas, nos miraban con curiosidad y un poco de asombro (Arechavaleta, 1892: 78).

Hay sin embargo una circunstancia histórica que podría estar –no explicando– pero sí adecuando el relato del Viaje a San Luis a una situación peculiar del Uruguay frente a Argentina y Brasil a saber, y es el no tener un interlocutor problemático instalado en esa parte del territorio del estado nacional. Tanto Argentina como Brasil estaban enfrentados problemáticas del indígena en el primer caso y el indígena y el negro en el segundo. Este problema político grave, en cuanto implicaba la organización de ejércitos y apertura y ordenamiento de rutas comerciales, reubicación de contingentes humanos y tecnología de exterminio, en un proceso violento de modernización, desarrollo y urbanización (Menezes, 2010: 169).

En la Argentina, Lucio V. Mansilla en 1870 escribe “Una excursión a los indios ranqueles” donde reflexiona, desde el viaje de un dandy, sobre el valor de civilización que abarca a gauchos y ciudadanos, por oposición a los bárbaros dentro de los que ubica a los indios.

Uruguay en cambio vivía un proceso de “baja intensidad” diríamos respecto de sus vecinos, el liberalismo que se empezaba a practicar tenuemente no implicó arrasar viejas estructuras campesinas agrarias de base colonial (como sí ocurrió en Argentina) para imponer la articulación mercantil entre el capitalismo y la producción campesina (Haber: 2000: 19).

El Viaje a San Luis tiene la apariencia de un itinerario realizado en un desierto en el que hubo una ocupación humana pasada que se intuye, pero es una percepción muy lejana, tal vez porque aquellos primitivos ocupantes ya no están. No hay descripciones, no hay etnografía, no hay tristezas (como en Tristes Trópicos) más que las que surgen del ánimo como menciona el autor más arriba. Es la narración de un espacio vacío que ofrece, no obstante, una cierta calma comparativa con respecto a sus naciones vecinas. Tal vez la mitología del “pueblo transplantado” que ya se mencionara (Ribeiro, 1969) se verá facilitada por la existencia de ese “vacío” o “página en blanco” (Verdesio, 2000: 11). Ese vacío, es el vacío, de tiempo, de pueblos, de tierras, lo que

habilita esa “geografía mítica” que el Viaje reporta, donde no es posible percibir en el terreno y el paisaje más que una naturaleza actualística, inmediata, sin historia. Por ejemplo, Arechavaleta no se pregunta sobre las circunstancias en que esos ocupantes “desaparecieron” (por decirlo suavemente). No es una pregunta exenta de sentido común, podemos desde el presente replantearla en el contexto histórico del autor, no para responderla, sino para entender por qué no se la planteó.

Podríamos especular con que el pasado violento y guerrero de la República no era un tema ajeno para Arechavaleta, que él mismo estaba viviendo dentro de un período de levantamientos y motines, en un sistema político precario, amenazado por los liderazgos caudillescos que aún persistían (Barrán & Nahum, 1968). Sin embargo, toda la reflexión del Viaje se apoya en un cierto impresionismo para transmitir lo que está viendo, en perjuicio de toda reflexión histórica, que incruste a aquellos grupos indígenas en un relato que los conecte con el presente de la nación.

El paraje del Chuy nada notable presenta, á no ser lo pintoresco que es; á más del edificio de la Comisaría y de la Receptoría, que son los que sobresalen, son contados los demás.

Pasamos esa noche en este lugar, conviniendo salir al otro día para la colonia Santa Teresa, á fin de recorrer la costa en busca de objetos indígenas.

A las 7 a. m. nos poníamos en marcha para Santa Teresa.

Este viaje nada de particular ofrece para ser descrito, á no ser la impresión triste que presenta la planicie recorrida, desprovista en su totalidad de pastos. A las 10 a. m. llegábamos á la colonia; hicimos alto en la única posada que allí se encuentra (Arechavaleta, 1892: 110)

[...]

A la 1 de la mañana tomábamos asiento en la diligencia, llegando á las 4 de la tarde á Pando, algo cansados del penoso

viaje; á las 5 tomamos el ferrocarril, que pronto nos condujo al primitivo punto de partida (Arechavaleta, 1892: 119).

El párrafo anterior es el fin del Viaje a San Luis, deja la sensación de un ciclo que se cierra: "...nos condujo al primitivo punto de partida". Vale decir, retorna el grupo de amigos de un viaje en el que fueron espectadores de objetos y restos humanos de los "primitivos habitantes del Uruguay.

Capítulo 7

La nacionalización de la ciencia y el patrimonio cultural

La formación de colecciones de “antigüedades”, restos fósiles, reliquias y piezas arqueológicas es un proceso que comprende a diversos actores en relación compleja con instituciones estatales. El primer intento de sanción de una ley data de 1932 por iniciativa de la Sociedad de Amigos de la Arqueología; es sobre todo una ley de monumentos, para su conservación (Cabrera, 2011: 21). La citada Sociedad integrada por intelectuales y notables, muchos de ellos integrantes del gobierno, impulsa dicha ley, señalando y exaltando valores nacionalistas de protección y conservación de los bienes a resguardar. Esta problemática de la valoración “nacional” de los bienes patrimoniales culturales presenta la peculiaridad de no pretender –más que de un modo metafórico- establecer una genealogía con ese pasado remoto, bárbaro, natural e incivilizado. En Uruguay se establece un matiz respecto del resto de los países de la Región y es el vanagloriarse de ser un país “sin indios” (Caetano, 1993: 84). No estamos interesados en la falsedad o no de la creencia, sino en el espacio político para que tuviera lugar semejante enunciado, ese es el dato. Hay un conocimiento etnográfico y arqueológico, así como naturalístico y estratégico que se articula con la construcción del estado – nación. Pero más que identificar imágenes de ese pasado, permite percibir a quienes las producen y se sirven de ellas aunque no directamente y de un modo trivial. El marco del problema es demasiado general para que lo podamos bajar a una situación concreta de uso con un fin específico. Podríamos sostener que había una relación entre el capitalismo liberal, los naturalistas y la cartografía del territorio, es lo que Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas* llamaron ciencia real (*royale*) y soberana, en cuyos márgenes, no obstante, asoman saberes otros. Son temas que perforan los textos, pero no porque estén ocultos, o encubiertos; en el Viaje a San Luis por ejemplo, la

preocupación por explorar alternativas y nuevas opciones de explotación de recursos económicos para el estado, es clara, manifiesta. Mientras tanto en Brasil y Argentina los estados facilitaban, cuando no patrocinaban, investigación y estudio acerca de la geografía y el pasado indígena como partes de una estrategia de colonialidad. El fenómeno del Sertón y las guerras campesinas descritas por Caio Prado en *Formação do Brasil Contemporâneo* con un tinte de marxismo nacional, contribuyeron a desconectarse del pasado nacionalista de corte colonial (Menezes 2010: 151) pero sin generar una identidad basada retrospectivamente en la prehistoria. Los intelectuales como Ihering y Goeldi buscaban un contexto más universal o global para explicar el pasado indígena brasileiro, que era un problema concreto, de qué hacer legítimamente con los indios. En Argentina en cambio el proyecto hegemónico se dirigió a nacionalizar e incorporar dentro de un concepto de “argentinidad” a los fósiles y antigüedades, teniendo a los Andes como “núcleo civilizatorio inca” (Politis 1995: 201; Podgorny, 2000: 25; Menezes, 2010: 153).

En Uruguay, la retrospectiva de la prehistoria era todavía más dilatada, y por lo tanto la noción de estabilidad política era comparativamente mayor que en los estados vecinos. Tal vez por eso se resistió la tentación de los usos políticos del pasado, en un medio en que la propia “*intelligensia*” era integrada por gobernantes y políticos. Digamos que se aplicaron todos los dispositivos adecuados de un estado liberal independiente, vale decir, administración institucional de saberes expertos al servicio de cartografiar y poner el territorio en escala. Sin embargo, el uso de genealogías y héroes tuvo, comparativamente, una aplicación más abstracta y no tan dirigida explícitamente, inversamente a lo que aconteció en Brasil, con las políticas de creación de museos como, que viabilizaban la consolidación de un colonialismo interno, a través de clasificar a negros e indígenas.

7.1 Hacia una definición del Patrimonio arqueológico.

Una definición profesional de patrimonio, que contemple los aspectos de la práctica de la arqueología, deja también muchos espacios desmarcados, queda

la sensación de que la propia definición del patrimonio constituye una búsqueda que en su propio camino encontrará quizá su respuesta. Tal vez un signo de los tiempos que corren es que todo parece ser patrimonio, si pensamos en los bienes que corren riesgo, el riesgo es un concepto muy recurrido, la sensación de protección y salvaguarda son elementos todos que acuden de inmediato cuando pensamos en el patrimonio como algo que nos es entregado, algo que debe custodiarse. Del mismo modo no es menos cierto que no a todas las personas les interesa el patrimonio por igual, y hay a quien no le interesa en absoluto y de eso hablaremos también.

Los comienzos de una noción de patrimonio (en la sociedad occidental) como conjunto de monumentos, testimonio material, de la existencia de nuestros ancestros o de nuestros enemigos, es un asunto que podríamos ubicar con su sentido más moderno, en el renacimiento.

Sin embargo, en la antigua Roma ya existía el concepto de *patria* como “la tierra de los padres”: *terra patria* (Fustel de Coulanges, [1864], 1966: 284). Dice al respecto Fustel: “*La patria de cada hombre era la porción del suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde reposaban los huesos de sus antepasados, y ocupada por sus almas*”. Ya están allí presentes las marcas de identidad del patrimonio: de una parte, lo que nos corresponde por que proviene de nuestros ancestros, y de otra, una cierta consustanciación simbólica y moral que consagra el vínculo.

No obstante, la noción de patrimonio jugó un rol crucial en el contexto de las luchas por la construcción de naciones y la necesidad de propagar la idea de la conciencia de la existencia de una nación en particular. En un occidente dominado por la monarquía y la iglesia, especialmente en la Europa septentrional, los elementos materiales atribuidos al pasado antediluviano (Trigger, 1992) se sumaron a las antiguas sagas y tradiciones orales para formar un *saber poder*. A partir de esa matriz cultural e ideológica se desafió a las antiguas estructuras de dominación política que venían desde la Edad Media y que se identificaban con la *latinidad* a la que se opuso la *germanidad* (Marchand, s.f: 164) Es lo que se dio en llamar en Dinamarca en el siglo XIX “el territorio como la metáfora histórica de la nación” (Díaz-Andreu & Champion, 1996), haciendo referencia efectivamente a que todo hallazgo arqueológico, era

en definitiva el patrimonio de una historia determinada, que hablaba a través de sus restos y que no era contemplada en los textos latinos ni en la Biblia.

Por allí podríamos ubicar los orígenes de la arqueología científica en el siglo XIX, con los anticuarios y su tarea patriótica que no era otra que recolectar pruebas legitimadoras de la ocupación de un territorio, de modo que no era un pasatiempo sino todo lo contrario, una misión y un deber patriótico (Marchand, s.f. 63).

En ese momento también registramos los comienzos de la arqueología como disciplina independiente, constituyendo su objeto de estudio, en el conocimiento científico acerca del pasado y las antigüedades, desarrollando cronologías, períodos (Lubbock: Prehistoric Times, en: Trigger, op.cit: 96), pero sobretodo propagando las ideas del positivismo, y el conocimiento de la realidad por los datos. Para la arqueología los datos eran los documentos, el testimonio puro, cuyo *épistème* era sólo el provenir del pasado. La historia no legitima tanto como los documentos, los objetos; que en el marco de convicciones baconianas se volvían una prueba muda, indiscutible.

Por consiguiente, estas dos fuentes precedentes informan los orígenes de la arqueología moderna.

Más recientemente da la cara a un pasado que puede ser abordado desde el punto de vista de la gestión, como un bien que debe ser ordenado dentro de coordenadas administrativas y económicas además de no haber perdido sus características anteriores que lo vinculan con la identidad y las convicciones de la gente.

La tesis del patrimonio como gestión es un cambio cualitativo en muchos aspectos, que desata un conjunto de modificaciones al interior de la materia que la aproximan a otros campos como la economía, los mercados y el territorio, administrativamente hablando. Nociones de sustentabilidad y conservación cobran nueva existencia en este nuevo contexto de asuntos administrativos y legales.

La conceptualización del patrimonio como un bien económico trae consigo las ideas de capital, como algo que hemos heredado, que debemos conservar y que podrá pasar al futuro. Podríamos considerar al patrimonio desde una vertiente económica como un capital cultural (CONSERVACIÓN, 1999:9), algo

que se puede incrementar, pero que también necesita cuidado y que si no se mantiene se puede malograr. Sin embargo, creemos que la única forma de que este capital se conserve es pensando en él culturalmente, en enriquecerlo en su naturaleza peculiar.

Esta idea de patrimonio comparte una concepción más general con otras disciplinas que se ocupan del hombre desenvolviéndose en el medio ambiente, cuya valoración como soporte y sustento que posibilita la existencia de todo el dominio vital ha logrado imponerse como una conciencia mundial a través de distintos operativos educativos y publicitarios que no podemos analizar aquí.

Hay una noción de capital como riqueza, como potencial, en esa herencia, o legado, que recibimos y debemos continuar, que nos hace responsables frente a las futuras generaciones y que tiene que ver con la historia y la identidad. No obstante, creemos que la noción de “capital cultural” de Pierre Bourdieu como capital simbólico, es decir como un efecto que actúa sobre aquellos que participan del “campo” (en este caso de lo relacionado con el patrimonio) supera la mera materialidad, para caer de lleno en lo simbólico. A la vez esta circunstancia práctica permite superar los falsos opuestos entre teoría e investigación empírica, pues ese capital simbólico – cultural deriva de prácticas sociales, históricas, de clase, étnicas, etc; derivan de condiciones de producción de conocimiento, no son categorías que provengan del sentido común. Por ejemplo, valores como el “buen gusto” o “lo popular”, provienen de discursos estándar (dominantes) que producen lo real como evidente, a través de pre-nociones que las ciencias sociales deben rechazar para, en su lugar identificar las condiciones institucionales e históricas en que esas se producen (Giglia, 2003: 153).

Se plantean así una gran cantidad de dudas acerca de cómo se produce, en qué circunstancias ese patrimonio es concebido como tal, quiénes lo producen y para quién. Dónde se hace efectivo el patrimonio?

En la Constitución de la República, el art. 32 promueve una noción de patrimonio que lo proclama como un derecho de todo ciudadano:

Art.32.- Toda la riqueza artística e histórica del país, sea quien fuere su dueño, constituye el tesoro cultural de la nación. Estará bajo la salvaguarda del estado y la ley establecerá lo que estime pertinente para su defensa.

Desde fuentes legales, en nuestro medio contamos con una ley (Nro.14040 de octubre de 1971), mediante la que se crea la Comisión del Patrimonio Histórico, Artístico y Cultural de la Nación. En ella hallamos una definición de patrimonio que no es expresa pero que maneja una “escala monumento” que es un poco “dura”. Así me lo manifestaba el Dr. Jorge Silveira (abogado de la Comisión), en el sentido de que no controla lo suficiente el contexto del bien que protege. Todo lo cual conduce a manejarse con categorías preestablecidas que no recogen una visión de tipo paisajista, contextual y global del fenómeno. Está demasiado concentrada en proteger una cosa, un objeto, las características de los edificios –por ejemplo. En ese sentido se vería un poco dificultada la tarea de evaluar un patrimonio que no fuera exclusivamente un bien material. Tal vez por ese motivo el artículo 8º de la mencionada ley en que se protege y declara patrimonio histórico la ruta seguida por Artigas en el éxodo, que no coincide con un trazado carretero continuo y que por eso no tiene soporte físico, deba ser aclarado expresamente, ya que no es un monumento en sentido estricto.

Hay un sentido tal de engrandecimiento, de la búsqueda de lo mejor, de los más altos valores, de proteger las piezas raras, que no podemos menos que pensar que el patrimonio es sólo lo beneficioso. La inspiración es normativa, la ley no pretende definir lo que es patrimonio, solo va a informar acerca de la naturaleza jurídica de aquel. Por ello es que entre los cometidos de la Comisión de Patrimonio que se crea, está el de suministrar asesoramiento al Poder Ejecutivo en materia de bienes a ser declarados patrimonio histórico. Pero de ningún modo se puede esperar que la ley favorezca actitudes críticas, o haga juicios que permitan entender mejor la materia que intenta cubrir. Por otra parte deberíamos analizar el contexto sociopolítico en que tuvo lugar la promulgación de la ley, para así, a partir de las circunstancias que rodearon su sanción, tener una idea de lo que significaba el patrimonio para la comisión informante de la ley. No es nuestra intención aquí analizar el papel que ha jugado la ley pero sí podemos apreciar que cubre un campo vasto que llega hasta la paleontología y la numismática y las “piezas raras”, pero nada dice acerca del patrimonio no material, del saber no formal que no se aprende en el Instituto Normal. Ese asunto parece no ser materia de legislación patrimonial. Sin embargo, desde los últimos diez años hay una creciente preocupación por ese

saber no formal, hay una búsqueda desde ámbitos académicos de ese saber iletrado en el sentido de que no se transmite por vía escrita,

Para continuar en la línea de reflexión acerca del patrimonio cultural planteada, seleccionamos un texto de Walter Benjamin, no para comentarlo sino para aprovechar el sentido de ese título: “La obra de arte en la era de su reproductibilidad mecánica” y cambiarlo por el de patrimonio, en lugar de obra de arte. Porque tal vez esa reproducibilidad técnica (mecánica) ha afectado el ajuste y establecimiento del patrimonio en el siglo XX.

Vale decir, la pregunta ¿qué es Patrimonio?, o también, ¿dónde se origina esta idea de Patrimonio? Forma parte de esa “representación” que en el siglo XX se verá fuertemente afectada por los mecanismos técnicos y recursos de la reproducción y masificación

Debemos sumar a esto el actual contexto mundial de desempleo y de quiebre de los modelos agroindustriales en el mundo y en particular en Uruguay, donde podemos contabilizar que más del 90% de la población vive en áreas urbanas y que de los 34000 nuevos residentes que han llegado al país, la mitad vive en Montevideo y la séptima parte en Canelones y otras áreas urbanas del territorio (Censo de Población, Hogares y Vivienda, 1985-1996). Habiéndose desdibujado el esquema económico tradicional, comienzan a aparecer en escena con más nitidez formas sofisticadas de explotación económica –de escala regional- que afectan radicalmente los estáticos bienes culturales, los viejos íconos del esquema del estado nacional y que ahora exigen el concurso de especialistas.

A su vez, el consumo se ha diversificado enormemente y las formas de esparcimiento y de diversión que siempre asumen formas clasistas, hoy se presentan más niveladas por los medios de comunicación. Por otra parte, la noción de exclusividad parece hoy estar más valorada que la del lujo de los yates y los balnearios magníficos y ostentosos. Hoy el *jet set* no consume ruinosamente sino “ecológicamente” a la vez que hay una mayor valoración de los recursos no renovables y de la importancia que han adquirido las cosas irrepetibles, lo que no tiene repuesto.

En ese sentido, los recursos arqueológicos, el pasado, poseen ese aire de exclusividad intrínseca de la cosa, cuyo disfrute implica pautas de comportamiento y valoración completamente distintas a las de la sociedad de

consumo tradicional, del Estado de Bienestar; basada en nociones abstractas de reciclaje, donde todo se igualaba por efecto de la transformación, en un ciclo de circulación de materiales y degradación calórica. Hay una predilección por el disfrute de lo exclusivo, con ciertas garantías de legitimidad, dadas justamente por una necesidad de certidumbre. No alcanza hoy con conseguir una réplica de tal o cual objeto para demostrar que estuvimos “allí”, creo que hay una necesidad de contextualizar el uso de los bienes, lo que estaría generando nuevos valores en el sentido de que los consumidores de los productos culturales se vuelven más críticos del contenido y no tanto alienados en un proceso de consumo (Baker, 1989: 235). La vieja preocupación de Benjamin acerca de la “reproducibilidad” de las obras de arte, se adapta también –a juicio nuestro- a la noción actual de “patrimonio”, que adquiere valor en cuanto se lo pone a salvo de la capacidad de reproducibilidad ilimitada de los medios técnicos modernos. En ese sentido la noción de “aura” del citado autor quedaría relegada a los objetos patrimoniales

En efecto, hay una multidimensionalidad de los objetos con los que trabaja la arqueología, que es una de las vías para poner en valor los restos materiales del pasado. El Museo, que aloja esa “arqueologización” del pasado, a que se hará referencia en el capítulo siguiente, busca una cierta legitimidad, autenticidad de sus objetos; tal vez en el reconocimiento de que se vive más que nunca en un mundo de lo virtual, de comunicaciones virtuales de capital electrónico, de direcciones virtuales que sustituyen a las geográficas (Rifkin, op.cit.). Tal vez sea ese la fascinación por la arqueología, la de garantizar el contacto con objetos que no se pueden reproducir, cuyo valor está en su carácter de no replicable, unido a un discurso legitimador, allí hay un valor enorme, porque hoy ya se puede replicar hasta a un ser humano, la reproducción, la replicabilidad es la norma, hemos llegado a los límites del “*taylor-fordismo*” desde que se empezó con la línea de montaje a comienzos de siglo.

Partimos del hecho que hay por parte del público una cierta fascinación por lo arqueológico, que tiene en el contexto de la modernidad (Vattimo, 1994: 9 y ss.) un valor renovado que despierta un interés por el pasado porque hay una noción de ruptura, de algo que se ha perdido y que se puede rescatar, y hay

distintas formas de hacerlo, una de esas formas es la arqueología. Por consiguiente, en este escenario de comienzo de siglo, la disciplina parece acoplarse fácilmente al estímulo que experimenta el turismo y las facilidades para conocer un mundo que practica la globalización como *“la maladie de la fin du siècle”* como un mal necesario. Se abren de ese modo, enormes espacios propicios para el extrañamiento y el asombro por “los otros”, en una época de grandes posibilidades de textualización (como ya se había comenzado a ver a partir del siglo XVI con la imprenta (Anderson, 1983: 57).

Hemos intentado trazar algunas de las pistas que hacen al contexto social de la evaluación de aquellos elementos que se perciben como “patrimoniales”. Trataremos ahora de ver cómo los elementos entran en valor y son declarados “bienes a ser protegidos”.

La trascendencia que tiene el patrimonio en la sociedad moderna y en particular en Uruguay tiene un sentido de reconstituir la evidencia de la reminiscencia o memoria de un pasado cuya identidad nos resulta parcialmente extraña y con el que experimentamos una cierta ruptura, pero en el que reconocemos un conjunto de valores y por esa razón intentamos recuperar, reconstituir y “poner en valor”. La arqueología como disciplina que investiga los orígenes, las huellas del pasado, que tiene la capacidad técnica como disciplina científica para integrar parte de ese pasado en el presente, hace que la labor del investigador sea la de conferir sentido a ese conjunto de bienes. Al decir de Felipe Criado (1996) el patrimonio se forma por las valoraciones generadas a través de prácticas sociales, que adscriben méritos a determinados objetos por vía del conocimiento arqueológico. Hay entonces, un filtro social a través del cual los materiales pasan y resultan valorados al final del proceso (Carman 1996).

Sin embargo, hay un aspecto que no podemos olvidar y es el marco jurídico en que todo bien arqueológico adquiere su carácter de tal en la sociedad moderna, sobre todo cuando debe ser objeto de dominio público en el contexto que ante marcábamos.

Creo que hay una percepción general de que el material arqueológico es valorado primero como tal y como resultado de ello pasa a ser objeto de protección legal. Sin embargo, los objetos no adquieren relevancia si no es por un impulso político social que los ubica en una situación de valor.

Es imposible pensar que todos los bienes arqueológicos definidos académicamente como tales vayan a pasar a una situación de valor, de modo que no es por ser arqueológicos que los objetos son valuados, sino que hay un proceso de selección primero, de conservación y por último pasan a ser valorados.

No todo el público ve un mismo objeto de la misma manera, será percibido y justipreciado desde muy diversos ángulos, en la sociedad multicultural en que vivimos.

Este asunto nos remite a las fuentes de jerarquización de la experiencia, a cómo es que el orden social está organizado de esa manera en un sistema de pensamiento determinado tal lo que plantea Foucault (El nacimiento de la Clínica). La arqueología comparte con el resto de las ciencias humanas el mismo *épistème* en el sentido de la profesionalización, que el autor antes mencionado estudió para el caso de la práctica de la medicina, que desató de inmediato un conjunto de nuevas leyes para regular su ejercicio, que en definitiva condujo a un nuevo modo del ejercicio del poder. El nacimiento de la “sociedad disciplinada” en torno a las prácticas de los especialistas científicos permite explorar cómo los controles sobre el conocimiento arqueológico del pasado van recibiendo paralelamente un incremento en su profesionalización. Al mismo tiempo adquieren cada vez más un protagonismo legal, a la vez que se observa una retirada, una marginación del conocimiento de los anticuarios y el amateurismo. Pero hoy se distingue la aparición de un afuera de la ciencia y que los propios lugares “científicos” también incorporan la participación de personas de “fuera” de la ciencia, como capas que recubren su corpus, eso también constituyen su “cultura material”, quién arma los gliptodontes del Museo de la Plata, los arma un artesano (Podgorny, 2009: 38) es también quién define los gestos de los animales prehistóricos, por eso el límite entre diversión popular y ciencia no es muy tajante... Esa relación entre el espacio y las prácticas podría ser una zona de estudio nueva, ese gusto por lo exótico, el disfraz, el museo de cera y las rarezas atraen.

La emergencia de las clases medias (Trigger, 1992) tan ligada a este proceso de desarrollo de la arqueología como disciplina profesional, trajo consigo un proyecto de modernidad y de progreso, que veía en ese pasado, que estaba exhumando, algo así como restos caóticos e inconexos. La labor académica

organizada de la sociedad industrial asumió la tarea de reordenar y recrear ese pasado, en función de un proyecto de prosperidad para todos.

Capítulo 8

Museos y Colecciones, la “arqueologización” del pasado.

Como se señalara en el capítulo 1, los museos surgen con la modernidad, siendo un fenómeno típicamente europeo, designando a la vez una política de los estados nacionales y un lugar de trabajo para los “naturalistas” (Podgorny 2000: 18). No son gabinetes aislados del mundo sino que son exposiciones, “vitriñas”, lugares donde se transparenta el pasado, donde lo raro se vuelve inteligible a la luz de una ciencia y un arte nacionales o imperiales (Down from Olympus...Suzanne Marchand)

Tal vez los periódicos y los museos sean los factores más directos para instruir a las masas que se estaban alfabetizando a partir de la segunda mitad del siglo XIX y por lo tanto fueron ambos herramientas muy utilizadas por las elites nacionales como agentes democratizadores y estimuladores del interés público, a la vez que aseguraban la hegemonía cultural de aquellas (Halpin, 1997: 52). El estado manifestaba así su interés en las “representaciones”, o mejor, en su propia representación. Porque, al fijar significados en un soporte material inequívoco y estético (la muestra), de un modo autorizado y anónimo, prestaba así, de un modo indirecto, una voz (que disimulaba la propia) a unos objetos inanimados que adquirirían sin embargo la vida del “testigo”. Los “testigos mudos” son un absurdo, sin embargo en los museos los objetos “hablan” (aunque no los escuchemos con nuestros oídos) desde actitudes y representaciones que son viabilizadas por las instituciones del estado liberal. Sin estado liberal, sin museos, sin muestra, no hay indios, ni pasado, ni progreso, pues esas “comunidades” viven la vida del museo. Ese recinto les da cobijo y los proyecta con sentido hacia la sociedad burguesa que de ese modo los incluye en un discurso – narración que estabiliza, y normaliza las imágenes que de los grupos representados se generan dentro de determinadas pautas culturales y políticas (que solían ocultar su autoría).

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, los gabinetes de curiosidades del siglo XVIII y los museos de rarezas pasaron a constituir un orden que se creaba a partir de ellos; estableciendo entre la colección y el espacio público una relación fuertemente controlada por el estado (Podgorny 2000: 19). Poco a poco se irá constituyendo un colectivo de científicos que reclamarán un espacio de exclusividad sobre los “materiales de trabajo”, en un proceso de profesionalización y proletarización del investigador, que se consolidará en la segunda mitad del siglo XX.

En el capítulo anterior se presentó la problemática del Patrimonio Cultural, el surgimiento de su perfil dentro de disciplinas como la historia y el derecho y parte de su rol político en el surgimiento de los estados nacionales. Pero es la arqueología que imprimirá a los objetos que estudia y define, una cierta condición por pertenecer al pasado. La entidad de Patrimonio Cultural se produce dentro de instituciones estatales, pero hay un “no dicho” o sobreentendido acerca de que ese Patrimonio proviene del pasado o como se dice a veces, pertenece a él. La ubicación en el pasado y la divulgación y gestión por parte del Estado hacen del Patrimonio un “lugar” propicio para demostrar o argumentar acerca de la posición de la civilización, la barbarie, lo exótico, lo republicano, en un espacio que es cronológico pero que también se actualiza todo el tiempo. Los objetos son a la vez del pasado y “en” el presente, de ese modo cobran significación objetiva y tienen efecto para los gobiernos. De ahí que empleemos la expresión “arqueologización”, pues de ese modo los objetos se hacen visibles para una comunidad de especialistas, que los traducen para los sectores populares, los insertan dentro de una red de significaciones que se coordina con la historia nacional y universal. En ese sentido, la adjudicación de valor a determinados objetos y lugares, su transformación en monumentos, su reconstrucción y valoración, encierran una adjetivación, son un corte histórico, una selección. A la vez, sin embargo, se compromete a los poderes públicos en la divulgación y promoción de esos objetos que son llamados “bienes”, vale decir que son parte de la riqueza del Estado, tal como reza en el artículo 34 de la Constitución de 1934, permaneciendo sin enmiendas hasta la actualidad (Cabrera, 2011: 21).

El pasado como espacio natural de la historia de la nación adquiere su ser por diversas vías, el estudio de la historia nacional es el más obvio, pero la

arqueología hará su servicio en esa faena patriótica. No hay con la historia sino puntos de contacto, no se tematiza ni problematiza en la ley, la relación con la historia, parece existir una natural reciprocidad entre el orden jurídico y la historia. La empresa política Patrimonial – Estatal da la magnitud de la misión que implica la declaración y catalogación de Bienes Históricos, Bienes de Interés Público y Monumentos Nacionales, y todo aquello que pudiera “convenir al Estado” (art. 18 del *Proyecto de Ley para la conservación de Monumentos Nacionales y de adquisición de aquellos que deban declararse tales* (Cabrera, 2011: 22).

En la concepción de lo que es un monumento, están los signos más claros del sentido profundo de “civilización”, como señal que implicó una ruptura, un perderse al ingresar a la modernidad. Sin esta noción de extravío no es posible plantear la idea de “recuperación”, “rescatar” o “recobrar”. La modernidad es antes que nada una reorganización, un replanteo de magnitud universal en todos los frentes. El espacio del “descubrimiento” es el que dará entidad al Viejo Mundo, convirtiéndose a sí mismo en el patrón que generará subalternidad sobre los pueblos no europeos (Mignolo 2000: 56 y ss). La geopolítica de la comparación, la localización central de la mirada disciplinaria, y la noción de frontera, dieron lugar a un sistema de clasificación dualista del mundo: salvaje – civilizado, oriente – occidente (Said, 2005: 35), posibilitando así junto con la circulación de mercancías la imposición de esa mirada (Mignolo, 2000). A su vez, el mismo operativo generará el mito de que el pasado existía en el Nuevo Mundo, que sus pobladores estaban en un estadio sociocultural anterior (Trigger, 1992: 113 y ss). De modo que el espacio interoceánico que el viaje de los europeos recorre, de un continente a otro, es el espacio físico que el Museo va a configurar geohistóricamente al afirmar que los objetos expuestos “hablan” y relatan una historia, que se inscribe en una razón universal, que la institución es solamente responsable de enunciar. Esa manera de salvar el espacio entre lo viejo y lo moderno, valiéndose de una suerte de ventriloquia de la materialidad, vale decir objetos que “hablan por sí solos”, tal vez exprese la imposibilidad de formular una historia por completo racional, políticamente neutral y no contextual (Bender, 2002: 105). En ese sentido, otro aspecto importante conectado es el de los “lugares” sagrados y el espacio del museo que seculariza al igualar los objetos en “colecciones” en sus

vitriñas. Viene bien citar un episodio ocurrido en el año 2008 en Chubut durante una “Exposición”:

“Es como si estuviéramos en el siglo pasado, ¡pero ya no estamos en la época de Roca!” exclama Sergio Nahuelquier, werken de la Comunidad Mapuche-Tehuelche Fem Mapu (Puerto Santa Cruz) en una conversación sobre los cráneos que se encontraban en una vitrina en el museo de Gaiman (Chubut), extraídos de un chenque (enterratorio cubierto con piedras) entre el 2008 y el 2009. “Es una gran tristeza que todavía se haga esto, más en el propio territorio. Y peor todavía... Por más que sea mínimo, que se pague para ver esto —sostuvo—; vamos a buscar políticas de acción para que no suceda de nuevo esto con los nuestros”. Luego de una presentación formal, los cráneos fueron removidos de la exhibición (Rodríguez, 2011: 3)

8.1 Un papel para el Museo

*En los últimos años los museos se han transformado ellos mismos en objetos de estudio. Digamos que en la fundación de todo museo hay un acto de expropiación, de “quitar” para “restituir”, lo que eufemísticamente se ha dado en llamar el pasaje de los objetos coleccionados, de la esfera individual a la colectiva (Podgorny, 2005: 232). Derivado esto tal vez de la herida fundacional del estado – nación, que se estableció históricamente sobre la base de un genocidio, todos los estados naciones, ocultan en su origen un acto de esta naturaleza (Feierstein, 2007: 99) de expropiación, de quita. Sin embargo, el dar a un Museo, es una “donación”, no es un dar y olvidar; se aplica más bien a la noción de “don” de Marcel Mauss, es un hábito que implica una cierta reciprocidad. El regalar al Museo es una acción que el Derecho no recubre por completo, no es lo que más importa la formalidad jurídica; se trata de una prestación no obligatoria; distingue a quien lo hace. Es un fenómeno cultural, a modo de *kula* melanesio o *potlatch* de los indios kwakiutl norteamericanos,*

muestra el prestigio y distingue a quienes poseen bienes que no circulan ni por trueque ni intercambio comercial. Parece que asistiéramos a un ritual arcaico, de renovados asuntos antiguos, pues el intercambio no tiene un aspecto simétrico, donar una colección de objetos, posee sin embargo una complementariedad, que hace al donador un “gran hombre”.

La proporción de la colección, los costos de los viajes, las exploraciones, la magnitud de la naturaleza, los espacios naturales, superaban por completo el nivel de las posibilidades de un investigador, o un profesional. Es que el Museo Nacional es una representación a escala de las virtudes de la democracia revolucionaria moderna, su poder de representación de los estadios que la precedieron, su sentido de orden, sus pretensiones universalizantes y racionales, sobre la base de teorías que apuntaban al bien común (Podgorny, 2005: 240). Este proceso histórico de la constitución de los museos, tuvo en América rasgos peculiares que lo diferencian del que tuvo lugar en el Viejo Mundo, en especial lo relativo a la propiedad privada de las colecciones. No hubo en el Cono Sur una relación de mecenazgo que antecediera al patrocinio estatal, como sí ocurrió en Europa, si bien el clientelismo y los intereses personales tanto de políticos como de académicos e investigadores intervinieron de un modo complejo en la relación entre instituciones de gobierno y científicos (Podgorny, 2000)

En efecto, como señala Cabrera (2011: 35) el patrimonio arqueológico en particular sufrió los efectos negativos de la falta de una política estatal adecuada y compatible con una filosofía que apunte a la conservación y la protección de los bienes en cuestión; así como a establecer competencias sobre su gestión. En el mismo sentido, señala la carencia de una infraestructura moderna que conciba los citados bienes como recursos, destinando fondos para su investigación y difusión.

Capítulo 9

La violencia de las colecciones y el vacío de su origen

El estado nación invirtió históricamente una gran energía para crear una memoria a largo plazo, de la historia de la nación, echando mano de la tradición oral, dispositivos tecnológico – mediáticos y marcos institucionales. En este capítulo se focalizará en las “artes” implicadas en su construcción a través de diversos medios: textos, imágenes, prácticas corporales (Scharagrodsky 2011: 20 y ss), lugares y muestras museísticas. Hay una estrecha relación entre la memoria cultural y las artes, fueron los artistas y artesanos quienes suministraron esos recursos, siendo a su vez sus “teóricos” y críticos, obteniendo además, “autonomía” respecto de cualquier “realismo científico” (White, 1992: 155). Esas representaciones en los museos y exposiciones no son tanto documentos que atestiguan la “realidad” sino más bien un deseo de que las cosas sean (en este caso hayan sido) de una determinada manera, son un discurso que a veces explicita un espacio no muy bien suturado entre saber *bricoleur* y saber científico. Dicho de otro modo, quienes montaron las muestras no son naturalistas o científicos, son artesanos que ejecutan oficios, sin embargo están participando de una misma empresa colectiva de la ciencia (Podgorny, 2005).

En otro sentido, esa misma interacción contribuyó a subvertir modos individuales y colectivos de la construcción política de la “identidad” a través de diversas transformaciones culturales a saber, cambios en los gustos y la perspectiva sobre el pasado de los sectores medios que conformaron la nación (Jelin, 2002: 5 y ss.)

Tal vez el momento de la consolidación de la idea de museo y la “galería nacional” (Podgorny, 2005: 247) es también –históricamente- el momento en

que la memoria adquiere una forma y función claras en la representación de una expresión más nítida y diversa del pasado.

Como se expresó en el capítulo anterior, fue la profesionalización y proletarización de los investigadores, lo que dio impulso institucional a los museos y los removió de ser gabinetes de rarezas y extravagancias a ser herramientas políticas. Pero ese proceso no se verificó de un modo gradual y pacífico, sino que acompañó el devenir violento de la conformación de los estados nacionales, siendo también él mismo un asunto rodeado de violencia cuando no directa, simbólica.

La “colección” como unidad indispensable para la fundación del museo es el punto de partida para entender el discurso que las constituye como bases de una identidad o especificidad social e histórica. Hay un cambio político, un movimiento estratégico por parte de los estados nacionales, al transformar esa “obsesión individual” de acumular objetos en un interés público para el que se destina y estipula un presupuesto.

La actividad de coleccionar, un típico gesto burgués al decir de Walter Benjamin, es una labor de descontextualización, que en realidad tiene una obsesión por el “origen”, por su marca auténtica; ya que el orden de la colección es un orden otro, respecto del que poseían los objetos o las citas o las crónicas, etc. que se atesoren en la colección. En ese “arrancamiento” radica el carácter violento por naturaleza de la extensión y espacio de la colección; siempre promoverá una cierta fetichización, y la sustitución de su propio valor por el de la “autenticidad”.

Siguiendo a Benjamin, podemos decir que la modernidad tardía trajo un aumento enorme de la capacidad exhibitiva de toda imagen, su reproducibilidad aumentó casi al infinito. No interesa aquí analizar los aspectos estéticos y teóricos enormes que este planteo trajo. Sin embargo, creemos que en esa desconexión y descontextualización de los objetos de la colección hay un aspecto de gran interés para la arqueología y es el de producir un discurso sobre el pasado, con sentido y con base en los objetos.

La “colección” en posesión de un particular sólo justifica su pasaje a un ámbito público en virtud de un operativo político que confiera poder simbólico a los objetos. Los estados nacionales establecieron históricamente una relación entre “cosas”, “palabras” y “personas” produciendo una descontextualización y

recontextualización en base a la faena de las ciencias naturales que organizaron esa práctica en un lenguaje “universal” (Podgorny, 2005: 245).

El vacío del que proceden las colecciones estaría asociado, en esta argumentación, a una supuesta naturaleza desconocida o extinguida de la que fueron recogidos los objetos. De ese modo el estado nacional no incurriría en asuntos de orden jurídico, excepto cuando toma posesión de las cosas, pues provendrían precisamente de un “vacío”, en el caso de Uruguay, ni siquiera había “comunidades vivas”. Como en el Viaje a San Luis, el territorio se formatea con el Informe que genera el cronista oficial: geología, suelo, recursos materiales, comunidades botánicas y restos de objetos de “antiguas razas”.

Si bien las colecciones proceden de un vacío, cuando pasan a la órbita del estado es con un nombre propio, es algo notable, un conjunto de objetos “exóticos” o “raros”, tienen un nombre propio, de una persona, de un “poseedor”. El concepto de “don” se ajusta a esta situación de trasiego, de transmisión y circulación de lo que se “da” y califica al dador.

La fundación de la Sociedad de Amigos de la Arqueología en Montevideo en 1926, respondió a una necesidad de renovación y reforma del Museo de Historia Natural del que daban cuenta tres personalidades, tres intelectuales, a saber, Horacio Arredondo, Fernando Capurro y Alejandro Gallinal (Cabrera, 2011: 80). En la carta (ver Figuras 9 y 10) que dirigen al entonces Presidente de la República, Juan José Campisteguy, enumeran y destacan la importancia de las actividades que la Sociedad desarrollará. Tiene algo de “constitucional”, de fundador, a partir de allí se establece y se organiza un conjunto de objetos, antes dispersos y descuidados, que un conjunto de ciudadanos va a “donar” para que ingresen en la lógica del Estado, vale decir, como recursos. La noción de “vacío” está dada por la clausura de ese mundo del que provienen los objetos, que parecen estar a la escala de recursos naturales o bienes que están siendo “*esquilados*” (sic). Hay un uso, en la naturalización de la existencia burocrática y administrativa en que van a existir a partir de ese momento los objetos.

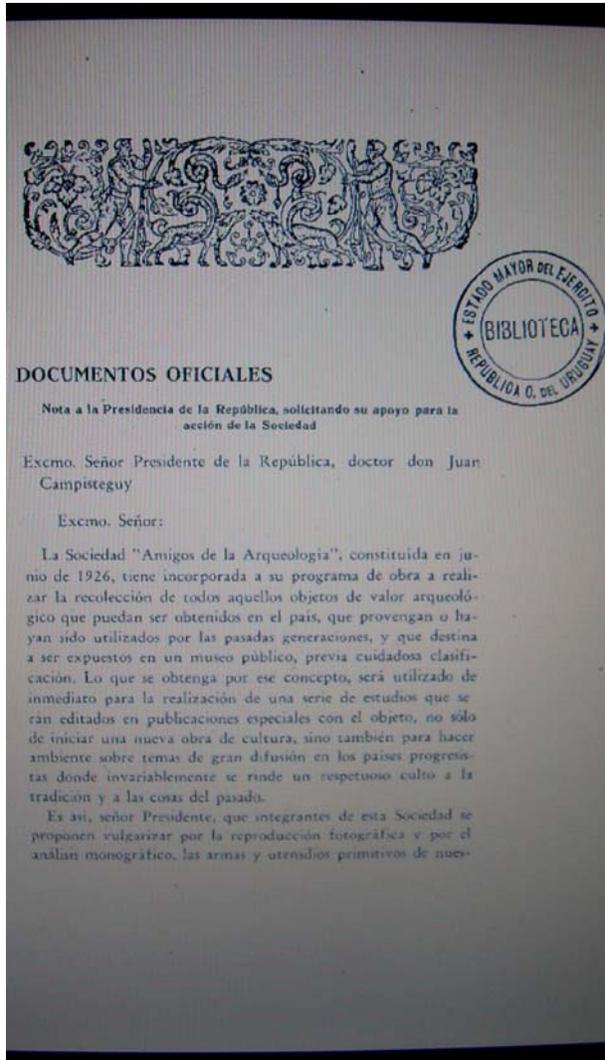


Figura 9.- Fragmento inicial de la carta dirigida al Presidente Campisteguy, por la Sociedad de Amigos de la Arqueología. Es un "documento oficial", sobre el pasado arqueológico del Uruguay

Luego sigue la carta

[...]

Los afanes de la Sociedad no terminarán ahí, proponiéndose también la documentación del gaucho, sus útiles y viviendas, junto con la vida material de los centros de población, sin descuidar detalles, incluyendo: tejidos, platina, loza, etc.

Tan vasto plan de la obra afirmativa no podrá realizarla la corporación sin el concurso de todos los hombres patriotas y desinteresados, desde que, librada a sus propios recursos, la recolección sería lenta, difícil y perjudicial para dar cima a la tarea, máxime cuando coleccionistas e instituciones extranjeras vienen desarrollando, de tiempo atrás, intensas actividades en los sitios donde ese acervo nacional se presenta favorable a la búsqueda. Maldonado, Colonia y Soriano han sido casi esquilados por la empeñosa labor de los coleccionistas de fuera de fronteras, a extremos tales que las piezas más interesantes quizá han salido del país para siempre [...].

La Sociedad que presido, cree que el concurso de la Presidencia de la República a esta obra sería invalorable, y en consecuencia, ha resuelto solicitar el apoyo de V.E. en la forma que se estime más conveniente [...]

El material que pudiera recogerse por tal medio, se exhibirá en el Museo Municipal del Prado, con la *mención del donante en sitio visible* (itálicas nuestras) y la lista de contribuyentes será publicada anualmente en la Revista de la Sociedad, como contralor y como estímulo, y los gastos que ocasione la traslación de los objetos, del punto de origen al de destino, correrán por cuenta de la corporación que presido.

También en dicho Museo podrán ser exhibidas, en calidad de custodia, previo cuidadosos inventarios, en vitrinas especiales lacradas y *cuyas llaves retendrán los interesados, las colecciones particulares cuyos propietarios quieran contribuir a una obra patriótica*, (itálicas nuestras) [...] facilitando el conocimiento de los objetos de su pertenencia y dando con ello más facilidades para la realización de los estudios pertinentes.

En la figura siguiente las firmas.

jetos, del punto de origen al de destino, correrán por cuenta de la corporación que presido.

También en dicho Museo podrán ser exhibidas, en calidad de custodia, previo cuidadosos inventarios, en vitrinas especiales lacradas y cuyas llaves retendrán los interesados, las colecciones particulares cuyos propietarios quiescan contribuir a una obra patriótica, facilitando el conocimiento de los objetos de su pertenencia y dando con ello más facilidades para la realización de los estudios pertinentes.

V. E. juzgará si su colaboración puede efectuarse en alguna otra forma más eficaz y valedera, quedando desde ahora gratos a tan valioso concurso y adjuntando un ejemplar de los estatutos de la Sociedad, que lo enterarán al detalle de su finalidad y mecanismo de funcionamiento.

Me es grato saludar al señor Presidente con mi consideración más distinguida.

Montevideo, 4 de junio de 1927.

Alejandro Gallinal,
Presidente.

Horacio Arredondo (hijo),
Secretario.

Nota a la H. Cámara de Diputados, abogando por la sanción del proyecto de ley que acuerda conservar la Colonia del Sacramento

Señor Presidente de la H. Cámara de Representantes, doctor Alfredo García Morales.

Figura 10.- Las firmas de los notables de la Sociedad de Amigos de la Arqueología, en una carta dirigida al Presidente de la República.

Conclusiones

Hubiera querido ser la esperanza de este trabajo el hallar lo que se propuso, vale decir poder mostrar la agenda, las pistas, las fuentes arqueológicas e históricas de la manipulación y el uso del pasado, con contornos más bien definidos, en circunstancias históricas precisas para la región del Plata. También esperábamos que la relación entre el nacionalismo y la arqueología en la región propuesta fuera más clara, menos esquiva. Algo así como “Nacionalismo, Política y la práctica de la arqueología” hubiera sido la constatación de que el estado uruguayo se sirvió del pasado reciente y remoto como fuente de legitimidad. Sin embargo, las plataformas políticas de ningún movimiento utilizaron los restos arqueológicos, los sitios, los lugares, más que con algún interés de muy corto alcance. Tampoco

NO es que los políticos estén ciegos a esta temática de la manipulación, sino que tal vez los proyectos político partidarios no tuvieron tiempo de impregnarse en las claves locales, en la conexión de geografía e historia. Por otro lado, el tópico de la “sangre” en relación con la traza de los orígenes de la nación se volvía algo confuso pues la sangre como lazo hereditario no ataba a los orientales al suelo por sus ancestros, ya que en la región no había conflictos de tierras, sino un proceso de ruptura política y social con el imperio español y portugués. En ese sentido, la metafísica de un pasado remoto, ha sido encarada desde la visión de un estado nacional, seguramente hay un “uso del pasado” hecho desde una perspectiva subalterna, sólo que sería más difícil de percibir, o no emergería tan fácilmente por ser, precisamente, subalterno.

El otro lado del diálogo fue mostrar cómo los sujetos imperiales utilizaron para reforzar sus propias autoridades, la arqueología, las tradiciones culturales, y presuntos derechos a la tierra. Sin embargo, se puede ver que incluso cuando se usan para apoyar agendas liberacionistas, el nacionalismo puede distorsionar o violentar las normas disciplinarias. Vale decir, la arqueología puede perpetuar el ciclo peligroso de las rivalidades étnicas, en que las identidades se juegan hacia el futuro, no tanto hacia el pasado. No obstante, los conflictos políticos de la Región del Plata no tuvieron una base étnica, conectada a la tierra, sino más bien una lógica de partidos en un largo conflicto entre Federales y Unitarios, con una fuerte conexión internacional (Barrán,

1989). Por otra parte, tampoco hubo colapsos políticos de gran magnitud que pudieran viabilizar intentos de generar imaginarios alternativos. Los gobiernos de una y otra orilla no tuvieron necesidad de represar o, al revés, diseminar estudios arqueológicos con una finalidad concreta, montada sobre un conflicto político. Los límites del uso del pasado a través de la arqueología tal vez estén representados por las características del escenario político que rodea a la disciplina, de un modo que no es posible conectar epistemológicamente a la disciplina con la demanda que proviene del sistema político.

Estamos muy lejos de la asepsia de un laboratorio, nuestra pretensión de objetividad no puede hacerse a expensas de la relación con la sociedad.

El uso de la arqueología para construir evocaciones significativas, lo que puede luego servir en diversos procesos de construcción de la nación y la modelación de identidades, está vinculado a las ideologías. Por su parte, la religión, que en muchos casos en el mundo fue un componente básico de la identidad y que adquirió una relevancia enorme en las luchas nacionales (Geertz, 1988) aparece sin embargo desconectada del esquema de los conflictos nacionalistas locales, si bien mantuvo posiciones favorables a un liberalismo local de corte anti inglés, desde el inicio del proceso de emancipación (Methol Ferré, 1969: 34). Tal vez porque el escenario típico del enfrentamiento con el Islam estaba muy alejado de estas tierras, los aspectos doctrinarios no asumieron la forma de una lucha ideológica, pues no había por parte del estado de la época, demandas nacionalistas que agendaran la noción de la "tierra" como hogar o patria de los ancestros.

Querámoslo o no, la acción de los arqueólogos puede verse envuelta en asuntos relativos a la identidad y la memoria. Se nos va a plantear preguntas por parte de la comunidad sobre asuntos que necesariamente siempre tendrán una carga simbólica y de valores. Sin rebajar los estándares científicos de la disciplina, creo que podemos intervenir en un proceso de conocimiento, que involucre a una comunidad interesada. Sin temor de perder identidad profesional, admitiendo y dando a conocer que el entendimiento del pasado siempre implica un grado de incertidumbre y de interpretación por que ponemos en él inevitablemente una dimensión afectiva. La circunstancia problemática siempre es el presente, no el pasado.

Retomando esto último, cabe agregar que es en el marco de la sociedad industrial que el individuo pierde su memoria social. La modernidad es precisamente eso, el sentirse formando parte de una nueva época, que renueva el vínculo de la memoria con lo antiguo, y de ese modo selecciona trozos del pasado. Toda memoria es olvido, de modo que si el patrimonio arqueológico contribuye a recuperar esa memoria, contribuirá a que el ser humano pueda interpretar y juzgar las rupturas de la historia. Los objetos arqueológicos no son raros intrínsecamente, sino que nuestra valoración social acusa allí una separación, nos toca a los ciudadanos hacer el juicio correspondiente.

Esta arqueología contemporánea implica también una reflexión acerca de la democracia y que es pertinente en esta conclusión, pues las ciencias sociales se conforman actualmente en torno de los valores de la emancipación y la profundización de la tolerancia, no tanto en los universales, el bien y la verdad. El uso político de la disciplina no es en sí una amenaza, pues toda actividad humana es política, porque toma partido por una posición, la ciencia, la arqueología también son actividades humanas y por eso inevitablemente políticas. La visión constructivista y dialógica moderna han mostrado como la ciencia buscando la objetividad, hizo a un lado al nacionalismo, cerrándose el paso a entender la importancia de éste fenómeno histórico en la modernidad y en el surgimiento de la misma disciplina. Sin embargo, el hecho histórico empieza a ser visible como cosa, en el momento en que se lo consideraba ya algo del “pasado”, algo anticuado, irracional. El nacionalismo en la arqueología fue atacado sobre todo desde posiciones “cientificistas” por su uso subjetivo y no académico del pasado. Sin embargo, la práctica de la disciplina muestra que, muy lejos de verdades irrefutables, las ciencias humanas son subjetivas y sensibles al contexto histórico, porque son formas de acción que se acercan y alejan de los ejes de representación histórica. Tal vez el marxismo llevó al máximo acercamiento político de la metáfora explicativa de la historia, al enunciar la lucha de clases y el conflicto como la clave de la representación. Quizá hoy, ese mismo conflicto que no parece desactivado, exija sin embargo la construcción de metáforas alternativas a las de “nación” o “patria”, que tuvieron valor discriminatorio por raza, religión, etc. El obstáculo no es la

política, (como creyeron los dictadores en Uruguay) no es demonizándola, sino democratizándola que entenderemos mejor “lo que ocurrió”.

Bibliografía general

- Bate, L. F.** 1998. El proceso de investigación en arqueología. Crítica. Barcelona.
- Bajtín,** 1987. La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. Alianza. Madrid
- Bender, B.** 2002. Time and Landscape. *Current Anthropology* Vol 43, Supplement, August – October.
- Benjamin, W.** 1989. La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires.
- Binford, L.** 1981. "Bones. Ancient men and modern myths" Academic Press. New York.
- Binford, L.** 1988. "En Busca del Pasado". Ed. Crítica. Barcelona.
- Clifford, J.** 2001. Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna. Gedisa Barcelona,
- Carman, J.** 1996. Valuing ancient Things. *Archaeology and the Law*. Leicester. U. P.
- Criado, F.** 1996. El Futuro de la Arqueología. ¿Arqueología del Futuro? *Trabajos de Prehistoria*. 53 (1): 15 – 35. Madrid.
- Deleuze, G. & Guattari, F.** 2007. Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia. T.G. Ripoll. Valencia.
- Díaz-Andreu, M. & Champion, T.** 1996. Nationalism and Archaeology in Europe: an introduction. University College London Press. London.
- Evans, K.** 1990. Sexist language in archaeological discourse. *Archaeological Review from Cambridge. Affective Archaeology* Vol 9:2 pp 252 – 261.
- Foucault, M.** 1996. "Genealogía del Racismo". Ed. Altamira. La Plata.
- Fustel de Coulanges, N.** 1966 [1864]. La ciudad Antigua. Ed. Emecé. Buenos Aires
- Gadamer, G.** 1989. Historia de efectos y aplicación. En: *Estética de la recepción*. R. Warning (Ed.). Visor. Madrid.
- Geertz, C.** 1988. "La interpretación de las Culturas". Gedisa. Barcelona.

- Gero, J. M. & Conkey, M. W.** 1997. "Programme to practice: gender and feminism in archaeology" *Annual Review of Anthropology*, 26 pp. 411 – 437.
- Habermas, J.** 1996. "Más allá del Estado Nacional". F.C.E México.
- Harris, M.** 1981. "El desarrollo de la teoría antropológica". Alianza. Barcelona.
- Hodder, I** 1988. "Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales". Critica. Barcelona.
- Jones, S.** 1997. "The archaeology of Ethnicity." Routledge. London and New York.
- Kohl, P. & Perez Gollan A.,** 2002. "Religion, Politics, and Prehistory, Reassessing the Lingering Legacy of Oswald Menghin." *Current Anthropology* 43, pp. 561–586.
- Kohl, P.** 1985. "Symbolic cognitive archaeology: a new loss of innocence". *Dialectical Archaeology*, 9, pp 105 - 117
- Marchand, S.** 1996. "Down from Olympus Archaeology and Philhellenism in Germany." Princeton, Princeton University Press. New Jersey.
- Marx y Engels. (s/f)** Obras escogidas. Editorial Progreso. Moscú.
- McGuire, R. H, Navarrete, R.** 1999. "Between Motorcycles and Rifles" *Anglo-American and Latin American Radical Archaeologies*. Pp.309 – 336.
- McGuire, R. H.** 2008. "Archaeology as political action" University of California Press. London.
- Methol Ferré, A.** 1969. Las Corrientes religiosas. Nuestra Tierra. Montevideo.
- Mignolo, W.** 2000. "Historias locales / diseños globales". Akal. Madrid.
- Podgorny I. & Politis G,** 1989. "¿Que sucedió en la historia? Los esqueletos Araucanos del Museo de La Plata y la Conquista del desierto." Precirculated Papers, *Archaeological Ethics and the Treatment of the Dead*. University of South Dakota
- Podgorny, I.** 2002. "El argentino Despertar de las Faunas y Gentes Prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875 – 1913)". EUDEBA, Buenos Aires.
- 2009. Viajes: Espacios y Cuerpos en la Argentina del Siglo XIX y Comienzos del XX. Ed. Teseo. Buenos Aires. Argentina.

- Politis G.** 1995. "The socio politics of the development of archaeology in hispanic South America". En: *Theory in Archaeology A World Perspective*. Peter J. Ucko. (Ed.) pp. 197 – 228. Routledge London and New York.
- Ribeiro, D.** 1969. "Las Américas y la Civilización". Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Rodríguez, M. E.** 2011. "Casualidades" y "causalidades" de los procesos de patrimonialización en la provincia de Santa Cruz. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana, Vol. 1, N° 1, 1er semestre 2011*.
- Scharagrodsky, P.** 2011. *La invención del Homo Gymnasticus. Fragmentos históricos sobre la educación de los cuerpos*. Editorial Prometeo. Bs. As.
- Trigger, B.** 1992. "Historia del Pensamiento Arqueológico." Crítica. Barcelona
- Vattimo, G.** 1994. "La Posmodernidad". Anthropos. Bogotá.
- Willey & Philips.** 1958. "Method and Theory in American Archaeology". University of Chicago. Chicago.

(<http://www.ine.gub.uy/biblioteca/Variables%20siglo%20xx/parte1texto2.pdf>)

<http://www.laondadigital.com/LaOnda/LaOnda/301-400/307/B3.htm>

Bibliografía complementaria

- Abu El-Haj, N.** 1996. "Translating Truths: Nationalism, the practice of archaeology, and the remaking of past and present in Contemporary Jerusalem". University of Pennsylvania. U.S.A.
- Altamirano, C. y Sarlo, B.** 1997. Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia. Ariel. Argentina.
- Anderson, B.** 1983. "Imagined Communities: Reflections on the origins and the spread of Nationalism". Verso Edition and NLB. London.
- Arnold B.** 1990. "The past as propaganda: totalitarian archaeology in Nazi Germany." *Antiquity* 64 (244): 464-78
- Barth, F.** 1976. "Los grupos étnicos y sus fronteras" FCE. México.
- Díaz-Andreu M.** 1996. "Islamic archaeology and the origin of the Spanish nation". Ver: Díaz-Andreu & Champion 1996, pp. 68-89°
- Díaz-Andreu, M.** 2001."Nacionalismo y Arqueología: el contexto político de nuestra disciplina". *Rev. Do Museu de Arqueología e Etnologia, Sao Paulo*, 11: 3-20.
- Dietler M.** 1994. 'Our ancestors the Gauls': archaeology, ethnic nationalism, and the manipulation of Celtic identity in modern Europe". *American Anthropologist*. 96(3): 584-605
- Feierstein, D.** 2007. El genocidio como práctica social. FCE. Buenos Aires
- Giglia, A.** 2003. Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales. En: *Desacatos*, N° 11, pp. 149 – 160. México.
- Gould, S. J.** 1997. "La Falsa Medida del Hombre". Ed. Crítica. Barcelona.
- Guber, R.** 1996. "Las manos de la memoria" En: *Desarrollo económico*, vol. 36, N° 141, Buenos Aires, abril – junio.
- Halpin, H.** 1997. "Tócala de nuevo Sam": Reflexiones sobre una nueva museología. En: *Museum International*, nº 194, vol. 49, nº 2, pp. 52 – 56.
- Hobsbawm. E. J.** 1991. "Naciones y nacionalismo desde 1780". Crítica. Barcelona.

- 2010. Nacionalismo y nacionalidad en América Latina. En: Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde / sobre América Latina. (Pablo Sandoval, Comp.). pp. 311 – 326. Instituto de Estudios Peruanos. Popayan.
- Jacquard, A.** 1986. "Biologie et Theorie de "elites". En: Le Genre Humain. La Science face au Racisme. Pp. 14 – 54. Ed. Complexe. Paris.
- Jelin, E.** (Comp.) 2002. "Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas infelices" Siglo XXI. Buenos Aires.
- 2002. Los trabajos de la memoria. Siglo XXI y SSRC. Madrid.
- Kuper, A.** 2001. Cultura. La versión de los antropólogos. Paidós. Barcelona.
- 2005. The Reinvention of Primitive Society. Transformations of a Myth. Routledge. Taylor & Francis Group. London and New York.
- Lefkowitz, M.** 1992. "Not out of Africa. The origins of Greece and the illusions of Afrocentrist". The New Republic. Feb. 10.
- Le Goff, J.** 1991. "El orden de la memoria. El tiempo como imaginario". Paidós. Barcelona.
- Lofgren, O.** 1989. "The nationalization of culture" Etnología Europea. Journal of European Ethnology. Vol 19 N° 9.
- McNall Burns, E.** 1979. "Civilizaciones de Occidente". Tomo II. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires.
- Menezes, L.** 2010.- Território Primitivo. A Institucionalização da Arqueologia no Brasil (1870 – 1917). ediPUCRS. Porto Alegre.
- Picó, J.** (1988) "Modernidad vs. Posmodernidad". Ed. Alianza. Madrid.
- Podgorny, I.** 2005. "La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica." Archivo Histórico del Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de La Plata. V. 12 (suplemento), pp. 231.64. CONYCET. Buenos Aires.
- Politis G.** 1992. "Política nacional, arqueología y universidad en Argentina. pp. 161 – 170. En: Arqueología en América Latina Hoy. Pp.45 - 56. Gustavo Politis (Ed.). Biblioteca Banco Popular. Bogotá.
- Pujadas, J. J.** 1993. "Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos". Eudema. Madrid.
- Renfrew, C.** 1990. "Arqueología y Lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos" Crítica. Barcelona.

- Rifkin, J.** 1998 “Conferencia pronunciada en el Edificio Mercosur”, el 2 de octubre. Radio El Espectador. Uruguay.
- Said, E.** 1977. Orientalism. London: Penguin
- Salzano, F.** 1997. “Human Races: Myth, invention, or reality?” INTERCIENCIA. V. 22 N° 5.
- Sans, M.** 2000. “Admixture Studies in Latin America”: From the 20th to the 21st Century. Human Biology, v. 72 pp. 155 – 177. Wayne State University Press. Michigan, Detroit.
- Segui Gonzalez, L.** 1979. “Política de Población”. Montevideo.
- Sarlo, B.** 2001. “Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo” Siglo XXI. Buenos Aires
- Shennan, S.** (Ed.) 1989. “Archaeological approaches to cultural identity”. Routledge. London.
- Ventura Santos, R.** 1998. “Da Morfologia as Moléculas, de Raça a População”. En “Raça, Ciência e Sociedade”. Pp 125 – 142. Organizado por Marcos Chor Maio y Ricardo Ventura Santos. Editora Fiocruz. Rio de Janeiro.
- White, H.** 1992. El contenido de la forma. Paidós. Barcelona.

Bibliografía para Uruguay y Río de la Plata.

- Achúgar, H. & Caetano, G.** 1993. *Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o Afirmación?* H. Achúgar y G. Caetano (Comps.) Ed. Trilce. Montevideo.
- Acosta y Lara, E.** 1989. "La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental" 2 V. Librería Linardi y Risso. Montevideo
- Araujo O.** 1911. "Historia de los Charrúas y demás tribus indígenas en el Uruguay. Montevideo.
- 1906. "Historia de la civilización uruguaya" Montevideo.
- Arechavaleta, J.** 1892. Viaje a San Luis. En: *El Uruguay en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Memoria.* Pp. 65 – 119. Dornaleche y Reyes. Montevideo.
- Arredondo, O.** 1953 "Civilización del Uruguay. Aspectos arqueológicos y sociológicos.1600-1900". Montevideo.
- 1958. "*Nuestros monumentos históricos. Panorama actual*". Montevideo.
- Barrán, J. & Nahum, B** 1968.: "Historia Rural del Uruguay Moderno." Tomo II (1886-1894). Ed. De la Banda Oriental. Montevideo.
- Barran, J. y Nahum, B.** 1979. "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico". Ed. De la Banda Oriental. Tomo I y II. Montevideo.
- Barrán, J.** 1989. "Historia de la sensibilidad en el Uruguay".T. I y II. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.
- Bauzá, F.** 1895. "Historia de la Dominación Española en el Uruguay". Tomo I. Barreiro y Ramos. Montevideo.
- Blanco Acevedo P.** 1944. "El Gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad". Montevideo
- Blanco Acevedo, P.** 1926. "El Gaucho". Montevideo
- Bracco, D.** 1998. "Guenoas". Min. De Educación y Cultura. Montevideo.

- Bracco, R. y Durán, A.** 2000. "Arqueología de la Tierras Bajas". Ministerio de Educación y Cultura. Montevideo.
- Cabrera, L. y Curbelo, C.** 1992. "Patrimonio y arqueología en el Uruguay: Hacia el reconocimiento de un pasado olvidado". En: Arqueología en América Latina Hoy. Pp.45 - 56. Gustavo Politis (Ed.). Biblioteca Banco Popular. Bogotá.
- Caetano, G.** 1993. "Identidad Nacional e Imaginario Colectivo en Uruguay. La Síntesis perdurable." En: Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o Afirmación? Pp. 75-95. H. Achúgar y G. Caetano (comp.) Ed. Trilce. Montevideo.
- Caetano, G. y Rilla J.** 2010. Historia Contemporánea Del Uruguay. De la Colonia al siglo XXI. Editorial Fin de Siglo. Montevideo.
- Caetano, G.** 2004. "*La enseñanza perdurable de los manuales escolares. Hermano Damasceno (HD) y Luis Cincinato Bollo*". En: Relaciones N° 240, Montevideo, mayo, pp. 27 – 30.
- EL Uruguay en la exposición Histórico-Americana de Madrid:** Memoria. 1892. Dornaleche y Reyes. Montevideo.
- Haber, A.** 2000. *La mula y la imaginación en la arqueología de la puna de Atacama: Una mirada indiscreta al paisaje*. Pp. 7 – 24. En: TAPA – Trabajos en Arqueología da paisaxe, Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, ITT, USC, Santiago de Compostela.
- Lezama, A.** 1996. "Raíces Coloniales del Puente Colonia-Buenos Aires. PROYECTO CSIC." Universidad de la República. Montevideo
- López Mazz, J. M.** 1987. "Approche historique et culturell à la formation sociale et à l'identité uruguayenne". Thèse pour le Doctorat de 3eme. Cycle. Université de La Sorbonne Nouvelle, Paris III. Univ. De Lille.
- 1992. "La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo".. En: Arqueología en América Latina Hoy. Pp. 167 -175. Gustavo Politis (Ed.). Biblioteca Banco Popular. Bogotá.
- 1999. "French Influence in Uruguay and Brazil Archaeology", in *Archaeology in Latin America* (Politis y Alberdi, eds.) pp.38-58. Rotdlege, London.

- 2000.- Investigación Arqueológica y usos del pasado: Las tierras Bajas del Este de Uruguay. Pp. 63 – 73. En: TAPA – Trabajos en Arqueología da paisaxe, Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, ITT, USC, Santiago de Compostela.
- López Mazz, J. M & Bracco, D.** 2010.- Minuanos. Apuntes y notas para la Historia y la arqueología del territorio genoa-minuan (indígenas de Uruguay, Argentina y Brasil). Linardi & Risso.
- MEC.** 2009. Informe de Gestión – marzo 2005 – setiembre 2009.
Dirección Nacional de Cultura_MEC.
- Peluffo, G.** 1993. “Crisis de un Inventario”. En: Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o Afirmación? Pp. 63-73. H. Achúgar y G. Caetano (comp.) Trilce. Montevideo
- Real de Azúa, C.** 1969a. La clase dirigente. Ed. Nuestra Tierra. Nº 34. Montevideo.
- Real de Azúa, C.** 1969b. “El Uruguay como reflexión”. 2 V. Capítulo Oriental. Montevideo.
- Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología** VV AA. Tomos I a XIII. Montevideo.
- Rilla, J.** 2008. La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1842 – 1972). Editorial Sudamericana Uruguaya. Montevideo.
- Sans, M.** 1992. Genética e Historia. Hacia una revisión de nuestra identidad como “País De inmigrantes”. En: *Estudios Antropológicos*. Ediciones Del Quinto Centenario. Montevideo.
- Sans, M. Salzano, F. Chakraborty, R.** 1997. “Historical Genetics in Uruguay: Estimates of Biological Origins and their Problems”. *Human Biology*, v. 69
- Verdesio, G.** 2000.- Prehistoria de un imaginario: El territorio como escenario del drama de la diferencia. En: Uruguay: Imaginarios Culturales. Desde las huellas indígenas a la modernidad. H. Achúgar & M. Moraña (Eds.). Trilce. Montevideo
- Vidart, D.** 1973. Diez mil años Prehistoria uruguaya. Unión del Magisterio. Montevideo.

----- 1998.- La trama de la identidad nacional. Montevideo. Banda Oriental 2 v.

----- 1996.- Los cerritos de los indios. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo

Viñar, M. 1993. "Memorias Fracturadas. Nota sobre los orígenes del sentimiento de nuestra identidad nacional". En: Identidad Uruguaya. ¿Mito, Crisis o afirmación? H. **Achúgar** y G. Caetano (comp.) pp.33-47. Trilce. Montevideo.

Sección de Obras literarias consultadas:

Obras de Acevedo Díaz:

NOVELA.

- *Brenda* (1886)
- *Ismael* (1888)
- *Nativa* (1890)
- *La boca del tigre* (1890)
- *Grito de gloria* (1893)
- *Soledad* (1894)
- *Minés* (1907)
- *Lanza y sable* (1914)

ENSAYO

- *La novela histórica* (1890)
- *Etnología indígena* (1891)

- *Carta política*
- *La civilización americana. Ensayos históricos*
- *La última palabra del proscrito*
- *Épocas militares en el Río de la Plata* (1911)
- *El libro del pequeño ciudadano*

Obras de Carlos Reyles

- *Por la vida* 1884 (novela)
- *Beba* 1894 (novela)
- *Primitivo* 1896 (novela)
- *El terruño* 1916 (novela)

- *El gaucho florido* 1932 (novela)

Obras de Pablo Blando Acevedo

- *El gaucho* 1927 (ensayo)